

anner stein in Bureteleite in billion and in the term of the second and the secon

# Mario Arrubla LA INFANCIA LEGENDARIA DE RAMIRO CRUZ

Del mismo autor:

Estudios sobre el Subdesarrollo Colombiano (ensayos, Ediciones La Carreta)

### A MI PADRE IN MEMORIAM

### MARIO ARRUBLA

## LA INFANCIA LEGENDARIA DE RAMIRO CRUZ



La Carreta Literaria Medellín, Apdo, Aéreo. 51968 Tel. 31-39-79

Primera edición: Junio de 1967, Tercer Mundo

Segunda edición: Septiembre de 1975, La Carreta

TO BEAUN

Cubierta: Diseño de Alberto Sierra

Fotografía de Guillermo Melo

© Mario Arrubla

Impreso y hecho en Colombia por Editorial LEALON, Medellín Y quedóse Jacob solo, y un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba.

Como viese que no le podía, alcanzóle en la articulación del muslo, y se descoyuntó la articulación del muslo de Jacob mientras con él luchaba.

Y dijo el hombre:

—Déjame marchar, que raya el alba.

Mas respondió Jacob:

-No te dejaré ir, si no me bendices.

(Génesis, cap. XXXII, Vers. 24 y sig.)

### Preámbulo

ng ka sa Tayrona (Taya).

Contract of the

Sall Comme

Nabe Yes

Antes de entregar estos papeles al editor, quise comprobar hasta qué punto los hechos traídos a cuento en mi relato habían sido falseados por mi memoria y, con tal objeto, apelé al dictamen de mi madre. Concluída la lectura, mi madre afirmó que, hasta donde conocía, entendía y recordaba, no había un solo pasaje de mi escrito que se apartara de la verdad histórica. Al notar, sin embargo, que quedaba como vacilante, díjele que no debia temer señalarme las desviaciones observadas, ya que no se trataba de un prontuario sino de un trabajo literario en el que bien cabían los productos de la imaginación. Mi madre se reafirmó en lo dicho, y luego adoptó el gesto que, a todo lo largo de la vida, había sido su única protesta: su rostro replegóse ensombrecido γ su labio superior se pronunció un momento tembloroso. A mí entonces me embargó la ternura, pensé que era una mujer que había estado treinta años sometida al despotismo masculino, transida de ansiedad y sin recibir nunca una muestra directa de cariño. Y ante mi insistencia, dijo lo que yo secretamente me esperaba: "Yo no cuento para nada ni siguiera en los recuerdos de tu infancia". En

un sentido, era la verdad: ni una sola descripción de mi relato deteníase en su figura, apenas una vez se la identificaba por su nombre y muy poco de lo que me pasaba era explícitamente atribuido a su influencia. En otro sentido, pensándolo bien, era un error absoluto: el hueco que se le hacía en mi relato correspondía a su presencia total. Esto; por supuesto, no podía decírselo, ante todo, porque no iba a comprenderlo y, sobre todo, porque ese tipo de cosas no se dicen. Limitéme a explicarle que, precisamente, no se trataba de una historia sino de una leyenda, explicación que, habida cuenta de la fidelidad con que lo acontecido era transcrito, tenía que parecer a su incultura incomprensiblemente paradójica. Reconociendo entonces que en mi relación con ella apenas si cabían las palabras, renuncié a satisfacerla con argumentaciones; por una vez, tendí mi brazo por encima de sus hombros y, acto seguido, le hice la promesa de comenzar por referirme a ella.

Que mi madre quiera aceptar este preámbulo como mi cumplimiento de esa promesa.

AND THE PROPERTY OF THE PARTY O Property of the control of the contr 

CANCELL SERVICE SERVICE SHEET

and the second of the second

RAMIRO CRUŽ

## in the first of the second of the first of the first of the second of t

### La Trayectoria

and the second of the second o

Erase un hombre llamado Malacar que había pasado los primeros años de su juventud trabajando en el bosque como aserrador. Tan pronto como rayaba el alba salía de su cabaña con la pesada sierra que había heredado de su padre y con unas pocas provisiones que le alcanzaban hasta el anochecer. Su vida transcurría así en el bosque, sin más compañeros que los pájaros y sin oras preocupaciones que su trabajo.

Un día que había traspasado sus lugares habituales de aserrío vio unos árboles que le eran desconocidos. Los troncos esbeltos y los ramajes trenzados como cabelleras llamáronle poderosamente la atención. Eligiendo aquél cuyo tronco le parecía el más delgado, Malacar se dispuso a trepar. Iniciado el ascenso, fue como si el ramaje hubiera comenzado a ascender con él. Finalmente, logró asir una rama y trató de encaramarse en ella. Pero, contra la solidez aparente de la madera tornada y lustrosa, la rama cedió y se desgajó con él a tierra.

En el suelo estuvo tendido Malacar el medio día y las primeras horas de la tarde. Un grito lo hizo volver en sí. Entonces se incorporó a medias v reconoció a la hija del guardabosque. A pesar del dolor de la espalda que por momentos le quitaba la respiración, durante un rato se quedó mirando los ojos asombrados de la joven, su rostro entre asustado y compasivo, y de golpe no supo si alejarse sin decir palabra o si avanzar de rodillas hacia ella. Entre tanto, ella permanecía en su sitio, sin huir, dominando el temor. Malacar se volvió a tender de cara al cielo, pensó que no había notado antes la hermosura de la joven y, volteando entonces la cabeza, le envió una sonrisa mezclada con un gesto de dolor. La hija del guardabosque se acercó a él y se sentó a su lado con la serenidad de una madre que vela por su hijo.

A partir de ese día, todo cambió para Malacar. Los árboles que aserraba y los pájaros que eran sus compañeros cobraron una vivacidad desconocida: ahora le hablaban de la hija del guardabosque, alborotábanse cuando ella se acercaba y rodeaban con un murmullo sus encuentros. Del brazo de la joven, Malacar exploró uno por uno los rincones que albergaba el bosque. La naturaleza se pobló de palabras, y díjose que la tierra era profunda, el aire ansioso y el agua amable y buena. Y cuando, tembloroso, preguntábase cómo había podido vivir casi una vida sin nacer, ella

estaba a su lado para protegerlo contra el retorno de sus malos sueños.

Una mañana, en vez de tomar la sierra y el morral, Malacar se puso su chaqueta de cuero y enrumbó los pasos hacia la casa del guardabosque. El anciano lo vio llegar y, como si se tratara de una cita acordada, le indicó con el gesto que siguiese. Ya en el interior, Malacar le pidió a su hija por esposa. El anciano lloró primero en silencio largamente, después abrió los labios y Malacar esperó confiado su respuesta.

### -María será tu esposa, sí...

Vaciló unos segundos y a continuación se enderezó como si hubiese recuperado el aplomo de la juventud. Y no hubo ninguna vacilación en la yoz con que pronunció las siguientes palabras:

Pero combatirás por ella durante un año dargo. Conocerás a Sola y al tercer día me tracrás su cántaro. Irás a la montaña y regresarás con la moneda del Tentador. Pasarás un año en la ciudad en la que se aglutinan los hombres y volverás de allí con las áureas sortijas de la alianza.

Sólo eso dijo el anciano. Cuando al día siguiente Malacar emprendió la marcha hacia el bosque profundo, afligíalo el plazo que había sido fijado a su unión con María y no las pruebas mismas que él estaba seguro de pasar. En el camino, sus ojos se nublaron muchas veces con el velo de llanto que al partir había dejado en los ojos de María. Al atardecer del primer día, cuando bordeaba un arrovuelo cristalino, vio a una anciana que llenaba su calabazo y le pidió de beber. La anciana, en silencio, le alargó el calabazo, v sólo cuando él hubo calmado su sed le dirigió estas amables palabras:

Tiempo ha que no transitaba estos lugares un joven tan apuesto. ¿Puede acaso saberse qué buenos vientos te traen por aquí?

Cuando Malacar le contó su historia, la anciana, que había escuchado atenta sin disimular su inquietud, sacó de su bolso un pequeño cervatillo tallado en madera verde y se lo entregó.

- Llévalo, que te servirá. Es lo único que puedo darte. Cuando Sola, luego de haber huído a tu presencia para realzar mejor su hechizo, se dé finalmente por vencida y vaya a arrastrarte a la perdición, tómalo en tu mano y recuerda que si no emprendes de inmediato el camino del regreso, va no habrá regreso para tí:

Malacar se separó agradecido de esa buena anciana que le había dado su único tesoro. Caminó todavía hasta la hora en que el bosque se sume en la intimidad de sus ruidos y penumbras y, al otro día, con los primeros albores, reemprendió la marcha, siempre en la dirección del poniente. Al mediodía, cuando el carro del sol vacila en el cenit y se apresta a iniciar su caída, Malacar llegó a un vallecillo suavemente poblado de olores de coniferas, de rumores de agua y de juegos de

luces y de sombras. Entre rayos de sol, Malacar vio platear una corriente que abríase en una charca circular, bordeada de césped. En el césped divisó un cántaro y, luego, emergiendo de las aguas, vio una larga cabellera chorreante. Malacar miraba y seguía mirando. Cuando la mujer apareció y fue a cubrirse, Malacar dio tres pasos en dirección del cántaro, pero se detuvo. La mujer tomó el cántaro y emprendió la marcha.

#### -Sola...

Malacar se dio cuenta de que la voz con que la había nombrado tenía un tono grave. Sola lo miró aterrorizada, rodeó el cántaro con sus brazos v echó a correr. Malacar salió en su persecución. La belleza de Sola crecía con su fuga, con el viento rezagábanse sus ropas y sus cabellos flotaban en el aire. Malacar corría sin parar pensando que sólo le quedaba un día para estar de regreso. Su amor por María tenía más prisa que la misma Sola, pronto su aliento prendióse de los hombros y del cuello de la fugitiva. Finalmente, Sola cavó rendida cubriendo con sus brazos, con sus hombros y con su cabellera humedecida, el cântaro del que él debía apoderarse. Era un rincón del bosque sombreado por el sollaje; alli la yerba, pulposa y de un verdor desconocido, crecía desperdigada sobre la tierra húmeda y porosa. Casi hundida en la tierra y confundida con sus malezas y chamizas, Sola lo miró con ojos oblicuos y con un temor ensimismado. Malacar se agachó maquinalmente, le apartó los cabellos, le separó los hombros y retiró los brazos que rodeaban el cuerpo del cántaro. El cántaro rodó sobre la yerba por debajo de los brazos enlazados. Entonces, una voz impersonal, sin historia y sin garganta, pronunció en ese rincón del bosque ignorado por el mundo la siguiente palabra:

் —Sola . . .

La inconciencia de Malacar no duró sino el tiempo que esa voz demoró en apagarse entre las hojas. La mano presurosa que tomó el cántaro en el que aún sonaba un asiento de agua siguió muy de cerca el movimiento que tocó el cervatillo de la buena anciana. Y cuando Malacar, dueño ya del cántaro, lanzó una última mirada a ese rincón perdido en el corazón del bosque, la belleza de Sola se había descompuesto en un gesto de odio.

Malacar pasó así la primera prueba. De nuevo dejó atrás un velo de llanto en los ojos de María, y partió a la montaña. Allí, lejos de todo lugar habitado por los hombres, llevó, dos meses largos, una vida de ermitaño. Se alimentaba de tallos y raíces y pasaba los días pensando en María. Una vez que púsose a explorar las zonas aledañas a la gruta que había escogido por morada, encontróse sorpresivamente con un anciano de larga barba blanca y de rostro sereno. El anciano estaba sentado a la vera de un sendero y su bastón descansaba en el suelo. Luego de un intercambio de saludos y de que Malacar húbole hecho una venia respetuosa, el anciano, entre hondos suspiros, pronunció estas aladas palabras:

Eargo tiempo ha que habito la montaña y nunca había visto un joven tan amable. ¿Puede saberse qué buenos vientos te han traído hasta aquí?

Malacar le contó entonces su historia. El anciano escuchó su relato atentamente y no disimuló su inquietud. Después de un silencio, tomó su bastón y se lo entregó.

—Guárdalo, que te servirá. Ya no lo necesito. Cuando el Tentador te enseñe sus poderes y quiera arrastrarte a la perdición, traza con él, sin levantarlo ni una vez del suelo y sin repasar las líneas hechas, una estrella de cinco puntas, y no olvides que si atiendes el llamado de su soberbia, ya no habrá regreso para tí.

Sólo eso dijo, y se calló. Malacar se separó agradecido de ese anciano que no iba a transitar más los senderos de la montaña, regresó a su gruta y esperó. Pocos días después vio acercarse a un ermitaño y observó con curiosidad que llevaba prendidos a los dos tobillos sendos collares de monedas relucientes. Yendo a su encuentro, Malacar inquirió las razones de esa maravilla. El ermitaño se explicó de la siguiente manera:

—Son monedas de oro que llevo en los tobillos para aligerar las bolsas que cuelgan de mis hombros. Además, que me gusta harto su sonido.

Dicho esto, el ermitaño le mostró las bolsas y dejó ver las monedas que las repletaban. Malacar no se mostró impresionado y entonces el ermitaño le alargo una moneda a fin de que la examinase y de que comprobase por si mismo su buena ley. Malacar, falsamente distraído, rejuyo la moneda en su mano y le pregunto como había topado tal riqueza. El ermitaño respondióle con estas airadas palabras:

—Topar, : Topar . El oro no se topas se crea, se produce: Mal hace quien espera que la riqueza le venga de otra parte que de sus propias artes. Desdichado quien oree que la suerte puede danle lo que el mismo no conquista! Mill veces miserable quien no se afirma como el origen de sus propias potencias!

Estas sacrilegas palabras invieron el ciccio de clavar en el siño a Malacar. Su temor parceió ablandar al cimitaño, que fucluso esbozó una sorrisa y paso luego a hablatle en un toro absolutamente diferente:

—Oyeme ahora lo que voy a decrite. En realidad me gustas. Has podido comprobar la buena ley de mis monedas. Voy ahora a decrite mi secreto, para que también nú puedas demotar para siempre la miseria. Es im método simples tomas un pedazo de bauro, lo pintas con mas gotas de mi sangre, haces con el indice los signos del abecedario tal como aparecen rellejados en un espejo y promuncias las signientes palabras: "Con mi sangre te configro la vida de mi espuetu, olvidarás la tierra y solo tendrá cabida en ti la palabra de esta creación". Tus riquezas serán tantas como las partículas contenidas en el barro.

Tal ine el disousso del temble esmitano, cuyo aspecto habíase entretanto transformado. All'concluir, ya no era el hombre huraño del comienzo, ano que parecia un vagabundo que se aprestra impaciente a rematar una estata hábilmente preparada con falaces historias. Malacat, que lo había escuchado como presa de singular encantamiento, despabilóse al revelarse el picaro. Ya este le hábía puesto en la palma de da mano izquierda un pedazo da bano humedecido, le había pinchado, sin sabase cuándo, el dedo indice haciendo que la sangre se mezclase con el cuerpo del bano, y había comerzado a trazar en el aire los signos de un abecedario arrevesado, invitandolo a que lo imitase. Soltando el bano, Malacar atinó a tomar el basión del buen anciano y trazó con el, sin levantado una sola vez y sin repasar ningura linea, una estrella de cinco puntas ante cuyo dibujo el camitaño emprendió la riuga como alma que lleva el diablo.

Así, antes de cumplirse el tercer mes. Malacar regresó con la moneda que le había alargado el Torrador y que el había sabido retener. Era ahora necesario emprender el camino a la ciudad en la que se aglutinan los hombres y los dos amantes confundieron sus lágrimas ante la lauga separación que se les imponía. Cuando, ya puesto en marcha, ante el primer recodo del camino le envió a María la última mirada, Malacar creyó ver que ella se hallaba a punto de llamarlo o de venir a él. No queriendo prolongar la despedida,

Malacar prosiguió, llevándose un nudo en la garganta. Por lo demás, iba tranquilo, ya que aparte del plazo no veía que el nuevo viaje representase una verdadera prueba.

Tres días llevaba caminando cuando encontró a un muchacho que le pidió una limosna. Malacar abrió su morral y le brindó tres tortas de maíz. El muchacho lo observó entonces detenidamente y, a renglón seguido, se expresó en estos términos:

Lo que hace que estoy en este quiebre del camino nadie me había tratado con tanta generosidad. ¿Puede acaso saberse qué buenos vientos impulsan tus pasos?

De buena gana Malacar le hizo el relato de su historia. El muchacho escuchó atentamente sin disimular su inquietud. Luego de buscar un momento en sus bolsillos, sacó una pluma y se la entregó.

—Llévala, que te servirá. Con ella hice mis primeras letras. Cuando el peso de la ciudad quiera aposentarse en tu corazón, enseñorearse de él y quitarle los motivos por los que ahora late y por los que has emprendido esta larga aventura, siéntate en tu cuarto y cuéntate a tí mismo lo que te pasa. Y no olvides que si enseñas tus pulmones al aire de la ciudad, ya no habrá regreso para tí.

Tal dijo. Malacar se separó agradecido de ese muchacho que le había regalado la pluma de sus primeras letras. Pocos días después llegó a las puertas de la ciudad. Antes de bajar a sus calles y de mezclarse con sus gentes, Malacar estuvo largo rato oyendo, en un sobresalto, su rumor peculiar. Ese rumor le recordaba por momentos la caída de una gran catarata, otras veces antojábasele la garganta de un monstruo por la que se encañonaban, combinados inextricablemente, millares de sonidos de orígenes y de tonos diversos: voces, ronquidos de motores, gritos, risas, vientos viscerales, pitos, pasos, roces, elementos en ebullición, golpes, quejas y estertores. Sólo después de tocar con la mano la pluma que en la nueva aventura iba a ser su amuleto, Malacar se atrevió a arrojarse en las fauces del monstruo.

Ya en los primeros días Malacar se dio cuenta de que había subestimado los peligros que la prueba de la ciudad representaba. Si bien su gruesa espalda le permitió prontamente ocuparse como cargador en la calle del comercio, su cabeza comenzó a fallar. De continuo, sentíase rodeado por una muchedumbre en incoherente movimiento, un número de rostros infinito asediábalo por todos lados y su memoria, incapaz de retener un solo rasgo diferenciado, comenzaba a girar en blanco. Esa sensación vertiginosa lo acompañaba hasta su alcoba. Allí, en la noche, un carrusel de imágenes, de recuerdos y de trozos de objetos y palabras se metía en su cabeza misma, diluíase luego en ondas luminosas bajo sus párpados cerrados y, por último, el corazón morado de un remolino de luz absorbía los últimos destellos de su conciencia. Así llegaba el sueño: olvidado por

completo de quién era, dónde estaba, cuáles eran sus fines. Hasta que recordó que poseía una pluma. Sin pensarlo dos veces, se lanzó con ella al combate.

La ciudad que lo había rodeado con sus agitaciones frenéticas replegóse bajo los latigazos de su pluma y el vértigo desapareció como por encanto. Noche tras noche, Malacar sometió a la ciudad a demoledores ataques. Fue así como, bajo la superficie de la vida urbana, denunció la presencia de algo muy parecido a ese monstruo que creyó advertir el día de su llegada, y en todo lo que movíase sobre esa superficie distinguió claramente los apetitos y los movimientos reflejos de la bestia. Pero la bestia no tardó en desencadenar su contraataque. En las calles lo cercaba con la conspiración de las gentes, en los sitios oscuros lo esperaba con un puñal asesino. Al final, ni siquiera en su cuarto le daba tregua: con manos invisibles se prendía a su cuello, por momentos le quitaba la respiración y durante largas horas lo ponía a esperar, sin moverse y en la más tensa vigilancia, la muerte súbita por estrangulamiento. La necesidad permanente de cubrir con su mano la vulnerabilidad del pecho llegó a impedirle el menor trabajo, y el pánico lo redujo a un sillón. Entonces, convencido de que la vida no puede ser indefinidamente un reducto que a cada paso tenga que arrebatarse a la muerte y a la devastación, tomó otra vez la pluma y escribió: "Hay que vivir como todo el mundo".

Ante el solo enunciado de esa fórmula, el pánico retrocedió como ya antes había retrocedido el vértigo. Los hombres comenzaron a vivir de verdad bajo sus ojos, le revelaron sus diferencias reales y la peculiar densidad de sus motivos. Paralelamente, las reticencias con que las gentes habían llegado a tratarlo cedieron su lugar a la más franca cordialidad, de modo que muy pronto se vio rodeado de buenos amigos, de mútiples personas que se preocupaban por él, que contaban con él para las cosas serias, para la simple conversación y para las diversiones. Por los conductos de la nueva sociabilidad obtuvo un cargo como dependiente en una tienda de abarrotes, y al poco tiempo pudo cubrir sus gastos y ahorrar todavía algo. La multiplicidad de sus ocupaciones, los deberes, las esperas que se anudaban en torno de cada persona conocida, ayudábanle a pasar el tiempo de manera insensible. De otra parte, la moderación conquistada permitíale mantenerse aparte de toda emoción fuerte, que fuese susceptible de fijarlo peligrosamente a cualquier cosa en particular.

En esta etapa, ni siquiera la ausencia de peligros visibles lo hizo desistir de la tarea de consignar por escrito, tal como el muchacho se lo había dicho, lo que le sucedía. En las noches, antes de irse a la cama, Malacar llenaba páginas y páginas con sus experiencias cotidianas. La variedad infinita de esas experiencias apenas permite al cronista hacer una enumeración muy resumida:

Al comienzo, aparte de la patrona que nunca lo molestó por los pagos, que aprendió a cocinar sus platos preferidos y que esperaba discretamente los elogios que él hacía de sus comidas, estaba la lavandera que arreglaba sus ropas, le contaba las peleas que tenía con su marido y le pedía consejos sobre la forma de educar a sus hijos; y también la mujer que arreglaba su cuarto, que le hizo comprar un cenicero y una canasta para los papeles. Esas tres mujeres experimentaban pequeñas alegrías con sus gestos de aprobación y él les tenía asignada cierta partida de sus ingresos periódicos.

Su patrón sólo confiaba en él, lo dejaba al cuidado de la caja cuando debía salir y lo tenía en cuenta para convertirlo en el administrador del negocio cuando fuera a retirarse.

Un compañero de trabajo le contaba sus desdichas amorosas, lo invitaba a veces a tomar unas cervezas y le hacía notar la belleza de ciertos aires populares. Y una copera lo miraba de manera oblicua, él no le decía nada pero le daba buenas propinas.

Otro compañero lo odiaba sin motivo aparente. El aprovechaba cualquier ocasión para dirigirle una palabra amable y desarmar su hostilidad, con lo que el otro efectivamente comenzó a buscarle el lado, sin abandonar del todo su reserva. Pero había otros dos que se mostrában siempre hostiles con él.

En el bus conoció a una muchacha. De tanto encontrarla, terminaron por cambiar saludos. Cuando les tocaba en la misma banca, ella le hablaba de las novelas radiales que estaba oyendo y él, amablemente, le hacía toda clase de preguntas sobre la trama y sobre los personajes. A veces la invitaba a un cine, sin compromisos.

Por estirar los músculos entró a jugar en un equipo de fútbol. Todos eran malos jugadores, hasta el punto de que él llegó a distinguirse por sus corridas por el ala izquierda y sus tiros rasantes. Prácticamente se hizo insubstituible como alero. Le pusieron apodos cariñosos y contaban con él para todos los entrenamientos.

En la escalera del edificio en que habitaba se encontraba a menudo con un anciano que lo invitaba a tomar un tinto en su cuartucho, y que no tenía más que a él para contarle sus mejores recuerdos: la larga guerra en la que alcanzó el grado de sargento, sus hazañas y la desgracia que representó para el país la derrota de su bando.

Se hizo también amigo de un billarista que, de no haber sido por la afición a la bebida, habría tenido el más brillante porvenir. El tipo lo invitaba a jugar y a veces hasta pagaba el tiempo. Le enseñó a tacar "massé" y observaba lleno de esperanzas sus progresos con "la americana".

Un joven progresista descubrió en él ideas de avanzada. Lo invitaba a reuniones, lo introdujo en la economía política y lo puso a contribuir con el movimiento a través del suministro de unas cuantas resmas de papel que iban a servir para dar educación política a las masas.

Otro comenzó a prestarle libros de literatura, otro le hablaba de música, otro de pintura, otro más lo mantenía al tanto de sus ideas sobre la existencia.

Conoció después a un joven neurasténico que ponía sistemáticamente en duda la honestidad de las mujeres y la virilidad de los hombres, pero que hacía al parecer de él una excepción honrosa, por lo que en su compañía a veces hasta se volvía simpático.

Había unas niñas a las que él, de vez en cuando, daba dulces y monedas, que los domingos le pedían las tirás cómicas del periódico y mostrábanse alegres siempre que lo veían. En la navidad les regaló unas muñecas de trapo que a él no le costaron casi nada pero que a ellas les causaron el mayor alborozo.

Posteriormente, aparte de todo lo anterior, y aparte de los comerciantes que contaban con él para agilizar el pago de una factura o el envío de un pedido, de la maestra que le daba cursos de contabilidad y que a veces le narraba sueños, de un vendedor que le hizo adquirir una enciclopedia y que lo afanaba mucho con las cuotas, de la esposa de su patrón que andaba siempre con dos hijas mayores y que lo invitaba a comer en su ca-

sa, aparte de los deudores morosos que debía llamar, estaban:

El viejo con que jugaba ajedrez y que lo esperaba los sábados en la tarde, los niños que en el edificio entonaban canciones infantiles y que a él lo enternecían tanto, los clientes que lo invitaban al café para hablar de los temas más diversos, el zapatero que le hablaba de política internacional y de deportes, el ciclista que a través de él buscaba el patrocinio de la tienda, los vecinos que lo saludaban al pasar y que tenían de él un buen concepto, el muchacho que le mostraba sus poemas, el amigo que lo asombraba con sus exageraciones, el que lo divertía con sus chistes, el que le confesaba sus aspiraciones, el que le hablaba de minas y millones, etc., etc., etc.

A lo último, sus apuntes versaron de preferencia sobre unos pocos temas; pero, de todos modos, reflejaban siempre la generosidad que lo había llevado a participar con simpatía en todas las cosas que se suceden, se agrupan, se escalonan y se yuxtaponen en la vida de los hombres. Asimismo, aparecían gobernados por la misma actitud respetuosa del deber que no le había dejado descuidar nunca sus compromisos y obligaciones, ni en el trabajo, ni en la amistad, ni en la simple sociabilidad. Muy al contrario, en la época más tardía eran precisamente los hechos que de manera más directa relacionábanse con el deber los que sobresalían: la marcha del negocio, los méritos y deficiencias de sus empleados, las necesidades de

su casa, los problemas de la familia y los compromisos personales y monetarios formalmente adquiridos. Otras personas predominaban en sus páginas: muchos comerciantes, muchos clientes y abastecedores, y el lechero, el carnicero, el tendero, el carpintero, el peluquero, las maestras, el plomero, el sastre, el zapatero, etc., etc. Y ciertos objetos: la factura, los útiles escolares, la cuenta del gas, del teléfono, de la energía, etc. Es verdad que, por este entonces, el texto reflejaba a veces la presencia de un mal humor que tendía a acentuarse, pero ello no empañaba en modo alguno la limpieza de sus actos. La tienda que había llegado a ser suya no marchaba mal y nadie habría podido decir que uno solo de sus bienes hubiera sido el fruto de operaciones deshonestas. En el origen de sus modestas posesiones estaba una larga vida de trabajo.

Así, cuando se cumplió el plazo que Dios asigna a sus criaturas, Malacar se vio rodeado de una descendencia numerosa a la que, aparte de sus bienes materiales, dejaba como herencia millares y millares de páginas escritas que testimoniaban de su vida ejemplar. Y todavía en la hora de la muerte la rectitud que lo había caracterizado le permitió distinguir al demonio y rechazarlo. Sus hijos se habían reunido para escuchar sus últimas palabras y recibir su bendición. Malacar, en un esfuerzo por recoger de raíz el conjunto de su vida, quiso forzar las barreras del recuerdo: unos signos trazados en el aire y un rincón en el bosque donde

la tierra era húmeda y porosa lo hicieron retroceder y buscar, con gestos agitados, la imagen del Hijo de Dios crucificado por los hombres a fin de llevársela a los labios y confiarle su alma.

#### La Caída

A veces, en el camino de la vida, le sucede a uno verse asaltado por el sentimiento de que ha olvidado algo fundamental. Un poco antes, el cuerpo se escurría descuidadamente por entre las edificaciones, el sonido del tráfico, unos cuantos obietivos minúsculos y otros tantos malestares confundidos de manera indiscernible con el peso del aire. La débil luz que entonces alerta a la memoria no restaura la unidad del recuerdo sino que se limita a señalar el pasado como el lugar de una laguna y a esgrimir, en calidad de prueba, un viejo pergamino chorreante de lodo y salpicado a trazos por los signos desdibujados de lo que un día constituyera el texto de un mensaje. Vanamente se escudriña en el origen primero de la historia. Allí, el acontecimiento, el sueño y la fantasía, inmersos en un mismo mar de sombras, apenas transparentan la fatalidad del destino y del olvido. Pero ¿se trata acaso de rememorar? ¿Se trata acaso de volver por un texto que en verdad existió y que fue legible en un principio?

En el principio era el padre. Esta fórmula, que acojo de buena gana como divisa de mis evocaciones, bien podría acallar rápidamente el discurso que ella funda, conduciéndolo a un punto muerto. Si, en efecto, el principio de que aquí se trata es menos el lugar en que se yergue el padre que el momento en que se precipita su caída, en que se ahoga su palabra, es posible que mi palabra, que hace de ese principio su principio, encuentre inevitablemente su destino en las simas de un silencio común. La posibilidad que, de este modo, no puedo menos que reconocer a la ocurrencia de una interrupción, probablemente tenga efectos obsesivos que, de seguro, serían paralizantes. Hecho el tránsito de lo posible a lo probable y de lo probable a lo seguro, de lo seguro se desprendería la evidencia de que el padre, antes que el lugar de la palabra, es el lugar de la muerte y el silencio. Pero, si por el contrario, ese tránsito no se cumple y en el nombre del padre logro ir más allá de esa muerte temprana que me obsede, si llego a decir la última palabra, habré por fin reivindicado el lugar de ese nombre. Es lo único que me preocupa. A lo que nunca me he avenido es a erigir la vida sobre el lugar de la extinción del padre, a hacer oir mi voz por encima de su enmudecimiento. El pacto de sangre de que proviene mi decisión en esa negativa —cuyo carácter inmodificable ruego se tenga en cuenta ahora que el discurrir de mi palabra parecería que la modifica- acredita mis esfuerzos por afirmar la vida

del espíritu como un intento de revivir al padre: con mis sueños renacerán sus sueños, sus lealtades y profanaciones estarán en el origen de las mías, y el discurso que recree a unos y a otras será el verbo que resuelva nuestra dramática necesidad de expresión. Reconocida la caída del padre como la modalidad original de su presencia, la sola reproducción de las escenas en que esa caída se representó debe constituir la mejor forma de comenzar por el principio:

Genaro Cruz, que acaba de cumplir 37 años, llega una tarde a su casa, a horas desusuales. Su hijo no lo espera: la misteriosa luz que aparece con las primeras sombras de la noche en el vidrio del reloj de la sala no se ha encendido aún para anunciarlo. Más que su aparición imprevista, lo que los deja a todos en la casa sin voz y sin aliento es la expresión de su rostro. Los ojos de Genaro miran sin reparar en lo que ven. Y toda la solidez de la existencia, encarnada en su cuerpo, se desmorona en la cocina sobre el pequeño banco de su hijo.

La madre se acerca. Padre y madre intercambian breves palabras:

- —¿Qué pasó Genaro?
- -¿Qué iba a pasar, María? Nada. Dame un tinto.

La madre trae el tinto.

—¿Qué pasó Genaro?

- -Nada... Que estuve donde el médico.
  - -¿Y qué te dijo?
  - El padre termina primero de beber.
- —Que debo dejar mi trabajo.

En los días siguientes, las indagaciones emprendidas por el hijo lo condujeron al descubrimiento de un objeto fascinante: era un plato de oro, del tamaño de una moneda, que contenía dos pececitos. Su bello nombre: los Ojos de Santa Lucía, si bien evidenciaba la presencia de una relación con los ojos malheridos del padre, dejaba en el misterio el sentido de esa relación.

Ya la segunda escena careció de misterio. El modo prosaico que adoptó aquí la representación desbordó la dimensión sagrada de lo que escrito estaba, y la pasión del padre corrió entonces por cuenta de los hombres. El hijo, fiel hasta la muerte, no pudo más que prenderse del padre para rodar con él.

Genaro Cruz llega al colegio en que el hijo cursa el primer año de primaria. Ya ha decidido matricularlo en una escuela pública por imposibilidad de cubrir la pensión. De momento, se trata de que a su hijo le permitan presentar el examen final excusando el atraso de dos o tres mensualidades. El hijo presencia la entrevista de su orgulloso padre con el Don Nadie que dirige el colegio:

<sup>-</sup>Es imposible, los reglamentos lo prohiben.

Le aseguro, señor director, que a la primera oportunidad...

-Lo siento mucho.

Genaro saca entonces el periódico del sindicato de choferes que da cuenta de su enfermedad y que llama a los asociados a expresar su solidaridad con el compañero. Su foto está en el encabezamiento de la nota.

—Mire, señor director, en este momento me es difícil. Pero a la primera oportunidad...

Hubo todavía una tercera y hasta una cuarta escenas. Pasado cierto tiempo, Genaro Cruz no buscó la ayuda de más nadie y se volvió hostil con casi todo el mundo. Después de haberse sentido acorralado renunció a la sociabilidad, se hizo avaro v. en el aislamiento que convirtió en una suerte de principio cuando el peligro le reveló el imperio de la ley de la selva, sólo mantuvo, avivándola, su relación con Cristo, en términos por lo demás personalísimos. Las escenas de la caída pusieron fin a la infancia: hasta entonces, el padre había vuelto a ser niño con el hijo. A partir de allí, vivió de continuo preocupado por cuestiones de dinero, se hizo malencarado y llegó a ser incapaz de pronunciar una palabra de cariño y de manifestar de manera directa un sentimiento de ternura.

¿Pero estuvieron esas escenas realmente al comienzo? La sonda que desciende a los orígenes pronto detecta, más allá de los acontecimientos

dramáticos, el drama que precedió a los acontecimientos. Ese drama bien podría denominarse la redención del padre por el hijo. Y ya entonces Genaro Cruz, personalmente, considerábase como un hombre acabado. La pasión con que introdujo al hijo en los misterios del lenguaje, en esa esfera de los signos mágicos que deciden la vida del espíritu, condensaba su única esperanza y recordabá el gesto del viajero que ya no puede más y le entrega al que sigue lo que tiene a fin de que él alcance la tierra prometida y se establezca en ella. En la intimidad en que se llevaba a cabo ese relevo era el padre el que adoraba al hijo. Por lo demás, padre e hijo eran una sola persona y el espíritu del hijo sólo vivía por obra y gracia de los ojos del padre. Pero el demonio vino a perturbar la feliz confusión del creador y su criatura. Fue así como, una tarde en que los mayores se encontraban ausentes, el hijo quiso identificarse con el padre en el ejercicio de sus funciones privativas. La expulsión de la infancia quedó sellada con la escena que se produjo entonces entre el padre y el hijo:

El padre comenzó por llamar al hijo, y preguntó:

Ramiro, ¿dónde estás?

Y el hijo respondió:

-Tenía miedo y me escondí.

Entonces el padre dijo:

Qué es lo que has hecho?

Mas el hijo no respondió.

Y el padre volvió a preguntar:

—¿Qué es lo que has hecho? Mas el hijo siguió sin responder.

Arrepintióse el padre de haber dejado que los niños se quedasen solos y pesóle en su corazón. Encendióse su furia y tomando a su hijo para molerlo a golpes, anunció:

-- No lo volverás a hacer.

Fue así como la caída del hijo constituyó el acontecimiento que cerró el drama de la caída del padre y que antecedió a los acontecimientos en que luego ese drama tomó cuerpo. Esa ubicación peculiar del acto con que el hijo quiso arrogarse los derechos del padre unió a uno y a otro en el movimiento de una sola caída. Así, desde la más temprana edad, el hijo demostró haber comprendido que la manera más recta de llegar al corazón del padre era la caída y que, para caer, le era preciso contradecir la letra del mandato.

El pecado original estuvo así en los comientos de la historia. En adelante, padre e hijo rodacían largamente por las calles del mundo sin volverse a encontrar jamás. En la prehistoria sólo quedaban un montón de imágenes, de mitos y de queños. Y siempre que el hijo quiso evocar después lo que había perdido sólo pudo referirse a esas imágenes, tal como si todo se hubiera reducilo entonces a los cuentos que le contaba el padre y a los cuentos que él se contaba en sueños. Unos y otros asignaban a la mujer un lugar oscuramente decisivo:

Había cuentos en que el héroe, después de pasar todas las pruebas, hacía suya a la mujer amada. Generalmente, era el menor de tres hermanos, pero vientos propicios permitíanle lograr lo que estaba vedado a los mayores.

Había otros en que el héroe deambulaba por el mundo a la caza de un pájaro que la mujer amada había perdido. El canto inconfundible elevábase siempre en otra parte, en el sitio que el héroe había dejado ya o en el sitio a que aún no había llegado. El héroe olvidaba al fin sus primeros motivos. El canto a que, por largo tiempo, sus pasos habían respondido, confundíase con los ruidos producidos por la naturaleza y por los hombres.

Había sueños en que el hijo utilizaba como dinero cajetillas vacías de cigarrillo para pagarle a una niña que había montado un singular negocio: a través de una lata de sardinas agujereada e igualmente vacía dejaba que atisbasen los sitios más secretos de su cuerpo. Pero el hijo no alcanzaba a ver nada: con la vista pegada a los agujeros de la lata, se desesperaba vanamente tratando de distinguir algo entre las sombras.

Había otros en que el hijo tampoco alcanzaba a ver nada en la penumbra de los corredores por donde se escurriera el bulto fantasmal de una mujer.

He ahí el inventario del origen, los acontecimientos, las imágenes y los sueños que signan el destino. Hubo un cuento más. Erase un hombre que, en cumplimiento de un pacto de muerte, había descendido en vida a la sepultura acompañando el cadáver de la amada. Allí, el tallo de una planta del subsuelo revelábale sus efectos vivificantes. El hombre devolvía la vida a la mujer. Tiempo después, a la orilla del mar, cuando el hombre dormía y la amada velaba por su sueño, un pirata lograba seducirla con el emblema de sus calaveras. Para no despertarlo, la mujer arrancaba la parte de su traje en que el hombre apoyaba la cabeza. Mucho más tarde aún, el hombre se volvía poderoso. Su poder, empleado en la búsqueda de los dos amantes, permitíale encontrarlos, juzgarlos y ejecutarlos, y hacer fundir sus cuerpos en la bala de un gran cañón. De nuevo en la playa en que se había cumplido la perfidia, el cañón era disparado sobre el mar con un estruendo que nunca se olvidaría en la comarca.

## Julio

Cuando llegó a nuestra casa, por la época en que yo aprendía las primeras letras, Julio Cruz tenía el aire de un gorila triste y sólo su figura negra y descomunal correspondía a la leyenda que en torno a él había tejido mi padre. Los gruesos anteojos de carey que empezó a usar unos días después de su llegada le cuadraban tan poco que yo no podía verlo sin pensar en un león de circo enceguecido al que los muchachos, en el lugar de la melena, han colocado una balaca rosa. Por lo demás, es muy poco lo que recuerdo acerca de su carácter. Mi memoria sólo conserva su leyenda. Era un hombre que no le tenía miedo a nada. Desde muy temprana edad había comenzado a vagar de pueblo en pueblo llevando como único equipaje un par de dados, un carriel, una pistola y un cuchi-Ilo carnicero. Los dados, para esquilmar a los ricos de pueblo, el carriel para la "lana", y la pistola y el cuchillo para lo que pudiera ocurrir en el curso de las sesiones de juego. Hasta donde llegaban los datos de mi padre, había matado a tres en franca lid, utilizando alternativamente la pis-

tola y el cuchillo según el grado de aproximación del contrincante. Y mi padre celebraba con una amoralidad casi épica las artimañas de que se valía para apropiarse las mujeres del prójimo. Pero su audacia no se limitaba al tratamiento de los simples mortales, como se prueba en el siguiente pasaje. Una noche cerrada, luego de dejar a una mujer que había estado con él en despoblado, la mula en que venía hizo un alto en medio de la trocha, se le ranchó y dio muestras de un raro nerviosismo. Embozado en la ruana que poco antes había hecho las veces de tendido. Julio alcanzó a sentir un fuerte olor de azufre y, fijándose bien distinguió a pocos pasos el cuerpo de una bestia arrodillada. Cuando Julio iba a descender de su montura, pensando que tratábase de un caballo con una pata rota, la bestia empezó a desperezarse, poco después se puso en cuatro patas, más luego en dos, acompañando su proceso de erguimiento con tales resoplidos que a cualquier otro se le habría helado el alma. Julio, antes que amilanarse, montó en cólera y aprestóse a responder a esa suerte de reto que érale hecho en forma de bocanadas malolientes. Ya con la pistola desenfundada, Julio consideró la posibilidad de que se tratara de un espíritu al que un tesoro oculto, no revelado en la hora de la muerte, impedía la salida del limbo, por lo que, armándose de paciencia, dijo la fórmula que es aconsejable en estos casos: "De parte de Dios Todopoderoso, ¿qué es lo que quiere?". Pero la bestia, por toda respuesta, enseñóle primero el gran trasero y, a continuación, la bocaza por la que expedía sus olores. Julio no dudó ya: era el mismo Patas. De inmediato le descerrajó tres tiros. El Patas, sin inmutarse, arreció en sus envíos sulfurosos, y Julio sintió un quemón en la mano que sostenía la pistola. Las malas artes a que apelaba el Patas enfurecieron por completo a Julio que, blandiendo su cuchillo, buscó decididamente el cuerpo a cuerpo. Su feroz embestida terminó en una zanja, seis metros adelante del lugar en que había estado el Patas. Julio se devolvió entonces, tomó por el cabestro al animal y, antes de alejarse, lanzó un escupitajo entre gestos de asco y de desprecio.

Por la época, Julio pasaba una temporada en casa de su hermana, y mi padre tuvo la oportunidad de comprobar con sus propios sentidos el carácter histórico del hecho relatado. La pistola, extrañamente carbonizada desde el extremo del cañón hasta la cacha, no quedó sirviendo ni de leña. Y el tío Julio, desde ese día hasta mucho después, quedó lo que se dice oliendo a mil demonios. Claro que yo, personalmente, dudo mucho de que su mal olor fuera tan fuerte; pero fue el hecho que por ese entonces mi padre comenzó a sacarle el cuerpo. Sin embargo, muchas veces mi padre debió buscar la protección de Julio. A medianoche, de manera periódica, unos gigantes colgados como serpientes voladoras de las vigas del techo poníanse a divertirse con Genaro y jugaban con su cuerpo infantil como con una bola pasándoselo

de uno a otro y celebrando con risas destempladas las diversas peripecias del juego. Cuando Julio, acudiendo a los gritos del sobrino, hacía su aparición en el cuarto y los gigantes esfumábanse sin dejar huella, mi padre creía descubrir una secreta y salvadora incompatibilidad entre el olor del tío y los fantasmas de sus malos sueños. Julio le servía también para darse tono entre sus compañeros de colegio. Me imagino a mi padre, frágil y timorato, contando las hazañas de su tío y asignándose para la edad adulta un destino que no parecía corresponderle. No tanto porque fuera el hijo de una negra soltera, de una negra que en independencia y valentía nada tenía que envidiarle al mismo Julio, sino, sobre todo, porque desde antes de su ingreso a la escuela se le metió la idea -por algo que escuchó o que se imaginó a partir de frases inconexas— de que su padre había sido un hombre blanco que llegó una mañana, tomó a la negra hacia el mediodía y partió a la ciudad con las primeras sombras de la tarde. Habiendo venido de lo alto y elegido como receptáculo el cuerpo de una mujer por el que circulaba sangre esclava, la concepción cumplida bien podía considerarse inmaculada y, en efecto, así parece que la consideraron en el pueblo. El mismo Julio abstúvose de adoptar ante su hermana la conducta corriente en tales casos. Y él fue el primero que se enterneció cuando el vientre morado de Leocadia parió un bebé amonado, de rasgos finos v miembros flacuchentos. Ese milagro se repitió

después con ocasión de mi propio nacimiento: también aquí las gentes se asombraron de que mi padre, ennegrecido con el paso de los años, hubiera dado vida a una criatura blanca como la leche, endeble y alargada como una lombriz intestinal. Y así como mi padre depositó en mis manos la redención de su signo patronímico, honró mi distinción y enderezó mis pasos hacia los desfiladeros del espíritu, aquellos dos salvajes que habían sido sus únicos mayores confiaron la tarea de su humanización al niño que les había llegado de lo alto. El pequeño Genaro asistió durante cinco años a la escuela, asombró a los maestros con su sensibilidad e inteligencia y, ya en la pubertad, suspendió los estudios al no poder viajar a la ciudad. Mucho tiempo después, la vena rota de la palabra escrita volvió, como por juego, a pulsar bajo la piel vulgarizada, y entonces escribió cartas de amor, esquelas y versitos, que iban a servir a los choferes para adobar sus vulgares pretensiones. Yo, por mi parte, opino que la parodia era su fuerte. Pocos poemas y canciones populares escapaban a sus variaciones humorísticas. Donde el payador, que se había dado la muerte por su propia mano incapaz de soportar el abandono, era encontrado en un charco de sangre, mi padre, sin perder el sentimiento, lo colocaba en un charco de orines. Donde Garrick, señalado como su propio salvador, pedía al médico un cambio de receta, mi padre, con un gesto de fatalidad, demandaba que se le cerrara la bragueta. Variaciones de este estilo vehicularon

mi primera introducción en el conocimiento de las cosas obscenas. La cantera de la analidad, de la que, sea dicho de paso, extraía mi padre un amplio material para las substituciones, servía en general de substituto a la fuente del amor romántico. Las flores, los perfumes y los tonos melódicos hacían al revés el camino de la sublimación y transformábanse respectivamente en excrementos, en olores y sonidos impúdicos. A todas éstas, yo experimentaba, de una parte, vergüenza, y de otra una amargura dolorosa: mi sensibilidad no soportaba ver a mi padre, con la mano izquierda, derrumbar las construcciones ideales que en sus cuentos levantaba con la derecha. Era sin embargo evidente que tales suciedades respondían al plausible propósito de endurecer mi temple y que, en este orden de ideas, las protestas de mi delicadeza colocábanme del lado de mi madre. Allí, aferrado a sus faldas, se me vino la idea de que mi padre era un hombre de baja condición, un tipo cuya vida fundamentalmente transcurría afuera, un extraño que tenía la llave de la casa y que podía resultar tan peligroso como cualquier asaltador nocturno. Y también esta idea: que había habido otro padre, cuyo sitio se encontraba en lo alto. Genaro no le tenía miedo a nada. Ni a los mortales ni a los aparecidos. Cuando, a la medianoche, en nuestra casa sonaba un ruido extraño, armábase de una gran varilla y revisaba hasta en el solar. Y cuando los borrachos entrábanse por error a nuestra casa -lo que no era infrecuente, dada la zona en que

residíamos— mi padre, sin ponerse a explicarles que tratábase de una casa de familia, los sacaba a empellones y despedíalos con una palabrota. Estas hazañas me tranquilizaban. Por lo demás, yo no recuerdo haberlo visto nunca agitado por una crisis de nervios; neurasténico y preocupado, sí; pero eso era propio de los hombres.

Yo había estado al tanto de las cartas que mi padre había venido enviándole a su tío, de los consejos que le daba en el sentido de que debería "sentar cabeza", poner término a su vagabundeo, construir un hogar y convertirse en un padre de familia. Estoy seguro de que, con su matrimonio, Julio no hizo otra cosa que atender los reclamosdel sobrino. A su vez, es probable que el mismo Julio hubiera originado, más de veinte años atrás, esos reclamos, al levantarse como un protector ante el sobrino. Sólo que al tío le dio mucho más duro el matrimonio y que, al lanzarse a él, fue como si se lanzara en las fauces tenebrosas del lobo. El demonio, que era quien lo sostenía en la existencia, se dio por derrotado con la sola aparición de la mujer. El ángel que surgió entonces en el lugar de aquél revelóse incapaz de conferir a Julio formas nuevas de consistencia corporal. Y Julio se desmoronó. Mi padre, que había propiciado su regreso, presenció el desenlace que no tuvieron los sueños de Telémaco: a la hora de la verdad, el héroe se quedó sin alientos para alzar y tender su propio arco.

Al cruzar el puente del suroeste, en el momento de hacer su entrada a la ciudad, los ojos de Julio, a la sazón normalmente enrojecidos, cubriéronse de densos nubarrones. A nuestra casa llegó apoyándose en el brazo de su frágil esposa. Era una mujer mucho menor que él, blanca, menuda y de cabellos negros. Su nombre: Josefina, me encantó, en parte porque coincidía con el de cierto aire popular que estaba en boga. Y Josefina se prendó de mí, tal vez porque en seis meses, desmintiendo a este respecto la levenda, el héroe no había logrado fecundarla. Los esposos fueron acomodados en la sala. Esa sala, que hasta entonces había sido un cuarto frío, prosaico y carente de misterios, convirtióse desde entonces en un lugar poco menos que sagrado, en la custodia donde se guardan las esencias.

Eran los primeros días de diciembre. El proyecto que había traído Julio de abrir un pequeño comercio con mi padre debió ser aplazado, habida cuenta del carácter severo de la hipertensión diagnosticada. Por lo demás, nadie se hizo ilusiones sobre el verdadero estado del enfermo: siete años atrás, Leocadia había sido alcanzada por el mismo mal, y antes de sucumbir, había sufrido un ataque de locura en el que hizo cosas que mi madre refería en voz baja, santiguándose. La idea de que Julio se iba igualmente a enloquecer y la duda sobre las ocurrencias a que podría llevarlo la locura, hiciéronme guardar a su respecto una cierta distancia. Ante los muchachos de la calle, la

convicción de que en mi casa estaba sucediendo algo muy importante movióme a adoptar el aire serio que anhelaba apropiarme y que, hasta allí, la burla había bastado para descomponer. En ese corto mes que duró la enfermedad de Julio conformóse la geografía de mi rostro. Primero hizo su aparición la leve depresión vertical que parte mi entrecejo. Recuerdo que yo debía ir continuamente hasta la tienda de la esquina con el encargo de comprarle helados. Sentado en una silla mecedora, envuelto como un recién nacido en una manta, Julio saboreaba los helados y, cuando yo me disponía a alejarme, me pedía que lo acompañara y me ofrecía a veces uno. Y yo aceptaba, más que todo por mi incapacidad neurótica de rechazar cualquier demanda personal. Comiéndome un healado de los suyos, me parecía que estaba compartiendo la última cena de un condenado a muerte. De tanto demorarme, el helado se derretía entre mis manos y el azúcar, convertida en miel, soldaba unas a otras las caras laterales de mis dedos. La prisa que me daba en lavarme, pensando que mis manos encontrábanse en una situación inmeiorable para servir de pasto a las hormigas, no era sin embargo suficiente para borrar la depresión abierta. Las dos grietas faciales que, desde la nariz, dan un perfil profundo a mis mejillas tuvieron, de su parte, por origen, el relato de las pi-cardías de un conejo. Julio gastó en hacerlo varias noches, puesto que los dolores de cabeza obligábanlo rápidamente a interrumpirse. Tarascazo, que

tal era el nombre del conejo, ingeniábaselas para conseguir las lágrimas de una serpiente venenosa, los colmillos de un tigre y las barbas y la melena de un león. A la serpiente lograba introducirla dentro de un recipiente agujereado, con la argucia de que en él había depositado una enorme lombriz. Ya encerrada, la serpiente, bañada en llanto, suplicaba por su liberación, mientras que Tarascazo recogía las lágrimas que goteaban por los agujeros. Al tigre comenzaba por emborracharlo y luego lo invitaba, tiple en mano, a alternar con él en un duelo de copleros. Cuando el tigre, ebrio como una cuba, abría sus mandíbulas y entornaba los ojos, poseído del papel de gran tenor, el pícaro le partía los dientes de un mazazo y lo dejaba en tierra, sin fuerzas para responder a la agresión. Ya con el león, Tarascazo apelaba a una artimaña cuya singularidad consistía en el hecho de utilizar la realidad simbolizada como un medio de acceso a la conquista del trofeo simbólico. Apostado en un sitio por el que sabía que iba a pasar la fiera majestuosa, el picaro echaba mano de una piedra y partía con ella dos corozos. En pasando el león, Taras, amablemente, lo invitaba a comerse una almendra. El león la gustaba, y acto seguido inquiría por el árbol que producía tan delicioso alimento. Taras recibía con burlas tal pregunta, y en seguida explicaba que era él mismo quien en realidad lo producía. "Si así son mis corozos, que son tan pequeñitos, cómo serán los tuyos!", decía para terminar, subrayando su exclamación con re-

lamidos. El león abandonaba sus vacilaciones cuando Taras le aseguraba que renacían. Puestos sobre el tronco de un árbol derribado, los dos grandes corozos eran el blanco de una enorme piedra. Con el león a sus pies desvanecido, Taras no tenía ningún problema para arrancar de cuajo los pelos de la barba y la melena. Nunca en la vida he reido tanto, tan profunda ni tan nerviosamente, como oyendo a ese titán herido relatar, para mi diversión, las hazañas del pícaro conejo! Y las arrugas de la frente, que trazan netas franjas horizontales y que prolongan sus estribaciones de sien a sien, formáronse con la admiración, la espera inquieta, el espanto y la cavilación ensimismada. El recipiente de cristal utilizado para sangrar a Julio antojóseme una gran jeringa. Al ba-ño, donde era guardado, me acercaba a mirarlo caminando en la punta de los pies; el frasco, a su turno, parecía señalarme a mí y fijar a nuestro encuentro inevitable un futuro instantáneo. Así como dos astros giran indiferentes en el cielo sin que nada presagie que la ley de sus evoluciones y desplazamientos tiene asignado un lugar en el tiempo a su confrontamiento catastrófico, el hombre y los agentes de su muerte, por más que se ignoren, que se distancien o se frecuenten fríamente, marchan a una cita en un lugar y una fecha inescrutables. Poseído por esta convicción, la fuga ante el peligro se me ha hecho muchas veces problemática: una veloz carrera, emprendida para ponerse a salvo, puede por el contrario conducir a la bala

perdida o al adobe caído de lo alto que, de otra forma, habrían atravesado por delante. Lejos de apaciguar mi espíritu, la noche del nacimiento del Señor, Papá Noel, envuelto en una capa roja y luciendo una luenga barba de algodón, me causó un miedo que casi me hizo flaquear y convertirme en un niño bueno. Dada la presencia de mi padre y el estado en que se hallaba Julio, la evidencia de lo sobrenatural alternaba extrañamente en mí con una duda que carecía de asideros. Mi experiencia de esa noche me permitió comprender el drama de Santo Tomás, el discípulo que ante el milagro de la resurrección descubrió que no soportaba lo divino y que, a su gloria y a su exaltación, prefería la humilde transparencia de la miseria y la desdicha humanas. Para colmo de males, la misma noche Julio se agravó, sufrió un desvanecimiento y debió ser trasladado a una clínica. De regreso a casa, unos días después, su estado podía considerarse preagónico. Al compás de su muerte, mis poros, ensanchándose, dieron su tonalidad definitiva a la estructura material del rostro. El año murió primero. El barrio se preparó para enterrarlo. Con camisas y pantalones viejos, con deshechos de hilazas y con toda suerte de retazos, se hizo el muñeco que lo representaba. Poco antes de la medianoche, el muerto salió en andas seguido por un cortejo impresionante. Las mujeres, los niños y los hombres, confundidos en una sola algarabía e igualmente exaltados y frenéticos, bebían en el mismo vaso y en la misma botella sin que

nadie se cuidara de identificar a las personas que llevaba del brazo ni de evitar la pólvora que estallaba atronadoramente entre los pies. En el camino, el muerto se fue llenando de explosivos, se le puso un trueno entre los labios y otro en el bajo vientre y se cubrió su lecho con papeletas detonantes. De regreso a la calle, el cortejo se detuvo ante las tapias del cementerio y, acto seguido, se prendió fuego al monigote cuyo cuerpo de trapo se deshizo entre luces y estruendos. Eran las doce en punto de la noche: los restos calcinados se aventaron al solar del cementerio y toda la ciudad, con sus sirenas, su algazara y sus campanas, dióles a una voz la despedida.

\* \* \*

Muerto su esposo, Josefina permaneció varios meses en nuestra casa. Las escenas de gran amor que se sucedieron entonces en la sala se representaron sin testigos. Sentado en el borde de su lecho, mientras Josefina descansaba, le preguntaba hasta dónde me quería y ella me contestaba que hasta el cielo. Cuando me devolvía la pregunta, yo procuraba darle una respuesta diferente y, al efecto, mencionaba los barrios más apartados de que tenía noticia. Una vez, Josefina me preguntó qué quería ser yo cuando fuera adulto. Yo le contesté que no sabía, pero que en todo caso no iba a ser médico. Ante la seguridad con que lo dije —que, de otra parte, mantuve siempre— Josefina me miró primero con curiosidad y luego, enternecida,

me acarició largamente los cabellos. A pesar de que parecía comprenderme sin necesidad de darle explicaciones, le dije que yo no soportaba ver la carne abierta y mucho menos ver morir a nadie. Recuerdo las palabras de su réplica como si las hubiera oído ayer: "A lo único que se le debe tener miedo es a la muerte de repente, sin confesión". Yo le dije que me parecía preferible que la muerte llegara cuando uno menos la esperaba y que se resolviera en un segundo, a fin de no tener tiempo de sentirla. Mi obsesión por el tema no era seguramente lo más apropiado para ayudarle a Josefina a olvidar su pena. Mis padres, mucho más prácticos, invitábanla a que saliera, le hablaban de otras cosas y trataban por todos los medios de distraerla. Y cuando ella lograba distraerse -en la confección de un traje, en un chisme, en una comida— vo me sentía herido en lo más profundo de mi ser: la muerte cobraba su dura realidad con el olvido, un hombre sólo moría de verdad cuando sus deudos volvían a ocuparse de las pequeñas cosas cotidianas.

Fue por la época de estos amoríos cuando mi padre cayó en la cuenta de que yo era un muchacho lombriciento. Parece que, cuando me dormía, comenzaba a tragar haciendo un ruido especial con la garganta. Mi padre diagnosticó: eran las lombrices que subíanse por el esófago y que, si no se sacaban, podían causar la muerte por ahogo. Era preciso, pues, darme un purgante. Concretamente, leche de higuerón. Yo no sabía a qué me

resistía más: si a los efectos o si al purgante mismo. Una vez había visto a un vecinito salir corriendo, llamando a gritos a su madre, con una lombriz que no acababa de caer. Y la leche condensaba para mí todo lo que el estómago no aguanta. Así que dije que yo no me purgaba. Mi padre dijo: "usted no se manda", y a continuación vertió en una cuchara la dosis que me tenía que tragar. El solo olor me trastornó, eché a correr pero pronto mi padre me dio alcance. "Tómalo", repitió, ya con la correa en la mano "No", respondí, echando la cabeza hacia atrás. Tres correazos. "Tómalo". "No", seis correazos. Vuelta al "tómalo" y al "no", y a doblar la tanda de correazos. Mi madre, que seguía la lucha pálida del susto, no sabía si rogar a mi padre que me dejase o pedirme que accediera a purgarme. Mi padre, entonces, ocupó un taburete, me acostó sobre sus piernas y trató de hacerme tomar la cucharada. Se la vertí de un manotazo, y me respondió con una lluvia de golpes. Pidió a mi madre que le ayudase a sujetarme y, cuando ella se negó y se puso a llorar, la insultó horriblemente. Pidió lo mismo a Josefina que no estaba en situación de negarse y que se acercó y me tomó por las manos. Otra cucharada servida y otra vertida: Josefina no retuvo mis manos con suficiente fuerza. De nuevo, los puños de mi padre cayeron sobre mí. Mi padre llamó a un vecino. Entre los dos no pudieron hacerme tomar la cucharada, pues alcancé a voltear la cabeza en el momento en que me la empujaban. Nuevos golpes y nuevos correazos. Por último, me pusieron un molinillo entre la boca, para que no pudiera cerrarla ni voltearme, y me echaron el purgante adentro. Me soltaron y lo voté, pues no lo había dejado bajar por mi garganta. Repitieron la prueba, manteniéndome sujeto un mayor lapso a partir de la ingestión del líquido. Me soltaron y lo vomité. Correazos y puñetazos incontables, una furia desencadenada que sellaba la derrota de mi padre.

La anterior batalla, que se prolongó durante casi toda una mañana, se repitió varias veces. Puedo afirmar que nunca me ví en el caso de arrojar una lombriz por obra de la leche de higuerón. Ni un solo gramo de ese líquido infamante fue digerido nunca por mi estómago. El agua de panela y las naranjas que eran, en el barrio, los "pasantes" corrientes de un purgante, me quedaron repugnando para siempre. No debiera, sin embargo, vanagloriarme de ello: es mucho lo que he padecido por la imposibilidad absoluta que padezco de avenirme a padecer nada. Por esa imposibilidad, precisamente, la imagen que conservo de Josefina está lejos de corresponder a lo que podría desprenderse de lo dicho hasta aquí. Josefina quedó en mi memoria malintencionada como una mujer vulgar, como una aventurera deprava-da. Y ello por culpa de la siguiente escena fantasmal: una tarde que me encontraba tendido de espaldas en su lecho, surgió del aire, sin que vo viera el objeto que lo despedía, un olor de amoníaco que invadió de repente mis narices, que me ahogó y me hundió por un segundo en la inconsciencia. Recuperándome, en un pataleo, inquietóme el misterio de lo que había podido sucederme: ¿quién había aproximado a mi nariz tal vez un algodón humedecido en amoníaco? ¿Qué había pasado en ese segundo en que se había interrumpido el tiempo? ¿Habíase tratado de una broma? Nadie en la pieza, nadie en los corredores. Todos aquellos a quienes fui con tal historia escucháronme sinceramente asombrados. Incluida Josefina. Lo que no obsta para que, cada vez que pienso en ello, piense en ella. Y viceversa.

\* \* \*

Finalmente, no fue mejor la imagen que conservó mi padre de la que fuera la mujer de Julio. Y todo porque no quiso asumir la mitad de los costos de un error cometido por él. En esos días, los ojos de mi padre habían sufrido los primeros embates de la hipertensión que, quince años después, iba a llevarlo a la tumba; siguiendo el consejo de los médicos, abandonó el oficio de chofer y retomó el proyecto de Julio. Josefina se mostró dispuesta a emprender un negocio en compañía, contando para ello con lo poco que dejara su esposo. En este punto, hizo su aparición en mi casa un amigo íntimo de mi padre. Venía, según dijo, de una ciudad del sur, donde se había hecho a unas mercancías que esperaban en las bodegas del ferrocarril a que él tuviera modo de cubrir los cos-

tos de transporte. A falta de dinero para retirarlas, estaba dispuesto a venderlas a menosprecio, sobre todo si el comprador beneficiado iba a ser un amigo que estaba en dificultades económicas, que tenía un hogar que mantener, que estaba en-fermo, etc. Mi padre le dio el dinero y mi madre y yo fuimos con el amigo a la estación. El chofer del taxímetro en que esperábamos mientras el amigo retiraba la mercancía terminó por impacientarse con la demora y, cuando le explicamos el asunto de que se trataba, nos dijo que seguramente ya el amigo se había escurrido por la otra puerta o había tomado el tren que partía hacia el sur. Nos bajamos del carro y dimos una vuelta por los corredores de la estación. El amigo había desaparecido. Esa vez, las luces de mi casa no se apagaron hasta bien pasada la medianoche: mi padre callaba, pero yo sabia que esperaba. No sólo por el dinero mismo sino porque no quería despedir-se, como en verdad lo hizo, de la amistad. Nunca después le conocí un amigo. Y si apuró la partida de Josefina con la exigencia de que compartiera las pérdidas, fue también menos por el dinero mismo que por pura y simple hostilidad.

## Un Sueño

De golpe me di cuenta de que había perdido dos mujeres. Ocurría con frecuencia en el centro: las mujeres, confinadas como vivían en sus casas, aturdíanse en medio del gentío, y si llevaban un niño de la mano lo olvidaban con una facilidad inusitada. Esa vez la causa pudo haber sido una vitrina: mis compañeras habríanse alelado contemplando una tela estampada o un vestido azul de marinero que me habría venido bien a mí. Largo rato permanecí en el sitio donde, por vez primera, advertí nuestra separación, pensando que ellas comenzarían por buscarme allí y que si echaba a andar y salía a mi vez a buscarlas, las dos búsquedas podrían no encontrarse nunca. Pero, ¿y si ellas hacían el mismo cálculo? Deambulando indefinidamente por las calles era posible que en algún momento coincidiéramos en un punto dado. Pero si, como era probable, el hecho de la separación se había revelado a ellas en otra parte, la doble espera liquidaba radicalmente la esperanza.

De todos modos, la angustia que me producía la sola perspectiva de ponerme a voltear en círcu-

lo me hizo muy pronto decidirme por la calle de los Cerros que, en una línea recta, ascendía largamente hacia el oriente y parecía escalar el Pan de Azúcar, cuyos picos acunaban al sol. Los pasos lentos con que inicié el ascenso servían al propósito de sofrenar el tropel del corazón. Asimismo, mi respiración premeditadamente moderada, respondía al intento de restaurar el control y la integridad amenazados. La perseverancia en esa línea de conducta, consistente en perseguir a través de las manifestaciones corporales la posición a la que correspondían, permitíame, de otra parte, sustraer mi extravío a la curiosidad mundana y librarme de un escándalo que me habría dejado sin defensas, deshecho en llanto y a merced de un gentío innominado. Era cierto que el no llamar la atención tenía también sus desventajas: en medio de un corrillo callejero, o corriendo y gritando, las mujeres que seguramente me buscaban habrianme notado desde lejos y venido de inmediato a mi encuentro. Más que a la eventualidad de no encontrarlas temía, sin embargo, al hecho de deponer mis últimas reservas y de supeditarlo todo al resultado de una búsqueda incierta. En presencia de mi calma aparente, mis compañeras, de haberme visto, era indudable que habrían montado en cólera y que me habrían atribuído a mí la culpa. Pero tampoco la anterior consideración introdujo el menor cambio en mi conducta. Antes bien, la idea de que las dos mujeres pudieran observarme en cualquier momento le confirió un sentido nuevo a la

serenidad de mi vagancia. Para su mirada imaginaria, adopté la expresión de un hombrecito al que nada le falta, que se las arregla por sí mismo y cuya interioridad encierra suficientes elementos para estar solo y mantenerse a flote.

Sosteniendo la imagen de unos ojos, me sostuve un buen rato ascendiendo por la calle de los Cerros. Pero el sol agonizaba a mis espaldas en un baño de sangre, y yo empecé a flaquear. No se puede guapear con arreboles. Arriba, al pie de la montaña, la cúpula del asilo de ancianos y las tapias del cementerio universal acogían los rayos mortecinos. Invisible, la Puerta del Sol, que ponía término a la calle y abríase contra las faldas del cerro Pan de Azúcar, obsedía mis pasos y daba un sentido vago a mis pesquisas. Apurando la marcha, busqué adelante las siluetas perdidas. Sobre todo a la mujer morena. Era a ella, propiamente, a la que vo había hecho compañía. Hubo un momento en que creí avistarla, cien pasos más allá. Caminaba con aire distraído, sin volver la cabeza y sin dar muestras de haber perdido nada. Pronto las gentes, yendo y viniendo ante mi vista, me impidieron seguir su trayectoria. No podía haber sido ella, sin embargo: la mujer blanca no marchaba a su lado. Pero su indiferencia me llenó de alarma: ¿cómo sabía si la desaparecida no marchaba por una calle larga sin volver la cabeza, sin percatarse siguiera de mi ausencia? ¿Cómo sabía si la mirada de que dependía para darle un sentido a mi solitaria independencia no estaba en

ese momento mismo contemplando una tela estampada o un vestido azul de marinero? Mi independencia no era fácil de llevar. Tenía un sabor acre y quemaba en el vientre. Era tan dolorosa que por momentos me hacía compadecerme de mí mismo y anhelar que la mujer morena me acompañara en ese sentimiento, y era tan apremiante que me hacía esperar que mi llamado llegara a ella por una telepatía del afecto. A todas las mujeres que caminaban adelante acercábame en un trotecito lateral, las pasaba unos metros y volteaba a mirarlas a la cara. Y cada una, en tanto me encontraba a sus espaldas, encarnaba a la mujer buscada. Durante varias cuadras prolongóse la empresa del reconocimiento, la brega repetida y siempre igual: primero, la fascinación, el suelo que se escurre hacia el sitio que pisa la mujer; luego, el instante heroico, el tránsito mortal por la mirada del sueño a la presencia; y finalmente, la desilusión, el simple y corriente desengaño que es menos una pérdida que un trozo de realidad reconquistado con tristeza y ternura. Rechazado a mis posiciones interiores, examinando ese sueño delirante que renacía intacto de cualquier número de confrontaciones, me consideré a mí mismo, imparcialmente, como un niño perdido sin remedio. ¿A qué mirar a nadie? ¿A qué observar irrespetuosamente a nadie so pretexto de que existía un parecido que sólo yo forjaba? Cayó la noche. El corazón, desprovisto de objetos, se subió a la garganta. Para no oírlo en ese sitio tan inapropiado

eché a correr, siempre calle arriba. Y para ahogar mis últimos lamentos dí en proferir, acelerando el paso, las maldiciones y las palabrotas que podían aterrar más a una mujer. A esa hora, el cementerio y el asilo de ancianos confundíanse en un solo manchón con la montaña y, abajo, detrás de mí, la ciudad era un pesebre iluminado. En el sitio todavía intermedio en que me hallaba, mi sombra se arrastraba con los cabellos en desorden y era como una prueba de que las gentes de mi ciudad natal sumarían un día mi leyenda a sus cuentos de espantos y fantasmas.

Pronto mi débil cuerpo no dio más. Las necesidades más elementales ocuparon por completo mi atención. Descartada la leyenda negra, caminando recostado a las paredes, perdí todo entusiasmo. Y me escurrí por la primera puerta que ví abierta.

—Zapatero, préstame un banco para descansar.

Afuera, en esa parte de la calle, las bombillas instaladas en las puertas agotaban su luz en los dinteles. Una línea negra alargábase insidiosa entre una acera y otra. Y la obscuridad me daba frío.

-Zapatero, préstame una manta para cubrirme.

Y el no tener que hacer, y la falta absoluta de deseos me daban hambre y sed:

-Zapatero, dame algo de comer y de beber.

Sobre mi siniestro aplacamiento, en el espacio que ocupaba el otro emergió entonces la figura paterna que, muchos años antes, había llegado al igual que yo por la pendiente de esa calle larga, luego de una tarde de arreboles. Y yo comencé a amarla, y nos amamos con un amor sin límites, como se aman los seres que no pueden ofenderse porque se hallan unidos por la misma herida. Y comencé a callar —corriendo el velo en este sitio eterno que marca el fin del sueño que ahora cuento y que mi vida no acaba de contar—porque resulta alevosa la palabra de un calvario común.

ob stillet.

-lean t

en Marken et en ford de prins. Antoniosa estados

## V

## Dora

Muy pocas veces celebrábanse en el barrio matrimonios con todas las de la ley. El carácter pueblerino que todavía tenía la ciudad y la descomposición de la vida patriarcal que ese barrio condensaba aunábanse para producir una institución conocida comúnmente bajo el nombre de "Matrimonio Smith & Wesson". En un comienzo, esta sinstitución había jugado un papel necesario y progresivo. La cosa sucedía más o menos en la siguiente forma: un "perro" del barrio comenzaba a galantear a una muchacha cuya madre, constantemente ocupada en levantar el sustento para sus hijos, veíase imposibilitada para asegurarle la debida protección. Generalmente, el padre faltaba de hecho o de derecho y los hermanos, cuando los había, se la pasaban por su parte a la caza de otras muchachas, si no en paseos de una moralidad aún más dudosa. El noviazgo terminaba en un barranco y la muchacha comenzaba a redondearse lenta pero seguramente. En este punto, entraban la madre y el policía. La marca de revólver que dio su nombre a la institución señalaba el carácter for-

zoso de la decisión del novio y dábale al problema una muy relativa solución de acuerdo con la vieja sentencia de "el tigre paga con la piel". Posteriormente, sin embargo, y en forma paralela a la evolución de las instituciones y de las gentes, el "perro" cedió su lugar al "marrano", la madre a la arpía y la muchacha inocente a la "loba" que caza al cazador. Sólo el policía seguía siendo policía: la inmutabilidad de su función constituía precisamente la condición para que las mutaciones referidas operasen de una manera eficaz. Ahora, el "marrano" era seducido por la "loba" y llevado a un barranco previamente escogido para el efecto, en donde de manera indefectible aparecía la arpía con el policía sin siquiera dejar que el "marrano" acabara de consumar el delito por el que iba a ser condenado a cadena perpetua. En los tiempos de mi niñez, esta segunda modalidad del matrimonio "Smith & Wesson" comenzaba ya a entrelazarse con la primera, ante todo, porque las madres y las hijas aprendieron muy pronto a convertir en un fin consciente lo que en la práctica social había sido el resultado de determinadas circunstancias y, en seguida, porque el novio seducido resultaba un marido mucho mejor y mucho más fácil de controlar que el seductor levantisco. Así, los primeros matrimonios nunca duraban, mientras que los segundos eran prácticamente eternos. Los primeros maridos no traían un solo centavo a la casa, obligaban a trabajar a la mujer y antes le quitaban lo poco que conseguía con su trabajo;

los segundos entregaban siempre su sueldo a la suegra y a la esposa, y la mujer hacía lo que le venía en gana. Finalmente, operóse una síntesis singular de las dos modalidades aquí examinadas en virtud de la cual las muchachas del barrio iban dos veces al barranco: la primera, con el "perro" que las seducía, y la segunda, con el "marrano" que iba a ser casado; y tenían regularmente dos maridos: el que las entretenía y que ellas en parte mantenían, y el que las mantenía y que ellas ni siquiera hacían el menor esfuerzo por entretener.

El matrimonio cuyas vísperas se celebraban el mismo día que yo cumplí siete años era, excepcionalmente, un matrimonio con todas las de la lev. La casa de la novia había sido engalanada con cadenetas de papeles de colores, en cada mesa levantábase una terracota y en la sala y en el comedor colgaban sendos cuadros que, con pocas variaciones en la distribución de las figuras, representaban a un grupo de ninfas bañándose y retozando en las aguas de una charca del bosque. A mí, todo eso parecíame del mejor gusto y casi no me imaginaba cómo las bodas del príncipe y la princesa podían celebrarse con más fasto. Claro que no dejó de chocarme ver llegar, con las primeras horas de la noche, algunos invitados que traían como regalo las mismas terracotas y el mismo cuadro con las mismas ninfas. No eran muchos, felizmente, y mis ojos extasiados veían acumularse, en las dos camas dispuestas para el efecto, cajas y paquetes de los más diversos tamaños envueltos

en papel brillante y adornados con moñitos de satín. Después, cuando comenzó el baile, los niños debimos retirarnos hacia la parte del comedor, desde donde podíamos divisar todos los movimientos de las parejas que ocupaban el patio y de los músicos que animaban la fiesta. Buen rato estuve riéndome con dos o tres amigos del viejo que tocaba el bajo, de la dignidad con que soplaba para producir un sonido que parecíanos en todo acorde con la denominación del instrumento. De repente, paré de reirme y, como si hubiese sido sorprendido en un acto vergonzoso, el rubor me quemó las mejillas. Frente a mí había unos ojos redondos y separados, francos y claros y de escasas pestañas, que me miraban con desprevención y que no se turbaron cuando los míos se emborracharon en sus aguas. Y había también un rostro blanco e igualmente redondo, una nariz respingadita y unas pecas dispersas y casi invisibles que salpicaban alegremente las mejillas. Finalmente, había un traje negro que hacía resaltar la blancura del cuello y que, junto con el luto de la madre, contábale seguramente a mi inconsciente la más grave noticia. Ya no volví a reír en el resto de la noche; el rostro, los pasos y la voz se me tornaron graves, y todavía hoy no sabría decir si ello ocurría por la gracia de esos ojos claros o por efecto de aquel traje negro. Cada vez que esos ojos volvían a encontrarse con los míos derramaban sobre mi corazón sediento un licor más bermejo que el vino de los asesinos.

La "pachanga" continuaba entretanto. Agotada la cerveza, los invitados comenzaron a deslizarse hasta la tienda de la esquina y a regresar con medias de aguardiente en el bolsillo posterior de los pantalones, y un clima de relajo se instauró paulatinamente en lugar del orden relativo que había imperado hasta allí. Ahora, los hombres celebraban regularmente las cadencias del porro, de la guaracha y del paseo vallenato, con unos aullidos lastimeros que más parecían emitidos en el descenso mismo a los infiernos; y, en cuanto a las mujeres, las que no se aprestaban a abandonar el sitio anunciaban con el brillo que iluminaba sus ojillos la intención de descender con ellos. Los cuerpos sudorosos olvidaban por momentos la música. Luego de algunos compases marcados con el meneo de las caderas, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, sucedíanse regularmente leves pausas en las que las parejas cambiaban la dirección del movimiento y entrechocaban las partes inferiores de sus cuerpos con un sonido apagado. Discretamente, se fue dejando solas a las parejas. Con la salida de los primeros invitados mi embriaguez se convirtió en tormento y el tormento en la más sorda angustia. Durante el rato que estuve esperando la partida de la madre y de la hija sufrí como un condenado: el temor ni siquiera me dejaba contemplar la posibilidad de acercarme y el corazón se revelaba contra la perspectiva horrorosa de que la niña que así lo conturbaba fuera a desaparecer aquella noche por los mismos caminos de sueño por donde había venido. Nunca después mis ojos preguntaron tan desesperadamente por un nombre, una señal, una calle. Ni tan vanamente. Así, cuando, paralizado, las miré partir y sus siluetas se confundieron con las sombras del barrio, comprendí que en los días que se avecinaban nada ni nadie podría acompañarme.

Días difíciles fueron, en realidad, los que siguieron. En la búsqueda de la desconocida hurtábame a la mirada de mis padres horas enteras sin que de esas escapadas pudieran disuadirme las tandas de rejo que habían comenzado a menudear desde mi demora de la noche del baile. Con cada paliza que me daba mi padre crecía el hueco que en la pared de la cocina abría a las patadas mi furor desencadenado, mientras mi madre me rociaba con agua bendita y hacía sonar las ollas tratando de evitar que mi padre llegara a oírme. Y mi furia crecía hasta extremos desconocidos cuando mi madre, ante el cambio repentino que habíase operado en mi comportamiento, decía no encontrar otra explicación que mi posesión por el demonio y hablaba de llevarme donde el cura de la capilla del cementerio. Creo que fue entonces cuando proferí las primeras blasfemias. El curita se me quedó entre ceja y ceja y unos meses después hícele al barrio el obseguio desusual de un sacrilegio. Todos los domingos, indefectiblemente, iba a misa de once por ver de encontrar de nuevo a la desconocida. Una vez que me había adentrado hasta el altar en el momento en que el ofi-

ciante llevábase el cáliz a los labios y los feligreses sumíanse en el más absoluto silencio, la voz con que exclamé: "!Qué padre tan bebedor!", sonó mucho más alto de lo que yo habría querido y desató un escándalo que atrajo sobre mí la curiosidad del barrio; las viejas empezaron a tratarme con respeto y hasta los más desalmados de mis amiguitos me miraron entonces con una mezcla de susto y de admiración. A mí el amor me dejaba poco tiempo para envanecerme de esa hazaña que nada me había costado y que ni siquiera me hacía sentir distinto. Y cuando cometí el segundo sacrilegio, mucho más grave aún a los ojos de todos los mayores pero mucho más inocente a mis propios ojos, me quedé todavía más frío. Sucedió que recibí en una sola arrodillada, sin confesarme y sin haber hecho siquiera la primera comunión, un rosario de hostias consagradas al que sólo vino a poner fin el sacerdote que se fijó en mí y que, pronunciando estas palabras: "Ya a usted le dí", me hizo abandonar el reclinatorio. El hecho de que haya salido a contarlo, si no prueba por completo la inocencia de esa travesura, constituye por lo menos un índice de que yo no esperaba que la alarma de mis mayores fuera a llegar al punto de llevarme a buscar la absolución hasta el propio palacio arzobispal. El señor Arzobispo, sin darle mavor importancia al asunto, limitóse a aconsejar que mi primera comunión se celebrase a la mayor brevedad

Recuerdo todavía la extrañeza que me produjo una historia que contaba el padre que había tomado a su cargo la preparación espiritual del grupo de niños con que yo iba a hacer la primera comunión. Trataba de un santo (¿o de una santa?) al que, ya en su vejez, se le había preguntado por el día en que más feliz se había sentido a lo largo de su vida. Ante esta pregunta, de tan difícil respuesta para cualquier persona normal, el santo (o la santa), con menos asombro que el que denotó para identificarse el alcalde de Riva, se había apresurado a contestar: "El día de mi primera comunión". Sobra decir que yo dudaba mucho, aunque es cierto que me mostraba dispuesto a abrirle a dicha aseveración un margen de espera diciéndome para mis adentros "a verlo vamos" y rodeando con ello de cierta expectativa la llegada del día mencionado. Y el día llegó. Durante la mañana no ocurrió prácticamente nada: comulgué, y de nuevo la hostia demostróse impotente para extirpar de mi espíritu los gérmenes subjetivistas del individualismo pequeño-burgués. En las horas del medio día presentóse sin embargo un incidente que estuvo preñado de las más imprevisibles consecuencias. Por juego, comencé a negarme a que se me tomara ninguna foto, lo que sólo tenía la virtud de romper con la tradición. Dije que me daba miedo que en vez del flash la cámara me disparase un balazo, y que ni siquiera la perspectiva de irme derechito para el cielo en ese día de gracia me libraba del terror a la muerte. Extraña-

mente, mis padres parecieron indecisos ante mi alegato y yo aproveché su indecisión para negarme de manera definitiva. Sólo mi madre, vertiendo unas cuantas lágrimas, dio muestras de haberle conferido una significación especial a esa negativa. Me quité entonces el vestido de marinero y los zapatos de charol con los que tan ridículo me sentía, inflé el balón e invité a hacer "shots" a un grupo de amigos. En esas estábamos cuando llegaron dos muchachos de la barra del Corozal a decirnos que su equipo había acordado hacernos un desafío a los del Callejón del Norte, y que, para el efecto, proponían la manga de las Delicias. De inmediato aceptamos, y en pocos minutos corrimos la voz a toda nuestra barra. Un rato después habíamos saltado ya a la cancha y comenzábamos a llenar de goles a los "paquetes" del Corozal. Cuando iniciábamos el regreso a casa, yo ya tenía la tunda asegurada pues me había ido sin pedir permiso y las características especiales de ese día hacían casi imposible que mi larga ausencia hubiera pasado desapercibida. Y como me ocurría siempre, sólo al regreso deteníame a pensar en el castigo. Pensando en él estaba cuando ocurrió el milagro que, con el mismo aplomo del alcalde de Riva y con las mismas palabras beatíficas del santo de marras, en adelante ibame a permitir responder a la pregunta que interroga al cristiano por el día más feliz de la existencia. Sucedió, en efecto, que en un instante maravilloso se me concedieron a la vez tres gracias: encontré a la desconocida, descubrí su casa y conocí su nombre.

Cómo la había buscado! Cómo se habían alargado las calles del barrio bajo mis pasos infantiles en esos meses que duró mi búsqueda! Las calles del Cortijo v del Pedrero, que cruzaban de sur a norte el barrio y que formaban los costados anterior y posterior del cementerio, y las del Corozal y del Centauro, que, al norte de aquél, iban de oriente a occidente y lindaban con el Mellizo y con el bosque, me habían abierto de par en par sus puertas y habían permitido que mis ojos escudriñasen todos los lugares. Pero el vértigo me detuvo muchas veces. Sentado en el borde de una acera tardaba varios minutos en recuperarme: la casa de familia, la del tendero, la de la modista, la de la frutera, la del comerciante, la del obrero, la del artesano, la de la hotelera, la de inquilinato y la de las rameras, introducían atropelladamente en mi cabeza todo el caos del barrio y reanudaban una y otra vez en ella el desfile de las habitaciones. Poco tiempo después mi búsqueda se concentró en las callejuelas que, como aquella en la que yo vivía, parecían penetrar al cementerio e iban a terminar contra sus tapias. Para observar mejor escalaba las galerías del cementerio al frente de las cuales extendíanse paralelamente las hileras de casas de los callejones del Sur y de Occidente. Alli, de pie sobre los muertos apilados y al acecho de un vestido negro, un sentimiento de angustia indefinible sobrecogíame por momentos y acababa

por obligarme a descender. Ocurríame que después de haber mirado las oleadas de chiquillos que, como los mosquitos de las tumbas y de los crematorios, desplazábanse de un lado a otro con movimientos sincrónicos y que de todas partes veíanse expulsados, después de que las viejas se peleaban entre sí por las peleas de los hijos para más tarde encaminarse juntas a la tienda o tenderse en la yerba a sacarse los piojos unas a otras, y después de que los perros ladraban, los tarros sonaban, las piedras rompían los postigos y de que todo el mundo hablaba a gritos, el barrio entero parecía sumergirse en un solo sueño del que yo me acordaba pero que un día iba a olvidar sin remordimientos. El amor que experimentaba entonces por sus calles restauraba finalmente la normalidad de mi respiración y las gentes, sin resquemores ni venganzas, hacíanme otra vez campo entre ellas y afanábanse por proteger mi sueño. En mi confusión elemental con las calles del barrio volvía a colocarme más allá del olvido y del recuerdo. El despertar se producía cuando todas las imágenes del sueño se vestían de un traje oscuro. Después de examinarlas una a una, tratando de reconocer en ellas a la desconocida, reiniciaba la búsqueda que habría de conducirme hasta lo alto de las galerías. Cómo la había buscado y cómo se me había ensimismado el alma en esa búsqueda!

El juego había terminado con un "score" abultado a nuestro favor. El que un muchacho del equipo contrario, luego de abordarme y de exteriori-

zar su admiración por mis calidades de "forward", me hubiera invitado a comer un helado, no dejó de parecerme un poco extraño. Mientras yo peloteaba el balón en la acera de la casa que levantábase aislada a todo el frente de la manga, oí al muchacho pedir los dos helados a través de la ventana enrejada. De pronto dejé de pelotear y el balón rodó de nuevo hacia la manga. A través de la reja la voz de una niña me llamaba la atención: "Oiga!, Oiga!", y cuando levanté la cabeza y la misma voz me hizo la pregunta: "¿Y el suyo, de qué?", mi garganta, superando rápidamente un nudo, se encargó de responder por mí: "El mío... de mora". Hablé al parecer muy bajo porque la niña se mostró indecisa hasta que mi compañero le acla-ró: "Que de mora, Dora". En medio del susto y la alegría, pero más del susto, esas palabras -que de mora, dora, que de dora, mora-daban todavía vueltas en mi cabeza cuando mi compañero recibió los dos helados y cuando nos alejamos del lugar sin que yo me atreviera a hacer el menor comentario. Sólo después de voltear la esquina pregunté a mi compañero: "¿Cómo es que te llamas?". Y él me dijo entonces que Gildardo. Le pregunté después dónde vivía, a pesar de que era casi obvio, y él me dijo que aquí, en el Corozal. Le pedí entonces que me señalara su casa, y él, aparentemente muy contento, me invitó a que lo acompañara. Mientras bajábamos por el Corozal, yo miraba de reojo su rostro moreno y llegué a descubrir una cierta belleza en sus rasgos negroides.

Ahora era yo el que más admiración sentía: él había sido capaz de hablarle a ella y de llamarla por su nombre. Seguramente, la conocía bien. Era. por lo tanto, absolutamente necesario que me convirtiera en su amigo. Le pregunté pues si tenía "cuadros", a fin de encontrar una afición común sobre la cual empezar a tender puentes. Me dijo que sí, que si quería me mostraba su cuaderno. Su casa se encontraba sin revocar y los pisos eran de tierra. En un segundo regresó con su cuaderno. Era, en realidad, uno de los mejores álbumes de vistas de cine que había en todo el barrio. Los "cuadros" que representaban generalmente al "muchacho" o la "muchacha", como llamábamos a los primeros actores, estaban dispuestos de acuerdo con una clasificación rigurosa: los "cuadros" en blanco y negro se encontraban aparte de los en colores y unos y otros dividianse a su vez en "cuadros" de películas de amor y de series de aventuras. Los últimos eran indudablemente los más cotizados. Era así como un cuadro del Fantasma llegaba a valer fácilmente 15 o 20 centavos. Claro que tampoco faltaban los "cuadros" del otro tipo con una fuerte demanda, sobre todo cuando eran de películas que combinaban el amor con la aventura: un beso de Errol Flynn y María Montez podía ser cambiado mano a mano por un cuadro del Capitán Marvel. El álbum de Gildardo tenía los cuadros que eran de fácil consecución para cualquier coleccionista: Nyoka, Sabú, el Capitán América, Flash Gordon, el Maravilloso Enmascarado, pero

también los que muy pocos se daban el lujo de poder mostrar: el Aplastaespías, el Fantasma, el "muchacho" del Imperio Submarino y el del Misterioso Doctor Satanás. Recuerdo que esa primera vez me enamoré de una vista de Invasión a Mongo en la que el Rey Ming, que era el malo de la película, hacía retener a Dalia mientras Flash Gordon era conducido al estanque del pulpo bajo las miradas devoradoras de la hija de Ming que ya tramaba la manera de rescatarlo. Y cuando Gildardo me dijo: "Te la doy", me quedé mirándolo a los ojos y los dos sonreímos con una sonrisa silenciosa que estaba llamada a inaugurar una larga amistad.

Esa amistad me sosegó el espíritu. Y Gildardo se convirtió en mi compañero más inseparable, en el mejor amigo que había tenido nunca. Con él, que no solo, pasaba varias veces al día por la casa de Dora, pero mi temor a acercarme, que habíasele contagiado a Gildardo, excluyó desde el comienzo las compras de helados. No se cómo me las ingenié, en efecto, para que Gildardo diera en comportarse como un enamorado y para que, en consecuencia, tomase como yo una distancia respetable ante esa niña que antes tratara tan desprevenidamente. El hecho era que ahora le coqueteábamos en llave, desde lejitos, levantando las cejas, y que ella nos respondía a ambos en la misma forma. Juntos nos alejábamos después, igualmente asustados v celebrando con risitas nerviosas la hazaña que habíamos realizado. Había, sin em-

bargo, una cosa que Gildardo ignoraba y en la que no nos encontrábamos: era la gravedad de mi amor, secreta por definición, que aquellas levantadas de cejas, por su carácter infantil, antes contribuían a mantener en el silencio y hacer que reposase allí en toda su pureza. Era así como traicionaba a Gildardo. Aunque también es cierto que él tenía otra forma de traicionarme, sólo que lo hacía de una manera abierta. Era su amistad continuada con Morantes. Tratábase de un muchacho. un poco mayor que yo, más fornido, pero de baja estatura. Su madre regentaba una casa de inquilinato y su padre sólo aparecía de tarde en tarde, aunque por mi parte puedo asegurar que nunca tuve la oportunidad de verlo. Morantes se distinguía por sus chistes flojos, su vulgaridad y su li-bertad de movimiento. Debo sin embargo reconocer que era, en la barra del Corozal, más o menos lo que yo era en la del Callejón del Norte: el mejor futbolista, el corredor más veloz y el mejor con la cauchera, sólo que entre él y yo había exactamente la misma diferencia de nivel que nos favorecía a los del Norte. La primera vez que nos medimos a los golpes, en un partido de fútbol, me parece que él me dio más duro, pero la sangre que corrió por sus narices hizo que los demás, y que probablemente él mismo, considerasen la pelea como un empate. Desde esa pelea, no volvimos a cruzarnos la palabra, por lo menos de manera directa. A fuerza de rivalizar por la adhesión de Gildardo, que no se decidía por ninguno de los dos,

llegamos en cierta forma a ser inseparables y a andar para todas partes con aquél. La necesidad objetiva de comunicarnos que esa situación igualmente objetiva terminó por plantear entre los dos, hizonos apelar a un lenguaje indirecto en el que Gildardo actuaba como oficial de enlace: "decíle que tal cosa" y que, cuando faltaba Gildardo. aiustaba todas sus frases a la fórmula: "que tal cosa", con la que incluso podíamos entablar largos diálogos manteniendo el carácter inmodificable de nuestra decisión de no volver a hablarnos: "que qué pájaro será ese", "que es un toche', "que si trajo la cauchera", etc., etc. Y a fuerza de andar juntos, y también por las infidencias de Gildardo, el Morantes comenzó igualmente a fijarse en Dora, a pasar a menudo por su casa y a levantarle las cejas con nosotros. La vulgaridad que le era innata permitióle sin embargo acometer lo que a Gildardo v a mí desde el comienzo ni se nos ocurría: comprar helados a través de la reja. Y más aún: hablar con ella.

No diré todo lo que sentía viendo a Morantes conversar con Dora. Sólo diré una cosa: me parecía que la mancillaba. Aparte de su vulgaridad ya señalada, que tantas veces lo llevara a proponerme un torneo de ciertos ruidos bajos y a considerar mi negativa como propia de una niña púdica, era Morantes el producto más genuino de la casa en que se había criado. No había probablemente en todo el barrio de San Pedro una casa más sucia que "la casa de Berta". Las paredes, sin exagerar, es-

taban recubiertas por una capa de grasa y mugre que en ciertos sitios alcanzaba fácilmente un centímetro de espesor, y en los corredores y en las piezas había siempre un reguero de trapos, sábanas y colchas de retazos. Por el solar cruzaba la quebrada del Botijo, que traía las aguas negras del noroeste de la ciudad y que, luego de atravesar el bosque, desembocaba en el río, junto al puente del Mico: entre las aguas y el barro del Botijo, vi por primera vez a Morantes y a sus hermanitos. Las niguas y los piojos, a los que no escapaba ningún muchacho, prendían de tal manera en los pies y las cabezas de "los hijos de Berta" que éstos, por lo menos en mi casa, pasaban por ser los primeros distribuidores de tales bichos con que contaba el barrio de San Pedro. De acuerdo con una lógica plenamente comprobada a través de todas las etapas del desarrollo humano, bien puedo afirmar, haciendo a un lado mis sentimientos personales, que "los hijos de Berta" eran inmorales a fuerza de ser sucios y que eran brutos de lo puro inmorales. Morantes estaba repitiendo el primer año de primaria; de ahí que su viveza en el juego y demás prácticas infantiles tan sólo pareciera a mis ojos como una expresión más de su osadía y de su desparpaio.

Fue Morantes, mi eterno rival, el que, con sus visitas a la reja de Dora, me hizo concebir la idea de la carta. El hecho de que yo fuera el único capaz de escribirla parecíame una garantía suficiente de triunfo. Fue así como reuní a Morantes y a

Gildardo, les expuse mi idea, aceptaron de inmediato v, en el reverso de una cajetilla de cigarrillos, escribí más o menos lo siguiente: "Dora, Gildardo, Morantes y Ramiro te quieren mucho. ¿Con cuál te quedas?". Una hermanita de Gildardo encargóse de llevar el mensaje. Dos días estuve escondido. Al comienzo, porque no me viera Dora; después, por temor de que el hermano de Dora, un muchacho que nos llevaba tres o cuatro años, hubiera podido enterarse. Por lo demás, estaba tranquilo. Gildardo no existía: iba de relleno. La opción de Dora reducíase a Morantes y a mí: la presencia o la ausencia, la animalidad o la espiritualidad. El hijo del barrio o el elegido. ¿Podía no ser elegido el elegido? Los ojos de mi padre habíanse fijado en mí, sus alas habíanse quemado en mi fuego: ¿podía una niña, por adorable que fuera, no arder con ese fuego? Su adorabilidad, precisamente, iba a permitirle prescindir de toda consideración exterior -ya yo era feo- y decidir de acuerdo con los valores de la interioridad —ya yo era un intelectual ... Y, como buen cristiano, ya sospechaba que mis desventajas y complejos corporales tenían una relación estrecha con la vida del espíritu. Mi madre gustaba de decir que, hasta los cuatro años, yo había sido un niño "de mostrar", pero que "había dado la vuelta". Fue una vuelta de ciento ochenta grados: desde la expulsión del paraíso, después de comer del árbol prohibido, la muerte se ensañó en mi cuerpo y la instrumentalidad de mis extremidades replegábase a

menudo para abrirle sitio a una posición objetal, culpable y vergonzosa. Sobre la muerte de mis extremidades blanquecinas, como corresponde además a la dialéctica del pecado original, la inteligencia acabó por levantar el vuelo, hasta el punto de que, cuando me deslizaba por las calles, la reflexión que me henchía de interioridad no se diferenciaba de la conciencia vergonzosa que tenía de mi cuerpo mortal. Yo era mi espíritu, y sólo por él estaba dispuesto a responder. El cuerpo pertenecía a los gusanos, era un dato exterior en cuya fundación yo no tenía nada que ver y que, en la medida en que parecía pertenecerme, no hacía otra cosa que llenarme de embarazo. Desde esa época practicaba pues el sartrismo. Y el narcisismo del intelectual que se plantea como el origen de todas sus potencias, el orgullo loco que no cambia por nada la fluidez de la interioridad, estaban también desde esa época presentes y ya exigían un reconocimiento para efectos del cual no hacían ni el aporte de una foto.

Dora estuvo sin responder varios días. Volvimos a jugar a las Delicias, aunque ahora, a propuesta mía, los del Norte y los del Corozal no formábamos aparte sino que jugábamos revueltos. Un día que Morantes y yo nos habíamos dividido para escoger los dos equipos, acercóse a la manga la hermana menor de Dora, una niña que tenía un ojo dañado y que, cuando yo pasaba por su casa, me miraba con el otro de manera particularmente insistente, lo que me causaba mucha pena. La ni-

na llegó directamente hasta donde estaba Morantes, le entregó algo y se alejó corriendo. No sé de dónde saqué fuerzas para acercarme a Morantes y preguntarle:

—¿Qué es?

Fue la única pregunta directa que le hice desde nuestra pelea. Cuando se negó a responder y se me quedó mirando con la misma risa burlona con que acogía mis negativas a alternar en sus torneos, me dieron ganas de encararlo todavía más directamente y soltarle todas las palabras vulgares que conformaban el repertorio del barrio. Pero ello habría equivalido a renunciar a que me informase, por lo que supe controlarme. Y al atenerme a la forma indirecta sentí que la tragedia iba a ser representada en aire de parodia.

- Que qué es.
- Que un regalo de Dora.

Morantes celebraba con una sonrisa triunfal la represión de mis afectos tormentosos y mi sometimiento a las reglas del juego.

- —Pero, que qué es.
- —Que un regalo.
- —Pero, que qué regalo.
- —Que un regalo de Dora.
  - —Que muestre.
- —Que para qué quiere ver.
- -No. Que para ver.

Morantes me llevó un poco aparte. Abrió la mano y la dejó extendida todo el tiempo que mis ojos estuvieron mirando fascinados. La prenda íntima que Dora había mandado a manera de respuesta no podía ser sino para Morantes. Evidentemente, la niña del ojo dañado no había equivocado el destinatario. Para Morantes, o para cualquier hijo del barrio. Atontado, y como cualquier hijo del barrio, adopté por un momento el tono con que Morantes me invitaba a un intimismo cómplice:

- -Ah, que son de coleta.
- -Hmm... que parece.
- —Que son de coleta blanca, de la que vende don Genaro.
  - —Que son de muñeca.
    - -Pero que tienen hasta resortico.
    - -...De una muñeca grande.
    - -Ja! Que quién sabe. Que a ella tal vez...
    - -No. Que a ella no.
  - —Que a ella sí... ¿No estarán sucios?

El hijo del barrio había encontrado la manera más cruda de señalar que esa niña por la que yo estaba dispuesto a bajar a los infiernos no significaba nada a los ojos del que había sido su elegido. La vergüenza que ese comentario me produjo de momento no dejó lugar para el dolor: de regreso al Callejón del Norte, a la hora en que el sol de los venados filtraba sus rayos enrojecidos por entre los pinos y los cipreses y que las brisas del cementerio nos llegaban a través de las tapias semiderruídas con un olor de coníferas, de cales y de flores mortuorias, la vergüenza me mantenía todavía reducido a mis posiciones interiores.

# VΙ

### Los Chascos

Nunca jamás volví a mirar a Dora. Sin exageración alguna, puede decirse que en los años restantes de la infancia estuve enviándole con mi falta de señales un mensaje especial que yo confiaba ella fuera capaz de interpretar y que, como las pulsaciones de una herida incurable, patentizaba la permanencia del recuerdo. Luego de lo ocurrido, parecía en efecto claro que cualquier signo directo de mi parte habría significado el olvido, mientras que la fidelidad de la memoria se revelaba intacta en mi ausencia de manifestaciones. Lo que de esa manera mi silencio mantenía vigente era tanto la imagen de esa niña como los rasgos de mi propia identidad; lo que ese silencio proclamaba era la gravedad del corazón que afirma la continuidad de sus amores en la inclemencia de sus retaliaciones. La despedida de mi gran amor lo enquistaba por siempre en un vacío y, de conformidad con lo pactado, ese vacío servíanos a los dos de sepultura.

Si no fuera porque resulta fácil comprobar que casi todo el mundo se la pasa respondiendo a interlocutores que hace tiempo abandonaron la escena y tratando de elevar a los presentes al alto rango de los desaparecidos, yo sería el primero en asombrarme de mi insistencia en emplear ese lenguaje del silencio con las mujeres que, en los primeros años de mi juventud, me produjeron el mayor impacto. Entonces fue evidente que mi reserva desplegaba a los ojos de las gentes un sentido exactamente contrario al que era el suyo. Mientras esa reserva era la expresión peculiar de mi interés, los objetos de mi aparente indiferencia, sin sentirse aludidos, pasaban por mi lado indiferentes y yo no disponía de otros medios para llamarles la atención. A mis peores enemigos no desearía semejante sufrimiento. Muchas veces, en las heladerías y en las calles, hice de acompañante de una mujer que me dejaba frío mientras ardía por otra que se encontraba cerca, pero que no me atrevía a mirar; y en los prostíbulos, terminaba indefectiblemente por irme con la que no tenía ninguna relación con mi deseo, renunciando a aquella por la que frecuentaba el lugar. Incapaz de correr siquiera el riesgo de que mis pretensiones se chocasen contra una negativa y obstinado en plantear el amor como una verdadera lucha de conciencias, la amenaza que toda atracción llegó a representar para mi orgullo me llenaba de odio y me hacía soñar con hembras desafiantes que mi violencia sometía y que, a fuerza de ceñirles la

garganta, dejaba probablemente muertas. Como Drácula, con las doce campanadas de la noche mi sed rabiosa me llevaba a abandonar el sepulcro y a violentar la alcoba de las más dulces doncellas para poner en el nacimiento de los pechos un beso mortal. La ausencia de consentimiento se convirtió en una condición del objeto y esta condición evolucionó hasta el punto de exigir de aquél una actitud inconmovible: las bellas durmientes y las mujeres asesinadas poblaron mis sueños durante largos años. Pero, de todos modos, mantuve una marcada preferencia por la mujer erguida, autónoma y reivindicativa, sólo para que el trabajo de aplas-tarla corriera por mi cuenta. Los golpes con que entonces la tendía por tierra querían condensar mi respuesta a la modernidad. Ya despierto, no sólo creía haber obrado de manera justa sino que me aprestaba a iniciar el nuevo día repleto de optimismo y con el ánimo más emprendedor.

Varios chascos vinieron después a reforzar los efectos del rechazo de Dora. Por lo demás, épocas enteras de mi vida ulterior, luego de haber logrado resistir toda clase de pruebas y de refutaciones, naufragaron asimismo por la sola ocurrencia de un pequeño chasco. El silencio en que un chasco debe ser asimilado le confiere el carácter intimista que es propio de las reconvenciones personales. Cuando se trata, en efecto, de operar un viraje en la conducta y de modificar en consecuencia la trama de nuestras relaciones, nada más indicado que esos diminutos e imperceptibles acontecimientos

que por un momento deshacen los hilos de esa trama y nos precipitan al vacío. De regreso a tierra, si se ha sabido aprovechar la experiencia de ese retiro espiritual, uno puede sin mayores problemas saludar con una cara nueva, moverse en otra línea sin que nadie se atreva a recordarle viejos compromisos e, incluso, sin herir a nadie. Las gentes, por lo regular, sólo exigen de uno lo que uno en el fondo exige que le exijan. Y lo que es válido para la exigencia, es válido para cualquier espera. Esto facilita las cosas, siempre que de cambiar se trata. O, simplemente, siempre que se trata de decidirse por un solo camino. De momento me limitaré al relato cronológico de los cuatro chascos que antecedieron mi acceso a la pubertad.

El primero tuvo lugar el último día del año en que Dora respondió la carta en la forma descrita. Era el día más alegre del año. La pólvora llenaba las calles de ruidos y de luces y los globos podían contarse por decenas en el cielo. Todo lo malo que había traído el año viejo era sacado de las casas en baldes de agua que se vaciaban en la calle, y todo lo bueno que prometía el año nuevo iba a poder leerse al día siguiente en las figuras que, en un vaso de agua, una clara de huevo dibujara a lo largo de la noche. Buen rato llevaba va mi madre baldeando la mala suerte cuando vino alguien a avisarle que su hermano había sido apuñalado en una cantina del Centauro. Enloquecida, mi madre soltó el balde y echó a correr con una expresión semejante a la de la mujer que, en

"Guernica", lleva un niño en sus brazos y dobla la cabeza hacia atrás por debajo del cuello de una res. Su locura me perturbó y salí tras ella tratando de llamar su atención. Mi madre, sin siquiera mirarme, me apartó de un codazo y continuó su carrera hacia el Centauro. Me detuve entonces, resentido y avergonzado, y finalmente me hice cargo de que yo no podía depender de nadie. A un tipo de repliegue parecido recurrí después cuando las peleas a los golpes en que de tarde en tarde se trenzaba mi padre con su hermano trastornaban a toda la familia: convencido de que yo nada podía hacer por separarlos y de que no debía dejar que esos escándalos asolasen mi espíritu infantil, me tendía de espaldas en la cama, hacía lo posible por relajarme y, cada vez que la tensión iba a ponerme en pie y a llevarme a suplicar con llanto que acabasen, levantaba los hombros y decía en voz alta: "Oue se maten!".

El segundo chasco fue con un agente de policía. Una vez me había visto romper de una pedrada una bombilla del alumbrado público y desde entonces trataba de cogerme. Los carrerones terminaban siempre contra las tapias del cementerio, que yo escalaba fácilmente y desde las cuales lo miraba victorioso. Pero un día me lo encontré de bocas a mano. Sucedió que había llegado un circo y todos los muchachos corrimos al Centauro a mirar el desfile que anunciaba la función inaugural. Las hojas volantes eran distribuidas desde un camión de carga en el que se agrupaban

los payasos y los enanos, y yo había echado a caminar al paso del camión a fin de acumular el mayor número de volantes posible. De golpe, ví a mi lado al policía y noté que me observaba. Entonces se me ocurrió dármelas de niño bueno y llamé a gritos a un primo mío que se había colgado del carro, diciéndole que su madre lo iba a castigar. El policía me echó mano por la correa de los pantalones, me miró con una sonrisa burlona y comentó con malignidad: "Con que muy obediente el muchachito". Durante el largo rato que el policía estuvo esperando por una celular —lo que dio tiempo para que mi madre fuera avisada y viniera a rescatarme, la vergüenza de no haber sabido comportarme como un hombre hizo pasar a un segundo plano el miedo y los epítetos soeces que en silencio me dirigi a mi mismo no bastaron para colocarme por encima de aquella humillación.

El tercero fue con un gringo. Una tarde que iba para la escuela vi que los muchachos entraban y salían por la puerta esquinera de "El Precio de un Beso", un café situado en el cruce del Centauro y del Pedrero. Al pasar oí que uno decía: 'Están dando plata". Miré hacia dentro y pude comprobar que, en efecto, un rubio grandote estaba repartiendo monedas a los muchachos que se le acercaban. Sin pensarlo dos veces, me acerqué también. Cuando el tipo empezó a mirarme de arriba a abajo como preguntándose: "¿Y éste qué?", me di cuenta que había descubierto mi impostura y que, a despecho de mi corta edad, yo no había

logrado pasar a sus ojos por un niño ni aparentar la gracia perdida desde la expulsión del paraíso. Pero entonces ya era tarde. El morbo de la subjetividad acabó de manifestarse con los rubores que me quemaron el rostro, y dos o tres palabras que pronuncié en forma ininteligible no hicieron más que complicar la situación al iniciar un diálogo que no podía plantearse en los términos de una relación entre un niño y un adulto. El sonido que obtuve por toda respuesta y que recordaré hasta la hora de la muerte: "ofanauar", es probable que haya sufrido algunas modificaciones en mi memoria y que incluso no haya tenido originalmente el terrible sentido que yo le conferí. Pero el hecho fue que ese sonido condensó todos los chascos que hasta alli me habia llevado —la respuesta de Dora, el codazo de la madre, la burla del policía— y los que estaban por venir. Cuando salí del café tuve la sensación de que algo irreversible habíase cumplido y de que ya nunca podría recuperar mi dignidad.

Y unos dos años después tuvo lugar el cuarto. Desde cierto tiempo atrás, casi todos los muchachos de la calle veníanse preciando de haber "tumbado" a la loca Lucía, una hermana de crianza de Morantes. La maldita loca terminó por obsesionarme hasta el punto de que me pasaba horas enteras siguiéndola a distancia y tratando de encontrar alguna fórmula que me permitiera llevarla a un matorral. Hasta que un día encontré el pretexto. La loca se había puesto a llorar porque un muchacho

le había roto un muñequito y entonces yo le dije que me había encontrado uno parecido en el solar que separaba las casas del Callejón del Norte de la galería del cementerio, y que si me acompañaba a recogerlo del agujal en que lo había ocultado estaba dispuesto a regalárselo. La loca aceptó encantada. Ya en el solar comencé a buscar en los agujales y a pedirle a la loca que buscara conmigo. Así lo hizo, y entonces pude recostármele varias veces. El impase resultó muy pronto evidente. ¿Cómo seguir? ¿Proponérselo abiertamente? Las palabras no estaban ĥechas para eso. ¿Agarrarla entonces por los hombros y tirarla contra el matorral? ¿Y si se resistía y empezaba a dar alaridos? La excitación crecía entretanto. Pero por una fatalidad incomprensible la pulsión que así me conturbaba hacíase cada vez menos comunicable, re-« duciéndose con el paso de los segundos la posibilidad de formular la propuesta. De pronto noté que la loca me observaba como si hubiera comenzado a dudar. La perspectiva de que aquella oportunidad pudiera esfumarse sin que pasara nada vino finalmente a decidirme. Me le planté de frente, contemplé sus piernas flacuchentas que doblábanse hacia adelante a la altura de las rodillas y su cintura endeble que tanto había soñado con partir, y con una voz profunda y estrangulada la llamé:

-Loca...

La loca retrocedió un poco, mirándome con extrañeza. Luego se hizo a un lado, y como si ape-

nas se hubiera dado cuenta de aquello de que se trataba, antes de salir corriendo se puso a señalar algo en mi cuerpo y a gritar con una voz burlona y estridente:

#### -Mentiroso! Mentiroso!

Muchas noches, a la hora en que en mi casa se apagaban las luces y mis padres me obligaban a corear el rosario, el recuerdo de los gritos de la loca Lucía vino a perturbar mis rezos y a mantener mis ojos abiertos en medio de la oscuridad.

### VII

## El Marmolista

El Callejón del Norte, tendido como un travesaño entre la galería norte del cementerio y la calle del Centauro —que desde cierto tiempo atrás habíase convertido en la principal arteria de la prostitución—, comprendía cuanto más unas veinte casas que las gentes designaban con nombres propios, generalmente con nombres de mujeres. Las casas de Lola, de Maritza, de Rafaela y de Raquel, eran las más mentadas, en parte por el hecho de que aquellas que les habían dado sus nombres llevaban ocupándolas diez o quince años. Ni una sola cantina Îlegó a establecerse nunca en el callejón. Con la sola excepción de la marmolería, que hacía lápidas para las tumbas y estatuas para las iglesias, las casas del Callejón participaban en el torrente monetario que entraba por la calle del Centauro y que bañaba el barrio de San Pedro a través de múltiples y diversos canales. Así, Lola arreglaba ropa para las prostitutas, Maritza les hacía mandados y aseaba cantinas, Rafaela cuidaba en su casa de los hijos de tres mujeres diferentes y arreglaba igualmente ropa, Raquel hacía du-

rante el día algunas de las cosas anteriores y por la noche salía al Centauro a vender presas de gallina, buñuelos y empanadas. En esa forma indirecta, la mayoría de los niños del Callejón vivíamos por las obras y gracias de las prostitutas. Elías y Norberto, de las ventas de presas de gallina; Joaco, de los cuidados que su madre prestaba a Edwin y Napoleón, quienes sí dependían de los trasnochos de sus madres; Narciso, Jairo, y otros más, de una variedad de servicios que comprendían los ya mencionados y que, en ciertos casos, se extendían hasta el reclutamiento de sangre nueva para las cantinas o el arriendo de piezas en las que las prostitutas pudieran recibir las visitas de un familiar o atender a ciertos clientes especiales. Desde la enfermedad de mi padre, mi familia había comenzado a depender de las ventas de un pequeño comercio cuya clientela estaba conformada en lo fundamental por las prostitutas y cuyo entable ocupaba la parte anterior de nuestra casa, lo que vino a emparejar mi situación con la de mis amigos. La chiquellería del Callejón del Norte tenía así una relación bien particular con las cosas que pasaban en la Calle del Centauro: los clientes que comenzaban a llegar con las primeras horas de la noche eran como padres puntuales que traían el diario a las mujeres, las que, maternalmente, desprendíanse del dinero sin guardarse un centavo, permitiendo que de esa manera nosotros pudiéramos tener techo, alimentos, vestidos y balones.

Sólo dos casas del Callejón del Norte —"la casa de don Genaro" y "la casa del marmolista", o más simplemente "el almacén" y "la marmolería"- no eran designadas por nombres de mujeres. Sólo en esas mismas casas había permanentemente un hombre. En la primera, un jefe de familia. En la segunda, un artesano solterón. Era la casa del marmolista la única a la que mis padres me habían prohibido expresamente entrar. Toño, el dueño del taller, tenía en el barrio fama de tipo malo, lo que, ante todo, me parecía extraño, va que muchas veces me fue dado escuchar las conversaciones formales que entablaba con mi madre y admirarme incluso de su delicadeza, y enseguida, le confería a la marmolería una fuerza de atracción que a partir de los doce años pudo más que las prohibiciones de mis padres. En mis primeras visitas a la marmolería no observé nada que justificase aquellas prohibiciones: si algo distinguía a Toño era su extrema amabilidad para con los niños, a los que trataba como un verdadero amigo. Después, las sesiones de chistes verdes en las que tuve la oportunidad de participar me hicieron pensar que tal era probablemente la causa de la mala fama de Toño el marmolista. Pero cuando, más tarde aún, Toño empezó a iniciarme en el ateísmo, estuve ya seguro de haber descubierto la verdadera causa de tal fama.

Ante todo, es preciso decir que, más que el mármol, lo que Toño trabajaba era la arcilla. Con ella, y también con unas mezclas de arena y de

cemento, vaciaba las estatuas que, luego de consagradas, iban a desfilar en las procesiones sin mostrar la menor huella de las manos impías que les habían dado los últimos retoques ni de las profanaciones por las que con frecuencia habían pasado antes de ser entregadas a la iglesia. Era cosa de ver la alegría maliciosa con que Toño, tan pronto como me tuvo un poco de confianza, poníase a pulir y a pintar ante mis ojos las imágenes de santos y de vírgenes. "Este", comenzaba a decir mientras adelantaba su trabajo, "parece ser uno de los santos más milagrosos: San Nicolás de Tolentino. Me lo mandaron a hacer de la capilla de Lourdes. Yo ya les había hecho uno, y les resultó un magnífico negocio, como todo lo que sale de este taller. ¿No has oído hablar de los bizcochos de San Nicolás?". Luego de que yo le contestaba que no, para ponerlo a hablar, adoptaba el tono de un vendedor de específicos: "Estos bizcochos fueron descubiertos en el siglo pasado por una mujer humilde que no gustaba de la publicidad y que sólo por eso escapó a la beatificación. Ustedes saben que los grandes palacios no se adornan con diamantes ni esmeraldas, se adornan con una mujer y esa mujer es la madre de Dios, la madre del rey y la madre de todos nosotros. Pensando en el hambre que pasaban sus hijos, aquella mujer humilde se robó en un bazar de San Nicolás una docena de bizcochos, pero antes de llevárselos para su casa se acercó al santo y le pidió perdón de rodillas, bañada en llanto. Entonces ocurrió el mila-

gro: de los ojos del santo cayeron copiosas lágrimas que fueron a humedecer los bizcochos. La mujer, entendiendo perfectamente la voluntad del santo, se fue para su casa y dio a comer los bizcochos a toda la familia. El niño que tenía con tos ferina curó de inmediato, el otro que estaba en los huesos comenzó a echar carnes, otro que sufría de asma respiró aliviado, y el marido, que desde cierto tiempo atrás había dejado de funcionar, recuperó sus fuerzas. Para todo servían los benditos bizcochos. El cura de la parroquia, enterado del milagro, perdonó también a la mujer e incluso la encargó de la fabricación de los bizcochos, que pronto tuvieron una gran demanda y que, de esa manera, remediaron también las dificultades económicas por las que atravesaba el hogar de aquella mujer humilde. Pues bien. Esos mismos bizcochos son los que ahora ofrecemos a nuestros feligreses, sin discriminaciones de ninguna índole. Cada una de estas bolsitas contiene doce bizcochos, que es el número del milagro. Si fuéramos a vender a peso cada bizcocho, serían doce pesos. Pero no los van a pagar a peso. Podrían pagarlos a cincuenta centavos y serían seis pesos. No los paguen a cincuenta, ni a treinta, ni a veinte, ni a quince. Vamos a cobrarles por una bolsita lo que ustedes se gastan en dos cervezas, en tres emboladas, en una caja de tabacos o en dos cajetillas de cigarrillos, nicotina maldita que entorpece el cerebro del cristiano. Vamos a cobrarles únicamente un peso por esta maravillosa bolsita de bizcochos, que con-

tiene el remedio para todos los males". Pero la debilidad de Toño era la Sagrada Familia. A San José le dedicaba por lo menos la mitad de sus discursos. Tal vez porque se la habían hecho hacer y no la habían retirado, el hecho era que mantenía, parada sobre el lavadero, una imagen de San José con el Niño en los brazos. A pesar de mi escepticismo en cuestiones religiosas, esos discursos sonaban demasiado fuerte a mis oídos: "Padre!", comenzaba siempre, "tú que desautorizaste con tu ejemplo a todo el que no raja pero que tampoco presta el hacha, concédeme la humildad que se requiere para perseverar en ese ejemplo". Luego se volteaba hacia mí y adoptaba un tono explicativo: "Como va en la escuela te lo deben haber enseñado, este santo varón casó con una de las doncellas más castas de Judea. Ella, que no era otra que María, tenía entonces dieciocho años. El, en cambio, estaba ya demasiado viejo. El la adoraba como a su propia hija, y ella lo respetaba como a su propio padre: nunca después hubo en el mundo una relación más pura. Cuando María comenzó a presentar los signos de la inmaculada concepción, y José supo, tal vez a través de una cuñada, de las visitas que periódicamente hacíale a su esposa el arcángel Gabriel, la duda hizo vacilar la fe de aquel santo varón. Su esposa no le ocultó nada. Confirmóle el estado en que se encontraba y las visitas de que era objeto, aclarándole sin embargo que Gabriel era sólo un mensajero del Altísimo y que la concepción había corrido en realidad

por cuenta del Espíritu. Este había llegado a ella en forma de paloma y, a la manera en que un rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo, había depositado en sus entrañas el germen de la divinidad. José no dudó más: le bastó ver la pureza que reflejaban los ojos de María para saber que era cierto que había sido señalada por el Altísimo. Las hazañas que posteriormente acometió aquel hijo del padre Innominado vinieron a darle la razón al santo, contra todas las habladurías que al comienzo se tejieron alrededor de la Sagrada Familia". Concluidas sus explicaciones, Toño se alejaba arrastrando los talones por los corredores enfangados y, al pasar ante la imagen de una virgen, la palmoteaba por detrás y volteaba maliciosamente la cabeza como para observar su reacción. A las vírgenes no sólo las profanaba así de palabra sino también de obra. Con frecuencia se paraba ante un bulto, lo rodeaba con el brazo al nivel de la cintura y entonces me preguntaba: "¿No te parece que me quedó un po-co gorda?". Yo no le contestaba: debo confesar que ante las burlas referentes a la Sagrada Familia experimentaba verdadero temor. ¿No le iría a caer un rayo encima? ¿No se lo iría a tragar la tierra? Toño permanecía parado sobre sus pies, con una sonrisa satisfecha. Era precisamente eso lo que quería demostrarme: que nadie había para castigarlo. Por lo demás, dejaba que vo sacara las conclusiones por mi propia cuenta.

Sólo meses después comenzó a darle una base teórica a aquellas demostraciones prácticas. En la sala, mientras Elías, Norberto y Napoleón se divertian con sus chistes y con sus historias, yo me quedaba en un rincón con el libro que, ceremoniosamente, una vez había sacado de su escaparate y que ahora, noche tras noche, colocaba en mis manos sin mayores preámbulos. Aquel libro me fascinaba hasta tal punto que, en medio de la bulla que hacían los otros, lograba concentrarme en la lectura durante largos ratos. El gordo Elías era el más bullicioso: sus carcajadas se podían escuchar desde la calle, por lo que Toño debía indicarle con frecuencia que bajara el tono. Los chistes de Toño eran generalmente de curas y de afeminados. A unos y otros imitábalos a la perfección. El mayor montaje correspondía siempre a los chistes que combinaban a los referidos personajes: la voz, el caminado y los movimientos de Toño se ajustaban por completo al relato, y la algarabía que se formaba entonces en la sala me imponía un alto en la lectura y terminaba por arrastrarme a mí también. Fueron muchas las veces en que, a pedidos del auditorio, tuvo que repetir el chiste del padre y del sacristán. Erase un padrecito muy serio que necesitaba de un organista y que no había podido encontrarlo por la miseria del salario que tenía asignado para el cargo. El sacristán, en sus ratos libres, había aprendido a tocar algunos trozos de música religiosa, pero tenía un grave defecto: era su marcada e irresistible preferencia por

cierto aire tropical que, incluso en los ensayos que a manera de demostración hacía a veces para el padre, terminaba por imponérsele y por hacerle sacudir los hombros y las caderas. Cuando su voz afeminada irrumpía finalmente, el padrecito denotaba un sufrimiento infinito y al punto lo hacía detenerse. Un día, cierto rico del pueblo ofreció a la capilla un donativo especial por una misa cantada. El padre no tuvo más que llamar al sacristán, ofrecerle un sobresueldo y encarecerle por todas las ánimas benditas que no fuera a meter las patas en una ocasión tan solemne. Al comienzo, todo marchó a las mil maravillas. Pero el esfuerzo sobrehumano que el sacristán había hecho para contenerse terminó por poner un matiz de sonambulismo en todos sus gestos, y en el momento de alzar, cuando la feligresía encontrábase sumida en el más profundo silencio, tres notas arrebatadas sonaron en el zarzo y unos segundos después el sacristán rompió a cantar sin que el padre estuviera a su lado para detenerlo: "Que yo una piedra tiré a un cocotero...". El padre, que en ese momento sostenía la hostia en lo alto, quiso de todos modos evitar que siguiera y, al efecto, sin moverse de su sitio, díjole a voz en cuello: "Que vo te dije que no la tocaras". Sólo que era tan pegajosa la tonada que el padre, en su respuesta, no sólo habíase atenido a su ritmo sino que había rematado con un leve pero inequívoco menear de caderas. Toño bailaba todavía repitiendo la réplica del padre cuando a nosotros el cansancio no

nos dejaba ya reír. Norberto, que había logrado distinguirse en nuestra barra por su vulgaridad, se paraba entonces y empezaba a parodiar a Toño levantando el trasero con una exageración empalagosa. Toño se detenía, le hacía la gracia y yo podía advertir cierta gravedad en las risas con que lo acolitaba. Esa gravedad se hacía más notoria en los juegos que seguían por lo general a las sesiones de chistes. Por los corredores y por las piezas en galería, a la débil luz de dos o tres bombillas, Toño, que cargaba con la "chucha" la mayor parte del tiempo por cuanto curiosamente resultaba el más fácil de tocar, se daba durante horas a la caza de los muchachos sin dedicarse a ninguno en particular y permitiendo que de esta manera aquéllos pudieran burlarlo con su dispersión. Yo aprovechaba la lectura para marginarme de esos juegos: las pocas veces que participé en ellos llegué a experimentar un miedo extraño. En efecto, Toño se apropiaba en tal forma el papel de perseguidor que los muchachos huían por entre las estatuas sacudidos por una risa nerviosa e incontenible y mostrábanse dispuestos a intentar las maniobras más temerarias cada vez que parecía inminente la tocada. El gordo Elías se luxó un tobillo una noche que saltó al solar desde la tapia del baño cuando Toño, empinándose, logró cosquillearle los talones con sus uñas ennegrecidas por el barro, y Napoleón, que era a la vez el más brusco y el más nervioso, derribó en cierta ocasión de un cabezazo el busto de San Judas Tadeo que habíasele atravesado en el camino. Peripecias de esta índole ponían a menudo término a los juegos de "chucha". De regreso a la sala, únicamente Toño tenía todavía ánimos para continuar la tertulia.

Sin acabar de secarse el sudor que le corría por el rostro y por los brazos, Toño se paraba ante mí y empezaba siempre con la misma pregunta: "Ah!, ¿qué dices?". Y yo, que trataba de evitar las conclusiones a las que él quería llevarme, limitábame a exponer lo leído y reprimía todas aquellas preguntas que fuesen susceptibles de facilitarle la tarea. Las charlas numerosas que versaron sobre el tema atuviéronse en lo fundamental al desarrollo del siguiente diálogo:

- Yo.—Que la tierra es apenas uno de los planetas del sistema solar.
- El.—Y no precisamente uno de los más grandes.
- Yo.—Y que el sol es sólo una de las muchas estrellas de la Vía Láctea.
- El.—Sí, apenas una entre los centenares de miles de millones de estrellas de la Vía Láctea.
- Yo.—Y que la Vía Láctea es también apenas una de las muchas galaxias existentes.
  - El.—Sí, hay millones de millones de galaxias.
  - Yo.—Puede haber vida en otras partes.
- El (riéndose).—Claro que hay vida en muchas otras partes. ¿O crees que este granito de are-

na, entre billones de billones, goza de privilegios especiales?

Yo.—Debe haber vida en muchas otras partes.

El.—No lo dudes. Por simple ley de probabilidades, debe haber vida en centenares de millones de cuerpos celestes, privilegiados por lo demás entre billones de billones. ¿No crees que deben ser muy distintos?

Yo.—¿Quiénes?

El.—¿Cómo que quiénes? Pues los seres que habitan esos centenares de millones de cuerpos celestes.

Yo.-.;Ah?

El.—Imaginate! Millones y millones de formas diferentes de ser. Realmente, eso no puede imaginarse. Por ejemplo, puede haber seres que se reproduzcan de manera bien distinta. Uno devora a otro y pare varios. Eso sería entre ellos el amor. Así mismo, o más aún, variaría lo que para nosotros es el pensamiento, la sensación, etc., etc. ¿Qué me dices?

Yo.—Tal vez.

El.—¿Cómo que tal vez? ¿Y sabes en qué podría consistir allí lo que nosotros llamamos el mal? Por ejemplo, los malos serían aquellos que llegados a cierta edad se negaran a dejarse devorar.

Yo (tratando de tomarlo a broma).—Esos se irían para el infierno.

El.—¿Es que tú crees que hay alguien que se preocupe por castigar la actitud que un gusano adopta ante otro gusano en la superficie de un grano de arena entre billones y billones de granos de arena?

Yo (algo atemorizado). —¿Cómo así?

El.—¿Cómo que cómo así?

Yo.—Sí.

El (burlándose).—¿De verdad, no te das cuenta? ¿Crees acaso que existe Dios?

Yo (sintiéndome violentado).—¿No existe?

El.—Bueno. Suponte que exista un ser que domine el movimiento de los millones de galaxias, con sus miles de millones de estrellas y sus billones de billones de cuerpos celestes. Puede imaginárselo como un niño de una especie monstruosa que lleva horas (que para nosotros son billones de años) jugando con ciertos objetos (que para nosotros son las nebulosas), o una especie de vaca digiriendo esas mismas nebulosas y determinando así sus mutaciones y sus desplazamientos, o, todavía mejor, un ser que hace algo que no puede considerarse como un juego o como una digestión, ni como nada parecido a lo que nosotros hacemos. Y esto en el mejor de los casos: lo más probable es que las nebulosas no sean el objeto de la preocupación de ningún tipo de criatura monstruosa. Sin embargo, supongamos que exista Dios. ¿Crees que semejante ser vava a conmoverse por las cosas

que les sucedan a gusanos como nosotros? ¿Crees que se ocupe de nuestra existencia? Y de preocuparse por nuestra existencia, ¿crees que la juzgue con nuestros mismos criterios? ¿Ah? Contesta.

Yo (después de un silencio).—¿Dios, un monstruo?

El.—En el mejor de los casos.

Yo.—¿Que no existe el mal?

El.—Hay cosas que en nuestra gusanera se consideran malas, que en otras gusaneras pueden ser buenas, o ni malas ni buenas, y que en todo caso ningún ser superior se preocupa por juzgar.

Yo.—Y entonces, ¿qué hay que hacer?

El (con una risa extraña).—Nada. ¿Cómo así?

Yo.-No creo que todo dé lo mismo.

El.—¿Ah?

Yo.—¿Crees que todo da lo mismo?

El (con impaciencia).—No, en realidad, no lo creo. Creo que hay cosas buenas y cosas desagradables. Cosas que reportan ventajas y cosas que ocasionan perjuicios.

Yo (desconcertado). —¿Ah?

El (serio). —Sí. Eso es todo. Lo que pasa es que tú todavía no entiendes.

En realidad, había muchas cosas que yo no podía entender. Así, por ejemplo, la noche que

Toño intercaló entre dos chistes la afirmación de que el onanismo proporcionaba un mayor placer que el acto sexual normal, recuerdo que me lo quedé mirando en la seguridad de que se trataba de un chiste más y que cuando él se ratificó en lo dicho hube de guardar silencio para evitar que mi perplejidad constituyese el objeto de sus burlas. Mi inexperiencia en relación con el segundo término de la comparación desautorizábame en efecto para intentar el menor alegato, mientras que, de otra parte, mis experiencias en relación con el primero habíanme sistemáticamente conducido a una valoración muy distinta de uno y otro término. ¿Era acaso posible que lo que, a mi entender, representaba apenas un juego solitario que trataba de remedar las condiciones de una aventura sobrecargada de drama y de misterio resultase muy superior a su modelo? ¿Y qué significación po-dían conservar el trabajo, el esfuerzo, la inteligencia, todo aquello que era susceptible de elevarala posición de un hombre, si los mayores placeres de la vida se daban en el aislamiento, en el ejercicio de una función que poco o nada se diferenciaba así de ciertas funciones excretorias? Para mí, como para los héroes de los cuentos de mi padre, los desvelos y las realizaciones de un individuo encontraban su sentido y su más alta retribución en la conquista de la mujer. La mujer era el trofeo, por antonomasia. Era el agua viva que no reflejaba cualquier rostro, que sólo se aquietaba y se tornaba mansa para la sed del viajero que hincábase en

la ribera de rodillas y mostraba en el dorso de las manos, mezcladas todavía con el barro, las huellas de la sangre derramada entre cardos y zarzales. La superioridad de las gratificaciones solitarias habríale quitado a la vida su sentido, y ello en mayor grado que la inexistencia de Dios o, por lo menos, de una manera que me resultaba mucho más directa y evidente. El vacío de los cielos y el relativismo que, a partir de aquél, Toño pretendía introducir, jamás me amenazaron seriamente y cuando, más tarde, asumí por mi cuenta la afirmación de ese vacío, lejos de instaurarse el absurdo presentóse una exacerbación de los afectos contradictorios, del odio, del pánico y del amor, por los que mi corazón uníase a la tierra.

No era la primera vez que oía a un adulto colocar la masturbación en el primer plano. En el colegio en que inicié mis estudios de primaria había un ex-seminarista, don Gabriel, que centraba todas sus enseñanzas morales y religiosas sobre los peligros que para la salvación del alma y la salud del cuerpo presentaba este tipo de placer. Sus historias más edificantes trataban por lo regular de niños buenos, obedientes con los mayores, a los que describía hasta en sus menores detalles. Y había en el grupo dos muchachos que coincidían exactamente con esa descripción. Obedientes hasta la delación, cachetones y sonrosados como los angelitos, esos dos muchachos constituían los preferidos de don Gabriel y eran frecuentemente, ante toda la clase, el objeto de caricias cuyo sentido

resultaba confuso hasta para niños de siete y ocho años. Las bromas que dí en hacer en relación con esas preferencias llegaron a oídos de don Gabriel, quien me detuvo una vez en un recreo y me hizo la siguiente advertencia: "Jovencito, cuídese los dientes que no hay sino unos". Fue tal mi impresión que, como si se hubiese tratado de una tarea, copié esta frase repetidamente en un cuaderno y nunca hasta hoy volví a referirme a las debilidades de don Gabriel. Las veces que he pensado con algún detenimiento en todo esto he creído observar una cierta relación de causalidad entre mis relaciones con don Gabriel y las que cinco años después entablé con Toño el marmolista. Las bromas que motivaron la advertencia de aquél tuvieron en la amargura y en los celos sus bases más ocultas, como correspondía al carácter de un niño particularmente sensibilizado a la mirada del padre. Las atenciones de que me vi rodeado por Toño el marmolista constituían así una suerte de reparación que me resultaba tanto menos difícil de aceptar cuanto que su sentido era poco claro. En efecto, Toño me trataba con considera-ciones especiales. Si para ganarse a los demás muchachos podían bastarle los chistes vulgares y profanos, conmigo sentíase precisado a emplear sus mejores instrumentos: la ciencia astronómica y la crítica sistemática del cielo. Seguramente, logró más ante mis amigos con los chistes que ante mí con la teoría. Yo nunca le acepté que el vacío de los cielos privase a la existencia humana de sentido, a pesar de que esta resistencia hizo que de manera progresiva se redujera el interés que al comienzo me había demostrado.

Después, fue el hermano de Dora quien, con sus visitas a la marmolería, vino a colocarme en una relación de rivalidad con Toño el marmolista y a definir en cierta forma mi actitud con respecto a él. Nacho, como lo llamaban, tenía unos diecisiete años, era rubio, vigoroso y de rasgos nobles. Físicamente, tenía la belleza que yo hubiera deseado tener y que probablemente habría tenido de no haberse ensañado conmigo la desgracia. La atracción que ejercía sobre mí era todavía mayor que la que Gildardo había ejercido en los días que siguieron al descubrimiento de la casa de Dora. El era prácticamente Dora. O, por lo menos, vo no me comportaba muy distinto de lo que me habría comportado si fuese Dora quien se encontrase presente. Todo lo que yo decía iba dirigido a sus oídos, sólo que no me atrevía a encararlo y que apenas lo miraba de reojo. Me gustaba en grado sumo que no se riese tan alto como Elías ni con el desparpajo de Norberto, y que permaneciese silencioso la mayor parte del tiempo. Y me halagaba sobremanera que muchas veces dejase de prestar atención a Toño el marmolista para poner cuidado a mis palabras. Ante Nacho, reavivábase la chispa de Toño el marmolista, que poníase a repasar lo mejor de su repertorio y que hablaba entonces sin parar. Yo me avergonzaba ahora de sus chistes y discutía con calor algunas de sus afirma-

ciones, lo que no dejaba de irritarlo y de enajenarme sus simpatías. Hubo un momento en que me pareció que Toño no perdía ninguna oportunidad para señalarme que estorbaba: fue cuando comenzó a invitar a Nacho a su dormitorio, con el fin de discutir allí la oferta que desde cierto tiempo atrás venía haciéndole para que viniera a trabajar a la marmolería. De la frecuencia con que abandonaban la sala me era posible deducir que Nacho no se decidía a renunciar a su oficio de fosforero. lo que secretamente me gustaba. Pero yo no comprendía la razón por la que ese tema debía ser tratado por ellos en privado. Tampoco comprendía la paciencia infinita de que Toño daba muestras cuando, de regreso a la sala, anunciábamos que el asunto no había quedado aún cerrado, ni las risas vulgares con que Norberto acogía tal anuncio. Por lo demás, eran esos los únicos mo-mentos en que me atrevía a mirar abiertamente a Nacho: sentado en un rincón, sin que el menor movimiento viniese a perturbar la distensión serena de su rostro, Nacho parecía dormir el sueño de las doncellas y su espíritu confundíase hasta tal punto con su cuerpo que el mismo marmolista, para llegar a él, esforzábase por encontrar un lenguaje más plástico, modelando al efecto las palabras como si modelase el barro y gesticulando con las manos como si tuviera entre ellas un objeto imaginario. Una vez, sin volver por completo de su sueño, Nacho pronunció una frase inolvidable: "Yo creo que Ramiro Cruz tiene razón". Recuerdo que el marmolista cesó de gesticular y que me miró a los ojos. Incapaz de disimular mi satisfacción, bajé la vista y, en medio del embarazo, me hice cargo de que ya nunca me atrevería a buscar ante Toño la aprobación de Nacho ni a tratar de librar a éste de las garras de aquél.

Por lo demás, los lazos de amistad que anudó un tiempo después Nacho con Argemiro Salazar me hicieron pagar muy cara esa satisfacción. No sé por qué la frase referida habíame parecido expresar un reconocimiento profundo y admirado de mis más personales cualidades. Pero Argemiro Salazar vino a refutarme dolorosamente: si Nacho lo apreciaba tanto, poco valía el reconocimiento de que yo me envanecía. Mi desengaño diferenciábase así muy poco del que puede sentir un hombre al ver que la mujer amada se desvive por cualquier piltrafa. Que no otra cosa era el tal Argemiro. Yo había hecho con él los tres últimos años de primaria. Los olores que desde su asiento regábanse por el salón deberían haberme bastado para comprender que en él no se incubaba nada bueno, y la mezcla de humildad y de vergüenza que lo caracterizaba debería haberme alertado sobre su resentimiento. Fue así como, sobre mi cabeza, Argemiro tuvo una vez la oportunidad de vengarse de todo aquello que por contraposición le reflejaba su miseria, oportunidad que supo aprovechar, con lo que me rebajó a los ojos de la persona que he admirado más a todo lo largo de mi vida: don Pedro López, mi maestro en cuarto

y quinto de primaria. Mi letra, que por épocas habíase inclinado hacia atrás o hacia adelante, halló por fin reposo en la imitación de los trazos verticales de la escritura de don Pedro López. Y la pregunta que hasta allí me había hecho de cómo iría a ser yo cuando fuera adulto, cuál sería la expresión de mi rostro y la manera de afrontar a los otros, fue resuelta igualmente por don Pedro López. El me libraba con su ejemplo de la opción entre una virilidad en bruto y una espiritualidad afeminada, y me enseñó a observar una distancia respetuosa en las relaciones personales. Sólo mi temperamento paranoide pudo apartarme luego, por períodos enteros y en diferentes puntos, de la fidelidad a ese modelo. A pesar de la enorme admiración que experimentaba por don Pedro López y del afán con que trataba de suscitar su aprobación, las veces en que depositó en mí su confianza fui incapaz de resistir la tentación de chasquearlo. Así, una ocasión en que, en mi calidad de su discípulo más brillante, me dejó al frente de la clase mientras salía por un momento, organicé rápidamente la recolección de todos los tinteros vacíos a fin de arrojarlos a través de la ventana sobre un viejo que satisfacía sus necesidades naturales en la hondonada que daba detrás de la escuela. Otra vez que me encargó de dirigir al grupo en una "caminada", con la advertencia explícita de mantenerlo lejos de las mangas de la escuela Miranda, lo primero que hice fue ir a desafiar en sus propios terrenos al equipo de fútbol de esa escue-

la: el partido terminó en una guerra de piedra en la que nosotros, a pesar de ser menos numerosos, llevamos todas las de ganar ya que nuestros rivales vieron reducida su capacidad de lucha por el efecto inhibitorio de la presencia de sus propios maestros. Muy pocos vidrios quedaron intactos en los ventanales de la escuela Miranda, y sólo mi condición de alumno sobresaliente me libró de una expulsión. Pero don Pedro López no tuvo con esas experiencias. Un día me llamó aparte y me confió una carta sellada, con el encargo de entregársela a don Germán. En tercero, yo había sido también el preferido de don Germán, lo que no había bastado para ahorrarme, al menos en una ocasión, los castigos físicos que le valieron su despido de la escuela. Don Pedro López había jugado un papel decisivo en tal despido, y ello había provocado en don Germán una respuesta a la que contrarreplicaba a su turno aquella carta. Cuando dije que yo no conocía la dirección exacta de la casa de don Germán, don Pedro López se dirigió entonces a la clase, y Argemiro Salazar, quien dijo vivir cerca, me fue asignado como acompañante. A las once de la mañana, Argemiro y yo comenzamos a descender por la hondonada, y unos minutos después, cuando atravesábamos el arroyo del Barroso, no resistí más y le propuse que leyéramos la carta. Argemiro, si bien se mostró azorado con mi propuesta, no fue capaz de decir que no. Abrí pues el sobre, con el mayor cuidado que me fue posible, y los trazos verticales de don Pedro Ló-

pez se explayaron entre mis manos y, por un momento, nublóseme la vista. Nunca antes había visto una sarta de insultos semejante: rata, vil, gusano, desdichado, calumniador, cobarde, pobre diablo. La honestidad de la señorita Adelina era el tema que intercalábase entre insulto e insulto. Era fácil de esa manera deducir que don Germán habíase hecho eco del rumor que entre los muchachos circulaba sobre un supuesto amorio entre don Pedro y la señorita Adelina. Había incluso quienes afirmaban haber visto a don Pedro arrinconar a la referida señorita en la cabina del proyector de cine, apagar en seguida las luces y no volver a prenderlas hasta después de pasado cierto rato. Cómo me habría defraudado el comprobar la falsedad de ese rumor! Yo era un partidario irrestricto de ese supuesto amorío, estaba igualmente enamorado de la señorita Adelina y nadie me parecía más apropiado que don Pedro para procurarse sus favores. No concebía por lo tanto una relación más deseable que aquella que don Germán había querido convertir en objeto de sus acusaciones. Bien se merecía pues los insultos de los que yo era mensajero. En las horas de la tarde, de regreso a la escuela y luego de cumplida la misión, observé algo que me produjo verdadero susto: fue que Argemiro, dos o tres veces que me topé con él, púsose serio y digno y desvió la mirada hacia otro lado. Cuando entramos al salón yo ya sabía lo que me esperaba. Efectivamente, don Pedro López me hizo parar al frente de la clase, de espaldas al tablero, y en voz alta, de manera que todos lo oyeran, sometióme al siguiente interrogatorio:

- -¿Qué te pedí esta mañana que hicieras?
- -Que llevara una carta a don Germán.
- Y qué hiciste?
- —La llevé.
- Pero, antes de entregarla, ¿qué hiciste?
  - —...La leí.
  - Y antes de leerla?
  - **—...?**
  - -El sobre iba sellado, ¿no?
  - -Sí.
  - Sabes cómo se llama eso?
  - **—...?**
  - -Desvergüenza y falta de pantalones.

El sentido del incidente relatado resultábame harto confuso ya que, a la razón que tenía don Pedro López para calificar en aquella forma mi actitud, agregábase mi convicción de que nada en el mundo era más vergonzoso que la transparencia y la maleabilidad de un muchacho sumiso y obediente. Lo único que me quedaba verdaderamente claro era que Argemiro Salazar se merecía como pocos los insultos que don Pedro López había dirigido a don Germán. Y, cuando, un tiempo después, me lo encontré de nuevo en la marmolería, el desarrollo físico que habíase operado en él, an-

tes que moverme a considerar la ocurrencia probable de otros cambios, parecióme que apenas lo equipaba mejor para poner en práctica sus retaliaciones.

\* \* \*

Hago constar que por los días de la explosión fatal yo ya había dejado de ir a la marmolería. Si bien desde cierto tiempo atrás le había perdido todo gusto a las reuniones que celebrábanse allí noche tras noche, mi retiro sólo se hizo definitivo a partir de un incidente grotesco en que se vieron implicados el marmolista, Nacho y Argemiro. Toño empezó a contarnos cómo se había convertido en marmolista. La susceptibilidad de que Toño dio muestras esa vez parecióme que contradecía su facilidad para tomarlo todo a broma. "Conocen ustedes la historia de la creación del primer hombre?" "Si - món", fue la primera respuesta burlona de Argemiro. "Yo era todavía muy niño cuando me la contaron en la escuela. Eso de que Dios había tomado una bola de barro, había hecho con ella un monigote, lo había soplado, y había aparecido Adán, me pareció de una simpleza encantadora. Cualquiera, con un poco de buena voluntad, podía sin duda repetir la gracia". "No siem-pre", interrumpió Argemiro, con un tono de sorna que pareció desconcertar a Toño. "La fiebre con que me puse a fabricar muñecos, a soplarlos por delante y por detrás, lleno de fe, sólo tuvo el efecto de cubrirme las palmas con la más horrorosa co-

mezón. A fuerza de rascarme, me salió una llaga en cada mano. Esas llagas retardaron durante varios días la obra de la creación. En esa interrupción, reflexioné mejor y finalmente comprendí que la clave estaba en la fórmula con que se ordenara vivir al monigote". "Claretín", dijo en este punto Argemiro. "¿Saben entonces lo que hice?" "Notas", dijo Argemiro. "Empecé a probar con unas fórmulas en las que las palabras eran dichas al revés". "Claretín!, volvió Argemiro. "Hice un muñeco mucho más grande que todos los que había hecho antes, lo soplé por encima y por debajo, y dije: 'Mato mi pocuer, mato mi gresan: cena a la davi!' El muñeco se movió". "Cómo no, Toño!", exclamó Argemiro. Aquí Toño no se aguantó más: "¿Vas a dejar seguir?". "Si-món", respondió Argemiro con el tono más natural. Un largo silencio, risas contenidas de Nacho. Toño comprendió que le iba a dar un triunfo fácil a Argemiro en presencia de Nacho. Y continuó. "Se movió, pero porque estaba mal parado, y fue a dar a tierra". Risas en la concurrencia. Toño se animó de nuevo. "Fabriqué entonces otro monigote, sólo que aquí la inversión comprendió todas las etapas de la creación. Comencé el modelado por los pies, que no por la cabeza. Por detrás, que no por delante. Lo soplé primero por debajo. Y le hice una inversión más a la fórmula que había probado antes: 'Meda tu pocuer, meda tu gresan: fresu la temuer!'. Oh milagro! Algo comenzaba a moverse! Con una vida todavía muy pequeñita, pero al fin

y al cabo vida. Era el primer brote de una verdadera creación! Agradecido, trastornado por ese monicaco que surgía a la vida por mis propias manos, juré consagrarle en adelante todos mis esfuerzos, mi trabajo y hasta mis ratos libres. ¿Comprenden ahora por qué tengo que vivir rodeado de monigotes?". "Si-món", fue la respuesta de Argemiro. "El dinero viene por añadidura". "Cómo no, Toño". "Lo esencial es el arte". "Claretín". Una pausa. "¿Te embobaste?" "Si-món". "Te portas como un verdadero idiota". "No siempre". "¿No siempre?" "No-tas". "¿No tienes una forma más inteligente de dártelas de gracioso?" "No-tas". Las risas de Nacho fueron sin duda la causa de que Toño perdiera por completo las riendas. Parándose ante Argemiro, Toño probó por última vez hacerle abandonar sus respuestas burlonas: "No te das cuenta que eso de 'no siempre', 'si-món', 'cómo no, Toño', 'no-tas', carece de la menor gracia y sólo demuestra la mayor imbecilidad?". Argemiro, que ya estaba serio, ensayó de nuevo una expresión burlona. Pero más se demoró en pronunciar su "no-tas" que en recibir una cachetada en mitad del rostro. Nacho, que un momento antes reprimía todavía una sonrisa, acudió pálido y tem-bloroso a ayudar a Argemiro que había rodado del asiento, pero en su ofuscación se enredó en las patas del taburete y se desplomó sobre el caído. Ārgemiro, con movimientos violentos que indicaban seguramente su decisión de correr a buscar un arma, como era su costumbre en estos casos, estuvo

unos segundos luchando por desprenderse de los brazos de Nacho, que allí en el suelo hacía lo posible por contenerlo. Fue entonces cuando el marmolista adoptó una actitud inesperada. Corrió hacia Argemiro con las manos enlazadas por la espalda, le brindó el rostro descubierto por todos los claros que dejaba el manoteo de Nacho, y comenzó a gritarle: "Toma, pega; toma, pega; toma!". Menos que ese gesto, creo que fue su voz frenética la que desconcertó a Argemiro y, por supuesto, a todos los presentes. Pronto Argemiro dejó de manotear. Nacho lo soltó. Incorporándose, Argemiro apenas dijo: "¿Qué pasó, pues?", y el marmolista, ya más quedo, limitóse a replicar: "pega". Nacho se interpuso, aunque evidentemente no era necesario que lo hiciera, y dijo con un hilo de voz: "Dejen eso ya". El marmolista, Nacho y Argemiro estuvieron mirándose silenciosamente largo rato, sin moverse del sitio en que se encontraban. Y de golpe, otra actitud inesperada del marmolista. Encarándonos a Napoleón y a mí, que éramos los únicos testigos de ese drama triangular, nos dijo secamente: "¿Y ustedes, qué miran?". "Nada", respondimos por simple fórmula, y nos apresuramos a ganar la calle.

No sé por qué lo que ocurrió después me pareció una simple consecuencia del incidente relatado y de la oscura reconciliación que vino a darle término. Para mí, fue como si la tragedia que sobrevino luego hubiera sido planeada esa noche que los tres quedaron solos. Cada uno de ellos hizo su

respectivo aporte: Nacho sustrajo del lugar de su trabajo la masa de fósforo que Argemiro envolvió en la arcilla proporcionada por el marmolista. Al cabo de dos o tres días, la bola, que tenía el tamaño de una toronja, había pasado por las manos de casi todos los muchachos de la calle. Por efectos de los golpes y del sol, su dureza y su color recordaban el cemento solidificado. Para hacerla explotar fue preciso que todo un grupo de muchachos la estrellara por turnos contra la acera de la marmolería y le dejara caer encima grandes piedras y adobes. A Nacho le vació el bajo vientre, a Narciso le dejó un hueco en el lugar del pómulo derecho, a Elías, Hernando y Martiniano, les produjo heridas en distintos sitios y de diversa gravedad. Nacho y Narciso murieron, Elías perdió una pierna, y Hernando estuvo varios días debatiéndose entre la vida y la muerte. A Argemiro no le pasó nada: en el momento en que se produjo la explosión, estaba adentro, en la marmolería.

En cuanto a mí, me salvó la desobediencia. La bomba estalló al mediodía, a la hora en que yo debería haber estado de regreso del liceo en que hacía el segundo año de bachillerato, pero, por deporte y contra las prohibiciones de mis padres, que consideraban humillante que yo hiciera cualquier trabajo remunerativo, habíame venido vendiendo prensa por todo el camino y, cuando llegué al barrio, la explosión había tenido ya lugar, los muertos y los heridos habían sido retirados y un gentío enorme se aglomeraba en el teatro de los

acontecimientos. Recuerdo que me deshice en llanto como un niño. A la caída de la tarde, los cadáveres de Nacho y de Narciso eran velados en sus casas respectivas. Sólo fui a ver a Narciso que, ese día y los días que siguieron, me pareció que había sido mi mejor amigo: la mitad de su cara era ahora una máscara de yeso blanco. Numerosas personas apretujábanse en la sala e iban y venían en torno al ataúd dispuesto diagonalmente. Era seguro que se trataba de sus familiares y parientes. Con un vacío en el estómago, descendí de la ventana a la que había trepado para verlo. Fue la única vez en la vida que me atreví a mirar a un muerto.

# VIII

## La Visita

Cuando, al entrar a su cuarto de enfermo, vacilé cohibido en el umbral, Héctor me invitó a proseguir con una sonrisa que no alcanzaba a avivarle el rostro. Estaba sentado a medias en el lecho, una manta lo cubría hasta la cintura y sus manos descansaban unidas sobre el vientre. Parado en la mitad del cuarto, no supe qué hacer:

#### -Arrima un taburete.

No había sino uno, y de su espaldar colgaba una camisa. Vacilé.

### --Quitala.

Ya con la camisa en la mano, eché un vistazo por el cuarto y no supe dónde ponerla.

-Tírala ahí, en la cama, mientras tanto.

Así lo hice.

### -Y siéntate.

Apoyé los codos en las piernas y entrelacé las manos en mitad de las rodillas. Había que hablar:

- -¿Y qué? Sigues muy enfermo?
- -Más bien sí.
- -Pero, ¿qué es lo que sientes?
- -Mucho desaliento. Fiebre y dolor de cabeza.
- -- ¿Y el médico qué dice?
- —No... pues que debo guardar cama. Me mandó unas píldoras para el dolor y el desaliento, y que hay que esperar.
- Muy raro: llevas como un mes.
- -Sí, el problema es el trabajo.
- --Pues sí.

Héctor, que podía considerarse aún un adolescente, venía trabajando casi desde que era niño. Lo que ganaba era para su madre, a la que veneraba. Sus únicas diversiones eran las revistas de fútbol, que intercambiábamos y a través de las cuales se hizo nuestra amistad. Por lo demás, me llevaba más de cinco años.

- -Me imagino que han pasado dificultades.
- Mi mamá lava y plancha, pero eso apenas nos da para comer. Todo el día nos cobran el alquiler de la pieza.

Miré la pieza. Formando un ángulo recto con su lecho de enfermo, el catre de la madre. Para moverse, unos seis metros cuadrados. Piso de ladrillo. Cualquier bombilla bastaba para iluminarla.

—Para comer y para alumbrarla.

De momento, creí que se refería a la pieza. Pero sus ojos señalaban hacia la pared del frente. Allí, en una repisita, una veladora e, iluminada por su luz, una imagen de la Virgen.

-No dejamos de alumbrarla.

Era raro. En el barrio, Héctor era raro. Ayudaba a su madre, mientras en el barrio todo muchacho de su edad antes le quitaba a la suya. Era devoto de la Virgen, mientras que cualquier muchacho de su edad se habría avergonzado de mostrar algo más que frivolidad y tibieza en relación con las cuestiones religiosas.

- -¿Tú no eres devoto de la Virgen?
- --;Ah?
- -- No eres devoto?
- -; Yo?
- -Sí.
- —Pues, hombre...

A cualquier otro, exceptuando al marmolista, le habría respondido de inmediato que no. La sola expresión de Héctor bastaba para contenerme: su seriedad, su sinceridad y, sobre todo, su aire de tristeza.

—Yo siempre lo he sido. Desde niño. Antes teníamos un cuarto parecido. También allí me enfermaba a menudo. Y también allí, en mis enfermedades, Ella estaba para acompañarme.

- —En realidad, yo no he sido muy religioso nunca. Sólo una vez recé con verdadero fervor. Hace varios años, cuando visitamos a un pariente en el asilo de ancianos. Una tía me dijo que, cuando uno iba por vez primera a determinada iglesia, lo que pidiera le era concedido. Y yo pedí en la capilla del asilo, con todo fervor, que se me concediera perseverar en mis estudios hasta terminar una carrera. En este momento estoy seguro de que no demoro mucho en retirarme.
  - -Te vas a crear muchos problemas.
  - —;Ah?
- —Sí. Con tus padres. Y en general. Tú eres muy loco.

Hablaba como si tuviera la experiencia de los viejos. Como una buena tía, que consulta nuestra conveniencia sin regañarnos, sin imponernos nada.

- —Hay que cuidarse de cometer locuras que después no puedan repararse.
- —Si dejo los estudios, es porque no los soporto.
- —No se trata de que sean soportables. Aunque, qué no darían muchos por poder estudiar! Se trata es de estar bien con nuestros padres, de satisfacer las ilusiones que han puesto en uno.
- —Puede que lo que ellos esperen de uno, no sea lo mejor para uno.
  - —¿De verdad, no eres creyente?

Su alarma grave, sin reproches, me hacía enfocar el problema de un modo desusual. Y al responderle, me sentí vergonzosamente mundano, poco serio.

- -No mucho.
- -Esas cosas no se deben tomar a la ligera.
- —Te aseguro que no las tomo a la ligera. Lo que pasa es que mis sentimientos son distintos. Pero serios.
- -Vas a sufrir. Y vas a hacer sufrir a tus padres.

#### —Puede...

Callamos, y la mirada de Héctor quedó perdida contra la pared del frente, más abajo de la Virgen. El espectáculo de ese muchacho melancólico, que no temía manifestar su ternura ni hacer, a otro muchacho de aquel barrio, llamamientos al buen camino, me alarmaba tanto como mi incredulidad lo alarmaba a él. Y ese cuarto de enfermo, gris y miserable, me pareció formar un contraste necesario con el desorden y la vulgaridad que imperaban en las calles.

- —¿Y pocos te visitan?
- —Aparte de dos señoras, tú eres el único que ha venido.
  - —Debes aburrirte...

El sonrió, y yo me detuve, pensando lo que había dicho de la Virgen.

- —La cama hace enfermar más. Debieras dar una vuelta de vez en cuando, en los ratos que te deje la fiebre.
  - -En realidad, poco me atrae la calle...

Pensé: el día que me coja una tarde en la cama, me enloquezco de verdad. Y recordé una vez, en tercero de primaria, que decidí pasar las vacaciones de mitad de año en un pueblo cercano, en la casa de una señora amiga. El primer día, cuando caía la noche y un murmullo de grillos orquestaba tristemente la fuga de las luces, comprendí que no podía pasarme un solo día lejos del carnaval de la ciudad. Menos mal que no había partido aún el último carro, y pude regresar de inmediato.

- —Yo no soporto la casa. Me siento exilado de la vida. Enterrado.
  - -¿Y si te enfermas algún día?
- —Yo no me enfermo nunca. Puede ser peor. Como dicen, cuando una persona que nunca se enferma cae en cama, es para morirse.
  - -Eso es cierto.
  - -Pero, ¿siquiera puedes leer?
- —A ratos. Terminé dos revistas de las que me prestaste.

Tiró las cobijas y fue a sacarlas de debajo del colchón, en el extremo inferior de la cama. No te-

nía pantalón de piyama, sólo unos pantaloncillos de tela. Me corté y desvié la mirada.

- —Buenas, ¿no?
- —Muy buenas. Sobre todo la que trae comentarios sobre el próximo campeonato mundial.

Su rostro se animó de verdad. Era buen tema. Por ahí eché.

- -Argentina va bien.
- —Sí, pero no tiene chance.
  - -¿Por qué no?
- -La tocan mucho, juegan muy bon to, pero poco efectivos.
  - -Lo que pasa es que les dan leña.
- —Lo que pasa es que no los pueden tocar, son como niñas. Y no se despeinan.
  - -Son los mejores.
- —¡Qué va! En el fútbol son los goles los que cuentan.
  - -¿Y crees que no saben hacer goles?
  - -Hay mejores.

A él le gustaba el juego recio y desprovisto de adornos. A mí me gustaba la brillantez, y por encima de todo, el brillo de las figuras individuales.

- -Son once estrellas.
- -Un equipo acoplado, con verdadero juego de conjunto, los barre.

-¡Quién sabe! Claro que los otros juegan más en equipo.

Y el juego en equipo no me entusiasmaba. Por más eficaz que resultara, sus éxitos, atribuibles más que nada a una serie de combinaciones que los despersonalizaba, ya no tenían ninguna relación con lo que para mí significaba el fútbol.

—Por eso hacen más goles. Está comprobado que las estrellas no sirven para un mundial. Los equipos de estrellas nunca han rendido. Y si hay algunas estrellas, no dejan jugar a los otros.

Seguimos conversando sobre fútbol. La madre de Héctor entró un momento con una taza de caldo. Era una buena señora, consagrada por entero a su hijo. Y ese hijo era, seguramente, el fruto de un primer pecado que nunca se había repetido.

# IX

## En el Corozal

En todo el barrio de San Pedro, la parte occidental del Corozal era el sector que menos dependía de la prostitución. Artesanos y obreros de baiísima calificación habían venido construyendo, con los ahorros reunidos a lo largo de décadas, las dos hileras de casas modestísimas que constituían la estructura material de aquel sector y que, a partir de un punto situado ochenta metros al norte del Centauro, seguían una línea curva que extendíase hasta las proximidades del bosque. Ocupadas generalmente por sus propietarios cuando todavía se encontraban en obra negra, esas casas eran por años el objeto de un acabado progresivo: primero se emboñigaba y blanqueaba el interior, luego se colocaban los cielo-rasos, más tarde aún se enladrillaban o embaldosaban los pisos y, sólo al final, se revocaba el frente. Al cabo de cierto tiempo, las familias que en esta forma realizaban sus sueños de tener casa propia adquirían tal aspecto de debilidad y de tristeza que, tanto como de sus hijos, bien habría podido decirse de

sus casas que ellas eran el fruto de su carne y de su sangre. Con la terminación de las casas, la situación no parecía mejorar. Era, en efecto, como si la miseria de las habitaciones conformase a su imagen y semejanza el alma de los moradores. Las gentes de esta parte del Corozal mostraban en sus tintes sombríos y terrosos los efectos del cotidiano ir y venir por el claroscuro de las piezas y de los corredores, con las cabezas pegadas a los techos, y por el reducido espacio de las puertas. La oscuridad que reinaba en esta parte de la calle presentaba un marcado contraste con la iluminación carnavalesca que confería al barrio de San Pedro su aspecto extrovertido y ostentoso. Por más que el Corozal estrechábase al occidente hasta el punto de que, en ciertos sitios, un salto habría bastado para pasar de una acera a otra, las débiles lámparas instaladas en las tomas del alumbrado público resultaban insuficientes para iluminar la calzada. El cierre permanente de puertas y ventanas, que tenía por fin bloquearle el paso a la prostitución, convertía aquella parte de la calle en una suerte de prolongación del cementerio. Sólo los muertos y los que parecían tales manteníanse en el barrio de San Pedro marginados de esa circulación que reiniciábase, noche tras noche, en las alcobas del Centauro. Sólo ellos, en su posición extrema, escapaban a la vida alegre. El encierro a que se veían sometidas las muchachas del occidente de la calle era el precio que en el barrio tenía la decencia, un precio que seguramente algunas de ellas no dejaban de reputar tanto más alto cuanto que por derechas excluía la honesta circulación de esa decencia: si bien eran, en San Pedro, de las pocas a las que un joven habríase acercado con el sano propósito de conseguir esposa, el hecho mismo que para ello las acreditaba hacíalas prácticamente inaccesibles.

Si las muchachas, por un sentimiento de pudor exacerbado, terminaban por acentuar su enclaustramiento hasta un grado que sobrepasaba la exigencia inicial de los mayores, las viejas, en cambio, se pasaban la vida con el oído pegado a las ventanas. Casi a cualquier hora del día o de la noche, quienquiera que transitase aquel sector podía distinguir, de lado y lado, cinco metros hacia atrás y hacia adelante, un murmullo de voces que cual el canto de los grillos en las mangas iba haciendo una zona de silencio en el contorno inmediato de los pasos. El más leve sonido de la calle, difícil de descifrar para el oído, ocasionaba siempre un general entreabrirse de postigos. La espera vigilante de las viejas, penosa a fuerza de perseverante, y el aire de penitencia, común a aquella parte de la calle, hicieron que nosotros, los muchachos, diésemos en referirnos al sector con el nombre de "la Calle de las Animas' y en idear algunas travesuras especialmente ajustadas al ambiente. A altas horas de la noche, en el momento en que "la Calle de las Animas" parecía dormir su más profundo sueño, la recorríamos como una exhalación rezando atropelladamente un padrenuestro en medio de aullidos lastimeros. Otras veces, arrastrábamos por el empendrado una sarta de tarros atada del extremo de una cuerda, siempre cuidando de aligerar los pasos a fin de que la apertura de postigos se realizase con algún retardo. Sólo los perros reaccionaban a estas travesuras. El concierto de ladridos que escuchábase entonces ponía un toque todavía más lúgubre en la atmósfera de la calle y nosotros, sentados en una acera del oriente o en las mangas aledañas al bosque, tratábamos de reprimir el nerviosismo que no dejábamos de experimentar luego de las profanaciones perpetradas.

El sector oriental del Corozal, habitado igualmente por familias, distinguíase ante todo del occidental en el hecho de que las puertas de sus casas estaban siempre abiertas hasta las once o doce de la noche. Era la parte viva de la calle. De la misma manera que una mujer, ante el apremio incesante del pecado y la objetiva consideración de sus debilidades, depone toda resistencia y se ahorra con ello los malestares de un combate inútil, el sector oriental del Corozal habíase como el Callejón del Norte esparrancado al contacto inmediato del Centauro. En este sector, como en el Callejón del Norte, la mayor parte de los ingresos familiares provenían del trabajo de las mujeres. Pero, mientras que en las casas del callejón la figura física del padre faltaba generalmente, aquí la ausencia del padre era sobre todo de orden moral, lo que en cierta forma resultaba peor. La casa de mis primos, por ejemplo, era tal concentrado de relajamiento y perversión que, incluso en aquel barrio, daba pie a toda clase de habladurías y de escándalos. Misael, el hermano medio de mi padre, habíase rodeado de un sinnúmero de mujeres -su esposa, su hijastra, su cuñada, una parienteque trabajaban dentro y fuera de la casa, mientras él sólo trabajaba adentro, asegurándose así, cómodamente, la más amplia y variada descendencia. Recuerdo que, por largo tiempo, mi madre se esforzó por ocultar la estrecha relación de parentesco que nos unía a aquel antro de vergüenza. Pero los hijos de mi tío Misael, desde que empezaban a hablar, y parece que antes de decir "papá" y "mamá", me trataban de "primo" con una insistencia empalagosa que desataba las iras de mi madre. A mi, personalmente, ese trato no me molestaba, puesto que venía a poner de manifiesto que yo no era tan ajeno al barrio, que no era el niño puro y delicado al que Morantes y otros hacían alusión con ciertas burlas. La casa de Misael era en verdad la más relajada del sector. Su calidad de tal permitíale precisamente mostrar al desnudo las tendencias que, en las casas restantes, definían secretamente la familia como un nudo de tensiones incestuosas centrado en la caricatura del patriarca. Ora era un alcohólico, al que las hijas debían sostener el vicio, ora un "tinieblo" del Centauro, al que se las pagaba la familia cuando lo chasqueaban sus queridas, ora un vagabundo, que se parqueaba en la casa de cajero. A la figura de

esos padres lamentables sumábanse, para caracterizar por completo al sector, la suciedad increíble de las casas y la corriente homosexualidad de las mujeres.

El sector medio de la calle del Corozal componíase de unas veinte casas dispuestas en una sola hilera al frente de un terreno baldío. Las pocas puertas que, como al occidente, manteníanse aquí cerradas, no alcanzaban a obscurecer la calle, y las que, tarde en la noche, estaban todavía abiertas dejaban ver en el interior una relativa pulcritud y una ordenación moderada del moblaje. Si bien las mujeres realizaban algunas veces trabajos con los que contribuían al sostenimiento de la casa, lo fundamental de la carga recaía sobre los varones quienes, por lo demás, gozaban de los más especiales privilegios. En todo el barrio de San Pedro, era difícil encontrar un grupo de familias que se aproximara más a la normalidad. A las seis de la mañana, ya las mujeres trajinaban en la cocina y desde las aceras podía oírse el batido de los molinillos en el fondo de las olletas de cacao. Luego comenzaba el aseo de las casas, que muchas veces extendíase hasta las aceras, y la preparación de los almuerzos que, en las horas del mediodía, eran enviados en portacomidas a las fábricas y a los talleres donde los hombres laboraban como asalariados. En las noches los movimientos de las mujeres hacíanse todavía más recatados y silentes, mientras los hombres, tirados en un sofá o una tarima, sintonizaban programas de deportes y de tangos, cuando no se sumaban a los grupos que for-mábanse en las aceras. Los fines de semana, padres e hijos hombres confiaban a las mujeres lo necesario para cubrir los gastos básicos y a continuación entregábanse a algunos excesos: los sábados, sobre todo, llegaban a sus casas dando tumbos, luego de haber quemado los últimos cartuchos. Algunos jóvenes apartábanse en esto del ejemplo de sus padres, y si iban a las cantinas era menos pa-ra terminar en una alcoba que para clavar el pico en una mesa y llorar con una canción sentimental. El sabio principio de que "lo que ojos no ven, corazón no siente" regía la actitud de las mujeres en relación con la infidelidad de los maridos, mientras, por su parte, éstos consideraban liquidado todo problema de conciencia desde el momento en que cumplian con sus obligaciones materiales. Había incluso mujeres que parecían asumir que las conquistas amorosas del esposo en rigor no podían distinguirse de sus triunfos sociales, profesionales y económicos, que en cierta manera esas conquistas enriquecían el patrimonio de las familias al adornar con hermosos trofeos a sus cabezas más visibles. Las muchachas ateníanse generalmente a estos criterios: se prestaban gustosas a servir de "razoneras" a sus hermanos mayores sin que por su parte soltaran prenda ni con las más serias pro-mesas de matrimonio. Si aquellas a las que, por excepción, el designio de los dioses consagraba a alimentar el fuego del Centauro, antes de marchar

al encuentro del destino esforzábanse por conseguir esposo, era sólo con el muy plausible objeto de que una persona ajena al núcleo original de su familia cargase por lo menos con parte de la cuota de deshonra.

Las relaciones del sector medio del Corozal con los sectores extremos de la calle reducíanse al comercio verbal que sus mujeres, en la iglesia, la tienda y la carnicería, mantenían con las del occidente, y a los contactos sólo a ratos verbales de sus hombres con ciertas damas de la parte oriental. Los dos extremos de la calle, por su parte, no sostenían entre sí relaciones visibles. En lo económico, sólo los sectores oriental y medio relacionábanse con el Centauro: las familias del primer sector obtenían ingresos por los servicios que sus mujeres prestaban a las prostitutas —aseo de cantinas, arreglo de ropas, preparación de comidas, etc.--, y las del segundo registraban egresos por los servicios que en las cantinas se prestaba semanalmente a sus varones. Por reducción, esos cambios podían describirse como una relación, a través de la calle del Centauro, entre los sectores referidos del Corozal: los hombres de la parte media pagaban a las mujeres de la parte oriental para que ayudaran a mantener en estado de uso las cantinas y sus ocupantes. Por lo demás, la acogida que los maridos de la parte media encontraban en las mujeres del oriente demostraba que éstas no sólo eran capaces de operar aquella reducción sino que sabían ser mujeres allí donde les era dado descubrir la figura de un padre protector.

\* \* \*

El bajo nivel futbolístico de los muchachos del Corozal desempeñó un papel importante en la imagen que de este calle me formé desde niño. Ni uno solo de ellos escapaba a los defectos del mal jugador. Cuando se hallaban en mitad del campo, perdían el sentido de la ubicación, parecían asediados por todos los lados y terminaban por desembarazarse del balón entregándolo por lo general a un contrario. Cuando querían hacer un engaño con el cuerpo, tomaban una dirección diferente de la que le imprimían al balón, con lo que resultaban engañándose a sí mismos. Nunca penetraban por el centro, y los pocos goles que hacían eran por las bolas lanzadas a la guerra desde un extremo que venían a golpearlos en la cabeza o en las piernas y salían disparadas en la mejor dirección. Si, finalmente, llegaban a colocarse a tiro de gol, lo mejor que podía hacer un defensa era no estorbarlos: las condiciones exageradamente favorables en que veíanse así para anotar, los enredaban y acobardaban hasta el punto de que, prácticamente, no les quedaba más opción que enviar la bola a las manos del arguero o arrojarla fuera, a metros de la portería. Su torpeza me había llevado a mirarlos por encima del hombro y a considerar su calle mucho más obscura y miserable de lo que en realidad era. Pero en los albores de mi adolescencia,

esa torpeza, a la que la mía, recientemente revelada, fue al encuentro, los convirtió en mis mejores compañeros para la nueva etapa que se abría.

El hecho simple e impersonal del calzado desplegó en mí los efectos más insospechables. El universo de los juegos infantiles entró en un proceso franco de desintegración cuando, con el comienzo del bachillerato, un par de suelas recortadas de llantas de automóvil impidieron a mis pies el contacto directo con el suelo. No es exagerado decir que fue el calzado el que me expulsó de la infancia. Yo, que hasta los doce años me había movido en las mangas y en las calles, al aire libre, como pez en el agua, me vi de pronto constreñido a observar cierto margen de compostura, a mirar el lugar donde pisaba y a apartarme de las quebradas y las tapias. El desarreglo que, partiendo de las extremidades inferiores, se extendió rápidamente a todo el cuerpo, descentró el punto que me había servido de referencia para trazar las diversas direcciones y ubicarme en el juego y en las calles. Convencido de que lo que define a un futbolista es ante todo el sentido de ubicación, opté por retirarme definitivamente de las canchas dejando intacto mi prestigio de "forward". Reducido a las calles, los ataques de bilis que, a centímetros de los ojos abiertos o debajo de los párpados cerrados, hacían bailotear mil puntos locos y me ponían a vomitar en las aceras, anunciaban que los trabajos de remodelación corporal no iban a ser precisamente fáciles. Un juego de salón: el billar, vino

a ayudarme en ese momento crítico. También aquí el problema consistía en jugar con el cuerpo, tratábase mucho menos de medir con la vista que de aprehender con el tronco y con las manos las condiciones de una buena tacada. Era un juego supremamente agradecido, lo acompañaba a uno a cualquier parte y regulaba y organizaba todo de acuerdo con sus leves: el cuarto en que dormía convertíase en una mesa de billar, los objetos, en bolas, y de acuerdo con la distribución de las partes que componían el conjunto la carambola debía ser jugada de corrido, de retroceso, de vueltas o de bola-bola. Asimismo en las calles: la cuadra era la mesa y las gentes las bolas que rodaban después de ser golpeadas. Durante más de un año, todos mis ocios y una parte del tiempo que habría debido dedicar a los estudios, transcurrieron en un café situado en la esquina del Corozal y el Carretero, que tenía varias mesas de billar. Allí bebí las primeras cervezas en compañía de los muchachos del Corozal, que eran además mis contendores con el taco.

Fueron ellos los que primero se cansaron del billar y me indujeron a otro tipo de entretenimientos. Todas las noches, durante una hora o dos, formábamos un corro en la manga que daba al frente de las casas del sector medio y una vez, luego de que alguien hizo alusión al tema del amor y de las novias, resultó que cada cual tenía su propio asunto, un lugar en el barrio cargado de sortilegio y sobresalto. Mi entusiasmo sobrepasó toda medi-

da. ¡Claro! Era exactamente lo que se necesitaba. De inmediato propuse dar una vuelta por el barrio a fin de visitar esos lugares y, si era posible, conocer a las afortunadas. No faltó quién se apresurara a rehusar por temor a que alguno de los otros le jugara una mala pasada ante el lugar. Un pacto de seriedad fue hecho entonces, y partimos a la aventura. Primer lugar. El interesado pide la mayor compostura, no mirar muy ostensiblemente y por ningún motivo detenerse. Al cruzar por el frente, el interesado camina en mitad del grupo, apenas si voltea a mirar y nada dice. Dejando atrás el lugar. el interesado voltea a mirar con gran atrevimiento, sonríe como si hubiera hecho alguna picardía, está feliz. Segundo lugar. Igual comportamiento del interesado de turno, con la sola diferencia de que dirige a los demás unas cuantas palabras al cruzar por el frente: "no miren tanto", "se va a dar cuenta de que están mirando". Tercer lugar. El interesado da muestras de mayor audacia y mira abiertamente hacia el lugar el tiempo que se gasta en cruzar por el frente. Tres lugares, tres conductas muy poco diferentes. De regreso al sitio de partida, los comentarios sobre lo ocurrido: que si ella había mirado, que si lo habría visto, que tal vez había sonreído. Al día siguiente. la misma historia, y los comentarios que animaban durante largo rato al grupo. Canciones entonadas en la manga, ilusiones de aproximarse a ella y ponerle conversación con unos tragos. Seis meses, un año. Los lugares sagrados, dispersos por el barrio,

levantaron poco a poco una figura geométrica con respecto a la cual las calles se ordenaron y los pasos marcaron determinadas direcciones.

La figura que yo tenía en mente no coincidía con la de mis compañeros. Tenía un ángulo más. Era un lugar sobre el que jamás los alerté, del que mantuve siempre aparte mi palabra. Un lugar al que sólo les atraje la atención una vez que me dio por profanarlo.

\* \* \*

Los adolescentes que, a través del billar, las novias, el trago y las canciones, llegamos a conformar un grupo de inseparables, éramos propiamente cuatro: Gildardo, Alcíades, Pedro Nel y yo. Edades: entre 15 y 17 años. Características comunes: hijos de familia, románticos platónicos y un poco demasiado "sanos" para el barrio. Y otra: que todos habríamos pecado de inexactos de haber resuelto en pasado gramatical, conjugando el verbo propio de la edad, la pregunta que interroga por er sexo. La inexactitud habría sido todavía mayor y no propiamente gramatical de haber asignado alguna vez a la función interrogada un objeto que nunca había tenido y que por tanto sólo podía surgir en virtud de un juego de manos. Menos mal que el pecado común ocupaba el lugar de un silencio que organizaba el lenguaje de la amistad, de la valoración y el aprecio recíprocos e incluso, en ciertos casos, de la admiración: cada uno de los gestos y cada una de las palabras originados

en cualquiera de los miembros del grupo y dirigidos a los miembros restantes habrían cedido su lugar a una mueca grotesca en el momento en que se hubiese transgredido la ley de ese silencio. No se trataba de que no se supiera sino de que no se dijera, que no se franqueara el trecho que hay del hecho al dicho: cada uno sabía que los otros sabían y que sabían que él sabía que sabían. Pero incluso en los casos en que la presencia del hecho resultaba casi visible --como cuando Alcíades, por ejemplo, aparecía demacrado, la mirada huidiza y la voz insegura, y se habría podido apostar que venía de cumplir una faena agotadora—, el silencio que todos los miembros del grupo contribuían a mantener afanándole el paso a la palabra, haciéndola más artificiosa y casi abiertamente encubridora, demostraba su eficacia curativa y terminaba por poner al recién caído en condiciones de volver a caminar como un hombre y de mirar a los otros a la cara. El doble esfuerzo que los miembros del grupo debían realizar a fin de no darse por enterados y de ayudar a esconder el hecho mismo que pretendían ignorar, planteaba a cada cual la exigencia de poner en juego sus mejores calidades humanas y señalaba ese silencio cuidadosa y laboriosamente conseguido como el producto más noble de aquella sociedad de adolescentes. El que esc esfuerzo encontrase su principal soporte en la vergüenza solidaria, lejos de restarle méritos al silencio que era su conquista, relievaba más bien el valor de ese silencio, por la simple razón de que la

manera más fácil de combatir la vergüenza es la palabra ostentosa —la palabra obscena, la palabra cínica, la palabra perversa— y no el silencio que la conserva intacta y que espera. Algunas veces, cuando estábamos reunidos y hablábamos, por ejemplo, de las canciones que gozaban de nuestras preferencias, y cada cual entonaba la suya tratando de comunicar a los otros lo que en su emoción había de específico, por mi espíritu cruzaba fugazmente el temor de que un monstruo parido por las entrañas de la luz viniera de pronto a plantarse en mitad del grupo y a arrojar brutalmente sobre el tapete las cartas que manteníamos ocultas con un discurso del estilo siguiente: "No hablen paja, que todos ustedes bla bla bla". La situación del grupo constituía una buena prueba del hecho de que la palabra, de acuerdo con la distribución de sus plenitudes, sus zonas claras, sus claroscuros y penumbras, no sólo define el sentido de los diversos contenidos del alma, su fluidez y sus endurecimientos, sino que señala el grado y la índole de la estructuración alcanzada y, con ello, la apertura o el cierre al porvenir. En relación con el hecho a que nos estamos refiriendo, el silencio constituía la base para el establecimiento de un diálogo relativamente respetuoso y para que todas las palabras dichas o semidichas fuesen por lo menos susceptibles de ayudarnos a apurar el cáliz de la adolescencia, esa etapa que sólo deja atrás el que, de acuerdo con el desarrollo de su cuerpo, presenta a todos la imagen de la virilidad

y mantiene cuidadosamente a la sombra las verdades que no corresponden a esa imagen.

Nuestro grupo de adolescentes fincaba en el silencio sus mejores esperanzas y el silencio volvíase sobre él para constituir su clima peculiar y para sostener el modo que tenía cada cual de relacionarse con los otros. Era el silencio el que inflaba el pecho de Pedro Nel, el que le permitía mantener sin debilidades ni aflojamientos ese aire de machito que la inmediatez de la afirmación viril implicaba peligrosamente en una relación de reto con el agresor sexual, el que lo autorizaba para llevar firmemente prendida la correa de los pantalones, manejar con arrogancia su pequeña estatura y juzgar con dureza y con desprecio a esa novia de la infancia que terminara de mujer de un panadero. Así mismo, era mucho lo que el silencio hacía por los otros. A Alcíades lo sostuvo en otra forma. Era el más endeble de los cuatro. Los cortes infantiles del rostro y la desnudez que se extendía por las mejillas a partir de los párpados inferiores combinábanse en él para producir una fuerte impresión de vulnerabilidad, mientras que, de otro lado, sus movimientos rápidos, menudos, nerviosos y delicados amenazaban a cada momento con producir un quiebre de cintura y con degenerar, a la altura de las caderas, en un contoneo que no habría dejado duda alguna: la tarea del silencio consistía aquí en crear un germen de subjetividad virilizante, en bosquejar más allá de la franqueza del rostro la opacidad de una "arriere-

pensée" que llenaba la marcha de tropezones y que salvaba al cuerpo de los graves efectos de la gracia. En el caso de Gildardo, el silencio venía a servir de piso a la constitución de otro silencio. Negro, grande y desgarbado, los complejos que apocaban su espíritu, que explicaban su constancia en el trabajo a despecho del trago y que le hacían gastar en la bacanería del vestir y en la esplendidez del invitar la casi totalidad de su salario, habíanse dramatizado por virtud de una dama que, si no se mostraba reacia a oir propuestas, permanecía en cambio inconmovible a su silencio. Y este silencio se extendió a todos los campos: ninguno como él identificábase tan claramente con esos héroes grises que, arrinconados en el dolor, le cuentan al mundo en la letra de un tango sentimental los motivos de su enmudecimiento. Por mi parte, la práctica del silencio era, entre otras cosas, el elemento en que tenían lugar un sinnúmero de observaciones, de sentimientos y ocurrencias que encontraban su objeto en el silencio con que el grupo rodeaba al hecho y en las modalidades del silencio de cada miembro considerado en particular. Ante todo, advertía cómo la diversidad de formas que revestía la asimilación del hecho dificultaba grandemente, a todo aquel que no fuese el instrumento mismo de su ejecución, cualquier intento de localización temporal, con lo que esa diversidad se agregaba al silencio para evitar que en el grupo se operase una nivelación por lo bajo y que las relaciones interpersonales quedasen colocadas a la som-

bra de un conocimiento demasiado estrecho. En efecto, si el estado de postración que Alcíades revelaba a veces tenía con toda probabilidad un sentido inequívoco, allí estaban sin embargo para crear una confusión salvadora las reacciones muy disímiles de los otros, y esto habría podido también decirse con respecto a las manifestaciones sospechosas de cualquier otro. Así, mientras Alcíades nos daba con frecuencia el espectáculo de una caída de la que, con los primeros tragos, lograba recuperarse a la manera en que un niño embebido en el juego se olvida del castigo reciente y de las lágrimas, Pedro Nel, de su lado, daba la impresión de pertenecer al género sufrido y meritorio de los luchadores: su línea de conducta parecía seguir una curva periódica que ascendía al comienzo afirmando y virilizando su juvenil figura, que deteníase luego en un breve trazo horizontal llenándolo de aprehensión y nerviosismo y que caía finalmente rompiéndole los labios y formando con ellos una sonrisa lamentable. De otra parte, mientras Pedro Nel, de la manera descrita, acumulaba en un conteo progresivo días a los que más le habría valido asignar un orden regresivo, Gildardo no presentaba un solo síntoma diferenciado que pudiese indicar una relación específica con el hecho, lo que confería al tono de su comportamiento una regularidad asombrosa y autorizaba la conclusión de que su caso era indudablemente el menos fácil. El hecho era que si la presencia del hecho no determinaba ninguna modulación del tiempo, la au-

sencia de ese tipo de manifestaciones, lejos de demostrar su ausencia, indicaba, en ausencia del acto, la presencia de una confusión indiferenciada con el hecho, como quiere por demás esa dialéctica que postula nuestra absoluta coincidencia con aquello que la vida no designa. De ahí que Gildardo estuviese en todo momento designando, a los ojos de un observador, lo que no constituía el objeto de una designación para sí: el tiempo agonizaba en él reducido a un curso lineal que ni siquiera conocía los cortos ciclos que trazaba Alcíades, y todo él parecía formado de una mezcla de sueño y de vergüenza. Finalmente, mientras Alcíades se recuperaba, mientras Pedro Nel contaba y Gildardo se ocupaba del hecho al nivel exclusivo de los hechos, vo sometía el apremio de su terco emisario a un régimen de extrañamiento sistemático: para empezar, recusaba la autenticidad de sus credenciales y ordenaba a la guardia despejar la puerta, con lo que su visita adquiría de entrada todos los visos de un intento de violación de domicilio; a continuación, cuando su presión ascendente amenazaba con romper las cerraduras, esperaba el momento preciso en que pareciera reunir sus energías en un solo golpe para, de repente, en forma premeditada, dejarle la vía libre y tenderlo a mis pies por la fuerza misma de su impulso y por la gracia de mi raciocinio. Luego, por mi propia mano, le ayudaba a levantarse, ingeniándomelas para que ese hecho que sabía inevitable oscilara ambiguamente entre el acontecimiento y el

acto y para que tuviese todas las características de un encuentro sin vencedores ni vencidos.

Finalmente, y a semejanza de lo que sucede con el lenguaje articulado, había en el grupo quién, en sus relaciones con el hecho, no podía formar oraciones de más de dos renglones -Alcíades, concretamente—, quién lograba elaborar períodos de una extensión relativamente amplia —Pedro Nel, yo y quien se enredaba en un discurso asociativo y resultaba incapaz de poner un punto aparte -Gildardo-. Las oraciones diferían tanto por el tono como por la estructura: mientras unas arrancaban en crescendo y preparaban, entre comas ca-da vez menos espaciadas, una conclusión que se cerraba con un signo admirativo a partir del cual no se veía de dónde podían sacarse ánimos para volver a comenzar, como era el caso de Pedro Nel, otras se formaban con unas pocas palabras regularmente organizadas en sujeto, verbo y predicado, de las que el sujeto, tan pronto como formulaba su presencia adhiriendo de manera inmediata al verbo ser, se hundía lastimosamente en el adjetivo que correspondía al ejercicio del hecho y que ocupaba el lugar del predicado, como ocurría en el caso de Alcíades; y mientras, como en el caso de Gildardo, unas se arrastraban en un tono monocorde que aletargaba al más despabilado, y fluían y se agregaban interminablemente entre íes, ademases, oes y peros, a la manera en que se desenvuelve el relato de un niño idiota o El Extranjero de Camus, otras, como en mi caso, comenzaban por tomar distancia sobre el hecho, procedían luego a su examen crítico y a realizar una serie de consideraciones que, entre comas, puntos y comas, porques y partículas relativas, tenían por fin operar una objetivación racionalista, para entonces hacer que la pasión pareciera desprenderse del objeto mismo y que su ascenso no comprometiera la intencionalidad del sujeto, y finalmente, permitían la irrupción del hecho de un modo tal que el nombre personal, señalado como aquí por la voz pasiva, transmutase su función en activa, modo en pocas palabras consistente en abrirle bruscamente al hecho, al final del período, el boquete de este signo de puntuación: los dos puntos.

\* \* \*

Fue Gildardo quien primero dio muestras de inclinaciones alcohólicas en el grupo. Los sábados, cuando recibía el pago en la hilandería donde había empezado a trabajar con Alcíades, arrastraba a éste a un cafecito del Cortijo, pedía cerveza y ponía a sonar el traganíquel. Pronto Pedro Nel y yo le hicimos igualmente compañía. No recuerdo el nombre del café: el traganíquel tenía muy pocos tangos, así que nos cambiamos a los días. Otros cafés del barrio tenían mejores selecciones musicales, pero ninguno reunía las diez o quince piezas que contaban con nuestra predilección. Los inconvenientes eran notorios: tuvimos que comprar los discos, y andábamos de café en café, ya achispados, haciendo incluir en cada traganíquel las piezas que

faltaban. Además, siempre había otros clientes con otras preferencias, lo que era absolutamente insoportable. En ausencia de un lugar apropiado, nuestros tragos no lograban dar punto y sólo a ratos podíamos inspirarnos. Hasta que descubrimos la tienda del Pecoso.

Era en una casa de dos plantas, a espaldas de la iglesia del Calvario. Arriba residía la familia del Pecoso. Abajo estaba la tienda, los estantes y el mostrador que ocupaban la parte delantera y las mesitas que distribuíanse en el fondo. Todos los sábados, a partir de las cuatro o cinco de la tarde, nos instalábamos allí. Ya habíamos abandonado la cerveza y tomábamos ron. Sobre el mostrador, del lado de adentro, estaba el tocadiscos. Contra la pared. la discoteca más completa que en mi vida he conocido. Quiero decir, en tangos. Arrancábamos con los clásicos: Gardel, algunas líneas de Magaldi. Conversábamos y tratábamos de hacer memoria sobre discos oídos en la niñez que ya poco se oían. ¿Cómo es que dice aquel...? ¿Cómo es que se llama aquel que dice...? Cuando alguno acertaba, los otros respondían con un estallido de alborozo que era la mejor recompensa a su recuerdo y que lo hacía echarse hacia atrás en el taburete. con la misma modestia que habría podido esperarse del compositor. El Pecoso, sin decir palabra, se ponía con nosotros a la búsqueda: cuando sonaba una canción desconocida, sabíamos que era él quien nos la proponía y, si nos gustaba, la escuchábamos con redoblada atención, para halagarlo. Fue así como, poco a poco, desenterramos las canciones perdidas, restauramos, luego de largas pruebas, el contexto de temas y de trozos de letra que obstinadamente se habían aferrado a la memoria:

"No te apures Cara Blanca que no tengo quién me espere..".

El hombre había quedado solo, ya la mujer no estaba para ordenar el tiempo en plazos ni poner los caminos en el sentido de la partida o el regreso. Y nosotros estábamos allí en ese otro bodegón, tentados como él por la copa que promete el olvido, mientras nuestras madres se preocupaban ansiosamente por nosotros y no iban a poder dormir hasta que no volviéramos a casa.

"Quién sabe si ha de volver, pero yo la esperaré...".

Era el hombre, por definición. El que espera, como K. espera a Klamm, sin esperanza, simplemente porque esa es su posición. Su silencio cargado de prestigios imperaba un momento en nuestra mesa. Otro tema empezaba ya:

"Estrecha un abrazo sincero y olvida tu amargo rencor; la que era motivo de celos se fue sin decirnos adiós...".

Sobre la fuga de la mujer amada levantábase la amistad de los hombres, y el tango era para ser

oído en camaradería. Ya Eva había llevado a Adán a la ruptura con el Padre Eterno. ¿Había que lamentar la buena hora en que desaparecía una mujer? Los brazos comenzaban a descansar sobre los hombros del más próximo compañero, las cabezas caían por momentos. Y la mujer perdida volvía en la letra de otro tango presidiendo la descripción del barrio:

"Un borracho, en una esquina, llora y dice que la quiere, que es por ella su dolor, y un muchacho que entona una canción como una sombra va por mi arrabal...".

Eran los únicos personajes en escena. El muchacho que todavía ignora a dónde va a conducirlo su canción, el borracho que ya ha dejado de cantar. Nuestros ojos empezaban a brillar con la canción sentimental del uno y la pena del otro. El Pecoso escogía ese momento para entrar propiamente en materia. Robusto, rojizo, mesurado, el Pecoso seguía desde el mostrador todas las peripecias de esa juerga de adolescentes, conocía la canción de cada cual, y sólo la ponía a sonar después de que sus hijos, a las nueve de la noche, subían a los dormitorios. El primero en recibir el golpe era Gildardo, quien, dicho sea de paso, cubría por lo general la mayor parte de la cuenta. Su tango se lla-maba "Recién", y trataba de un hombre que volvía, ocultando sus heridas, a la mujer que el extravío de sus años mozos lo había llevado a abandonar. Ella lo había amado demasiado y a él lo

había cansado su tristeza. Y las heridas de que hablaba el tango hacíanse visibles cuando Gildardo, sin decir palabra, empuñaba un vaso entre su mano y lo apretaba hasta partirlo. Pañuelos, confusión, más gravedad en la bebida. Y sonaba "La Mariposa": "No es que esté arrepentido de haberte querido tanto...". Como en el tango, lo que apenaba a Pedro Nel era que ella hubiera resultado tan andariega. La muchacha que fuera su compañera de juegos infantiles, su novia de la pubertad y que terminara decidiéndose por otro, seguramente no se merecía esa canción, pero Pedro Nel de todos modos se la dirigía y nosotros, por nuestra parte, lo aprobábamos. Para Alcíades, "Necesito olvidar", que contaba los motivos por los cuales bebía, cómo ella sonreía en la copa en que él quería ahogarla y que estrellaba contra la mesa, sin alcanzar a producirse heridas hondas. Y para mí, "Que nadie se entere", de nuevo el tema que señala el secreto, el esfuerzo por mantener definitivamente en el silencio una historia contada con todo lujo de detalles. "Tan solo si ella vuelve sin fe y sin esperanza...", tan sólo entonces podría pensarse en que se conocieran mis andanzas. Mucho más concluyente, mucho menos autodestructivo, en medio de mi resolutiva exaltación dramática volcaba el brazo por la superficie de la mesa y, sin causarme la menor herida, barría con los vasos, las copas y las botellas, que se hacían añicos en el suelo. El Pecoso, sin dar muestras de molestia, cargaba los daños a la cuenta. De mi parte, yo si experimentaba una cierta molestia cuando para mis adentros me decía: "Gildardo paga".

Cruzando por las mangas del Mellizo y descendiendo por la calle del Corozal, iniciábamos entonces, bien entrada la noche, la ronda de los lugares sagrados. Si bien habría querido ir como mis amigos tambaleando, debía esforzarme por caminar erguido para que nadie fuera a contar a mi casa. De lo que todos estábamos seguros era de que la embriaguez del grupo confería prestigio a cada uno de sus integrantes. Por desgracia, va a esa hora las casas por las que queríamos pasar habían cerrado por lo regular sus puertas. Sólo el lugar de Gildardo, una casa en la que residía una familia bastante descompuesta con una hija no menos descocada, exponíase aún a las miradas. Por más ebrio que se hallara, y por más coqueta que ella fuera, la conducta de Gildardo al cruzar por el frente era casi la misma que cuando estaba sobrio. No pasaba lo mismo con Alcíades. A éste los tragos le daban más audacia, y por lo menos lo decidian a emprender cosas que de otra manera no se le habrían ocurrido. Fue así como una noche, de regreso de la tienda del Pecoso, al encontrar abierto su lugar se le ocurrió la idea de acercarse. Nuestro entusiasmo lo comprometió más. Como el susto redujo rápidamente su embriaguez, fuimos hasta la esquina y reforzamos con aguardientes dobles. Así v todo. Alcíades no se paraba del asiento v vo temía, con verdadera angustia, que el lugar se cerrara. Más aguardientes dobles: nunca hasta

allí habíamos bebido tanto. Alcíades se paró. Desde la esquina se veía el lugar: ella estaba en la puerta y era hasta probable que aguardara. Alcíades dio unos diez pasos en dirección a ella y se detuvo. Nosotros habríamos querido estar al lado de él para empujarlo. De golpe, el desastre: como si desde el punto en que mirábamos hubiera sido enlazado por el pecho y manos fuertes lo trajeran de regreso, Alcíades caminó hacia atrás y sólo la acera pudo contenerlo. Allí quedó sentado, y nosotros fuimos a pararlo. Apartándonos con ciegos manotazos, se paró por sí mismo. Entonces hizo algo que de verdad nos asustó. Con pasos firmes, casi corriendo, se dirigió al lugar en el que, menos que esperarlo, unos ojos observaban ahora sus torpezas. Alcanzó a llegar. Por lo menos hasta la acera. En el momento en que la silueta que había estado en la puerta retrocedía hacia las sombras del corredor, Alcíades dobló sus rodillas del lado de la calzada, inclinó la cabeza del lado de la acera y, desde el sitio en que nos encontrábamos, alcanzamos a oir los sonidos horrorosos que acompañaban las arqueadas del vómito.

El fracaso de Alcíades nos aterró a todos por igual y cualquier proyecto que pudiera tener alguno de pasar a la acción quedó definitivamente cancelado. Ni siquiera Pedro Nel, a quien mirábamos con cierto respeto por el hecho de que ya una vez había tenido novia, volvió a hacer mención del tema de las "aventadas". Ahora, nos limitábamos a llorar los sábados con las traiciones de que

trataba el tango. Fui yo quien, muy pronto, ideé las bromas más obscuras para mantener algún tipo de relación con el amor en el resto de la semana. Un día que nos hallábamos reunidos en una acera del Corozal, pregunté a mis amigos: "No creen que sería bueno que Panizo se le declarara a Margarita?" Margarita era la muchacha que a mí secretamente me gustaba. Panizo era un muchacho zapatero que a veces se sumaba a nuestro grupo y que, consciente de la ridiculez de su figura, tomaba todo a chiste y se acercaba en plan de amigo a las mujeres. Sobre todo a Margarita. "¿Que Panizo se le declare a Margarita?" "Sí". "¿Cómo que sí?" "Muy sencillo". Les expliqué mi plan. Y aceptaron. En una tienda del Cortijo, cercana al bosque, tomando tinto y comiendo mojicones, escribí la carta. Panizo le explicaba a Margarita cómo había creído que ella era inalcanzable para él -grandes elogios a la belleza de la dama, plenamente compartidos por mí-. Por eso había callado y había fingido una simple amistad. Pero el amor dolía en el silencio mucho más que, cuando confesado, quedaba sin ser correspondido. Y el amor era además humilde, gustaba de mirar hacia lo alto. Esa carta no buscaba por tanto una respuesta ni anunciaba tampoco ningún cambio en su corriente actitud hacia ella. La seguiría tratando como siempre, sin tocar nunca el tema. Para qué obligarla a pronunciarse en el sentido de un rechazo? El sólo, con esa carta, perseguía el apaciguamiento de la confesión. En el lugar de la fir-

ma, el nombre de pila de Panizo. Como posdata, el ruego de que tampoco ella aludiera al asunto. Horas enteras y semanas enteras acechando los encuentros de Panizo y Margarita y tratando de ver sus respectivas expresiones. El se arrimaba desprevenidamente a su ventana y comenzaba a hablarle como siempre. Ella le respondía con monosílabos y lo miraba de soslayo. La conversación no prosperaba y Panizo, tal vez pensando que ella se aburría, alejábase con toda naturalidad. Ella lo veía partir, intrigada. Por mi parte, viéndola así, yo empezaba a temer que la broma se tomara a la letra, que ella creyera que esa carta había sido en verdad escrita por Panizo. ¿Era posible que se atribuyera a un zapatero el escrito de un literato en cierne? Saltaba a la vista que Panizo había ganado en estatura frente a Margarita, que ella lo observaba de continuo y no sólo cuando se acercaba a su ventana. Panizo comenzó a causarme enojo, y también Margarita. El, porque ya sentía el cambio que se había operado en Margarita y esponiado, según me parecía, como un pavo, empezaba a tratarla con timidez y a caminar con torpeza frente a ella. Y ella, porque pudiera interesarse por Panizo. Y fue Panizo quien decidió el desenlace del asunto: la abandonó. Por timidez, seguramente, pero el hecho fue que Panizo dejó de detenerse en su ventana. Y que el objeto de mi amor inconfesable quedó a la espera del muchacho más ridículo que se conocía en esa calle. A manera de venganza, urdí otro plan. Ramón le escribiría a Doro-

tea. Ramón era un muchacho serio. Todo el tiempo, con la expresión más seria, estaba hablando de la seriedad de su carácter. "Y como vo soy tan serio ..." era la fórmula que iniciaba el relato de una respuesta que había dado o de una actitud que había asumido. Dorotea, como decíamos, era "del barrio entero la más fea". La carta de Ramón, seria como un derrame cerebral, centrábase en la reflexión de lo que confería su encanto a una mujer. Era acaso la belleza física? La belleza, como una lotería, escogía sin ningún criterio, ora favorecía a una persona seria, ora a una frívola. Y así como el dinero venía a corromper a quien no lo obtenía por sus méritos, la belleza, con todo su esplendor, era como la cáscara de los huevos podridos. Perversidad, era eso lo que había por dentro. El hacía tiempo se había venido fijando en Dorotea, no era como las otras que vivían mariposeando, de novio en novio y de pretendiente en pretendiente. Su seriedad lo había impresionado. Y en esa seriedad había descubierto una belleza que bien podía pasar inadvertida a los que sólo tenían ojos para el cuerpo. No había, sin embargo, que afanarse. Las cosas serias había que pensarlas seriamente. Ella podía pensarlo cuatro meses. Entonces hablarían. Firmado Ramón. Posdata: Ni una palabra antes de cuatro meses. Había que ver a Dorotea! Al igual que Panizo, considerando que no tenía ninguna carta que jugar en el amor, era amiga de todos los muchachos y muchachas de la calle, servía de confidente a unos y a otras y de diligente in-

termediaria. Al comienzo, se aguantó y nada dijo. Pero el cambio que se operó en su aspecto fue asombroso: ahora caminaba sintiéndose observada, ganó en feminidad a la vez que su expresión se hizo más grave. Por doquiera que se hallaba Ramón cruzaba ella. A manera de saludo, limitábase a designarlo por su nombre: "Ramón", sin detenerse a conversar con nadie. No fueron pocas, entonces, las personas que se preguntaron: "Pero, ¿qué le habrá pasado a Dorotea?" Entretanto, Ramón mostraba su seriedad de siempre. Luego de haber resistido casi un mes, Dorotea se confió a aquellos que en otros días habíanse confiado a ella. Y la bola rodó, era demasiado grande para pararla: "Ramón se le declaró a Dorotea", "Dorotea tiene novio", "Ramón se va a casar con Dorotea". Comenzamos a preocuparnos: ¿qué irá a pasar?, ¿cómo irá a reaccionar Ramón cuando lo sepa? Y lo supo por la vía más inesperada. Un día, el padre de Ramón, un albañil francote y parrandero, llegó con unos tragos a la casa y desde el corredor, con una mezcla de asombro y de sarcasmo, gritó de modo que los que estuvieran adentro lo escucha-ran: "Eh, Ave María! Este hijo mío me salió tan bruto que tenía que acabar por proponerle matrimonio a Dorotea!". Ahí fue Troya. Ramón exigió esclarecimientos: que quién dice eso, que todo el barrio, que eso no es cierto, que dizque la misma Dorotea... Hubo una entrevista entre Ramón y Dorotea, tan en serio tomó aquél el asunto. Entiendo que Ramón negó primero y luego quiso

echar una mirada a la carta que se le atribuía. Dorotea, seguramente por temor al ridículo, se negó a mostrarla. Hubo entonces una segunda entrevista, y todavía una tercera; en una y otra Ramón estuvo largo tiempo conversando con Dorotea, en la puerta de la casa de ésta, poseído del papel importante que le había correspondido en el drama: y en la calle, luego del desengaño que siguió a los primeros desmentidos, renació la esperanza de un noviazgo. Me esperancé también: ¿no era un noviazgo la mejor salida? ¿Por qué no era posible que de una mala broma resultara una cosa seria y constructiva? Las entrevistas terminaron, no hubo una cuarta. Días después, Ramón pasó por nuestro lado sin mirarnos. Sospechó de nosotros, no sé por qué, y nunca más volvió a dirigirnos la pala-

Esta segunda broma me dejó más maltrecho que la primera. A semejanza de una cortesana que se decide por una vida honesta la misma noche de sus peores excesos, la experiencia de esa degradación que me hacía justamente despreciable para un tipo que, de otra forma, yo habría podido despreciar, ensombreció mi ánimo y me confirió una seriedad que mal podía vanagloriarse de sus raíces. Así han surgido mis mejores propósitos. En la línea de no poder recoger nada como un valor, como una norma válida independientemente de mi experiencia personal, la adolescencia que entonces principiaba anunciábase ya como un proceso de auto-formación en el que iba a resultar inevi-

table el choque con el padre. Las andanzas arriba relatadas me habían hecho descuidar los estudios. Mi padre fue llamado del colegio para advertirle que la matrícula iba a ser cancelada por causa de mis faltas de asistencia. Su furia se estrelló contra la mía, y sus palabras contra mis palabras. "Yo soy yo" era lo que en resumen le decía. Mas cuando él aceptó mi proclama solipsista y me dejó para mi propio uso el lugar del sujeto y el del predicado, sentí un dolor que todavía no acaba de pasar. Sucedió que, por vez primera en mitad de semana, llegué a mi casa bien pasadas las doce de la noche. Decididos a apurarle el paso al trago y a falta de medios económicos para poder hacerlo normalmente, habíamos empezado por entonces a tomar "catalana", una mezcla que nosotros mismos preparábamos y cuyo ingrediente principal —el alcohol antiséptico— se adquiría por centavos en cualquier farmacia. Las borracheras que la "catalana" producía eran particularmente tormentosas. En las mangas del Mellizo, gritábamos, cantábamos, discutíamos, caminábamos dando tumbos y rodábamos a cada paso por el suelo. Y una noche, luego de vomitar más de una vez y de arrastrar mis ropas por el fango, hube de demorar al máximo mi regreso a casa para dar tiempo a que mis padres se acostaran y así poder entrar sin ser notado. Desde la esquina, a unos cuarenta metros, vi la puerta cerrada. Avancé entonces y advertí que la puerta que había visto cerrada correspondía a la casa vecina y que la de

mi casa no sólo estaba bien abierta sino que mis padres se encontraban en ella. Eran aproximadamente las dos de la mañana, y me esperaban. A caminar erguido, a no tambalear, a mantener la vista al frente. Perfecto. Ahora, media vuelta a la derecha, y entrar. Imposible: la puerta se encontraba cerrada. Rápidamente resolví el misterio: había avanzado hasta la puerta de la casa siguiente, lo que significaba que, en mi afán de caminar erguido ante mis padres, me había pasado; desandando los pasos excedentes, ya no pude dejar de tambalear. Y cuando avanzaba por el corredor, mi padre, que seguía en la puerta y que no estaba dispuesto a unirse a mí con lazos de ansiedad, dijo a mi madre de modo que yo pudiera oirlo: "No me vuelvo a ocupar de él ni a decirle nunca

kinghin sa angan agan ag sa sa sa sa sa sa sa

Historia est se l'alla maria est est per la companya de la la la companya de la la companya de la companya del companya del companya de la companya del companya del companya de la companya del companya del companya de la companya de la companya de la companya del companya del companya del companya de la companya de la companya del c

designatification in the second of the secon

with the first section of the control of the contro

## Imágenes

El padre, con la frase de su renuncia, puso fin a la infancia que él había también inaugurado. La infancia así sellada dejó al hijo lleno de cuerdas rotas. Las imágenes en que ellas vibraron vinieron a desdibujar de tarde en tarde los límites de la realidad y de la fantasía. La ambigüedad del nuevo territorio operó, de su parte, el milagro de restaurar una vez más la confusión: ¿quién se despide?, ¿quién regresa?, ¿quién ama?, ¿quién ha dejado de jugar? Toda inversión resulta perfectamente permisible. Es el hijo quien golpea primero. Es el padre quien huye en el espejo a la imagen del hijo en que tenía puestas todas sus complacencias y al que sus designios han conducido al sacrificio. En verdad, se puede considerar que el hijo ha muerto. Para que se cumpla la palabra de las escrituras. Y que es el padre quien, en su lugar, toma la pluma.

## El fin del juego

Seco de angustia, el hijo permaneció en el patio. El padre, sin decir palabra, se había acercado a él y había arrancado de su muñeca, rompiendo el pulso, el reloj que le diera.

Al día siguiente partiría. No podía vivir más en su casa. Su madre había dicho: "Ya me daría miedo vivir contigo bajo el mismo techo". Su furor destructivo, sus vicios, el odio a la familia, cesarían tal vez en esa otra ciudad que lo esperaba

No se podía ver con esa angustia. Había logrado que sus padres aceptaran desprenderse de él, y de qué manera! Le temían. Su propio padre le temía. El, con su revuelta y su salvaje desenfreno, se había hecho temible para un hombre de la valentía de su padre.

Partir, al día siguiente. Arreglar la maleta y tener que despedirse sin ternura, para ser consecuente. Y el resto de esa tarde, permancer firme.

Y permanecer firme a los ojos de ese hermano menor que lo admiraba, que rondaba por el patio y mostraba una angustia que a nadie se le debería hacer sentir en esa edad.

Ese hermano menor que ahora se acerca, que no sabe cómo expresar su pena, que sólo dice:

-Ya no vamos a volver a jugar fútbol.

He ahí la frase para que brote el llanto. Para que el hijo que se apresta a dejar la casa de sus padres contemple su partida con los ojos de un niño.

## Desde el pasado

El hombre regresó a su tierra luego de un largo viaje por países de ensueño. La playa de que había partido lo esperaba y el juego de las aguas y la arena repetíase por una eternidad.

Con pasos reposados llegó a las puertas de su ciudad natal. La ciudad que él amaba. Las chimeneas, los tejados desteñidos por el tiempo. El sabía que se podía amar a una ciudad. Y tembloroso, inclinóse y besó su suelo.

Corrió a sus calles. Y buscó rostros conocidos en sitios conocidos. ¡Cómo irían a ser de estrechos los primeros abrazos!

Tanto rato volteando sin encontrar a nadie, luego de tantos años en países de ensueño!

Había cambiado mucho su ciudad. Sitios nuevos que dejaban en blanco la memoria, sitios viejos que eran de una espantable antigüedad.

Vanamente preguntó entonces direcciones. Y vanamente buscó el paradero del amigo, del tendero, del vendedor de prensa. La noche lo cogió trotando por las calles, tocando a una puerta y otra y maravillando con sus preguntas a las gentes. Ya en la mañana, su mirada febril y la frase que continuamente repetía: "he regresado", lo rodearon de sonrisas maliciosas.

Cuando el sol estuvo en el cenit, se dirigió a la plaza. Y su grito se hizo oír entre el bullicio:

-¡He regresado!

El bullicio cesó.

—¡He regresado y quiero ver a mi gente! Buenas personas se acercaron a él. Le preguntaron y volvieron a apartarse con asombro. Por la plaza corrió un rumor. Y creció el murmullo.

-¿Qué se hizo mi gente?

La desesperación que estrangulaba sus vociferaciones de nuevo acalló a la muchedumbre.

-¿Quiénes viven ahora en esta ciudad maldita? ¿Qué malditos habitan este pueblo embrujado? Malditos!

Y se lanzó al ataque. Fueron necesarios cuatro guardias para dominarlo. En la tarde, toda la ciudad desfiló por la comisaría para mirar al hombre que había regresado del pasado.

#### Morir

Si bien el viejo permanece vigilante, difícilmente durará unos días. No lo ignora. Su mujer y sus hijas vienen a cada paso a darle vuelta, lloran en su presencia, se lamentan, se irritan, pelean a sus ojos seguramente llevadas por los nervios. Aunque han peleado siempre. Cómo molestan !Cómo gruñen y se agitan!

No va a dejarles nada. Largos años de esfuerzos y trabajo para acabar más pobre que al comienzo. Vivir toda una vida sin nada en que se materialice el afán diario. No dejar nada. No dejar ni una huella. Sólo ese gallinero, esas mujeres

que alborotan de continuo incapaces de tragarse sus nervios.

Lo dejaron solo. Toda la vida. Se apoyaron en él, lo tomaron cómodamente por un padre todopoderoso que no necesitaba de consideraciones ni ternura. Cinco mujeres, y ni una sola mano maternal. ¿Dónde estaba la madre que tanto precisaba ahora? Tener que llorar oculto en las cobijas, como un niño. Y descubrirse luego, para tranquilizarlas.

Y sonreir para tranquilizarlas. Ser hasta el último momento la cordura de esa casa de locos. Morir levantando el ánimo a unas mujeres que lo habían tiranizado siempre, con las que había transigido siempre por temor a sus dramas.

Esto puede acabar en cualquier momento. Y está visto que el viejo se va a llevar una mala imagen de la vida.

Un tango

Volvió vencida.

Tocó a la puerta. Permaneció en el umbral, sin soltar la maleta. El hombre supo que si la rechazaba, se quedaría allí parada para siempre.

Temblando como un niño había vivido esperando ese regreso. Y con una punzada catastrófica, había soñado la venganza.

No la podía rechazar. Le franqueó la entrada y él mismo puso en el cuarto la maleta. No la podía aceptar. Y entonces repitió para ella las palabras que tantas veces había imaginado:

- —¿Te has dado cuenta de que me mataste? Eras todo lo mío y regresas a mí como un deshecho arrojado por los hombres. Has convertido mi vida en un infierno. No te puedo soltar, y todo germen de amor que brota en mí se mezcla inextricablemente con el odio. Para amarte, te tendré que matar todos los días. Cuando te bese te arrancaré los labios. Cuando te abrace, te ahogaré en mis manos. Cada vez que en mi alma apunte un sentimiento de ternura, te cruzaré a cachetadas las mejillas. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué dejaste que sucediera esto?
- —Dios mío! No lo podré olvidar. Este cuarto nos servirá de tumba. Y el deseo mortal con que me acerco a tí, con que comienzo a acariciarte el cuello, a tenderte los brazos por el talle, te cobrará con saña cualquier goce.
  - —Amor mío, vamos a sufrir eternamente.

Aparición

¿A ustedes no se les ha llegado a aparecer un muerto en el espejo? ¿Quiero decir, un fantasma?

La gente por lo regular teme lo que no es verdaderamente temible: una sombra que cruza en la penumbra —lo que no es gracia—, ruidos extraños en el bosque —menos gracia aún—, pasos que se arrastran por los corredores —para eso son los corredores. Espantos, los que aparecen bajo una lámpara de doscientas bujías! Uno comienza a peinarse desprevenidamente en el espejo, la puerta del baño permanece abierta, la casa está llena de voces, suena un disco en la radiola. Y de pronto, la evidencia. Allí, en el espejo, en lugar de nuestra imagen, va a surgir inmediatamente el muerto, ese polo de nuestros amores conflictivos.

Dos zancadas, y uno se coloca en mitad de la sala. Salvado por centímetros. ¿Salvado? En plena sala, en medio de la luz, a sólo dos cuartas de distancia, se forma rápidamente un hueco, un molde de aire que comienza a vaciar la silueta del de saparecido. Parándose ante uno, frente a frente, la imagen se dispone a saludar con un apretón de manos.

Es inadmisible que se pretenda regresar en esa forma de la tumba. Por más que lo amemos, por más que, desde el momento en que ocurrió su muerte, lo hayamos visto en todas las personas de su misma estatura, no está bien que vuelva en un espejo o en mitad de una sala por nosotros. De ahí que, sin remordimientos, uno huya, que salga de su apartamento iluminado y que busque refugio en nuestras calles regularmente sombrías.

Despertar

Esta es mi vida. Este despertar. ¿Quién tiene ánimos para tirar las cobijas?

Hoy no se hace nada. Nunca se hace nada. Cuanto más, cuando logre levantarme, cuando sea capaz de abrir la ducha sin esperanzas, comenzaré de nuevo a acostumbrarme a no hacer nada. Todavía al mediodía tendré llena de humo la cabeza, y este gesto repelente. Ya en la tarde estaré casi sumergido. Gustaré del café, del cigarrillo, de la conversación con el amigo. Y este lento despertar que se extiende de la mañana hasta la noche, terminará en un cine, en un café, en medio de unos tragos.

La luz lechosa de estas mañanas bogotanas no me ayuda. Un cielo azul tampoco me caería mejor. No se debe olvidar que las fiestas de la naturaleza constituyen la mejor ocasión para el suicidio.

Ah, mi infancia! Cómo me duele contemplarme anclado en esta cama a la hora en que comienza el día! A esto hemos llegado. En esto ha quedado convertido el primer entusiasmo.

Acaso el juego prometía demasiado. El me ponía en pie no bien rayaba el alba. Y lo que yo encontraba en las mangas, en los matorrales, en las tapias, hacíame pensar que la vida no sería muy distinta. Que en el trabajo, entre el cemento de las edificaciones, habría territorios nuevos que explorar y otras brisas que mantendrían fresco el rostro.

No es mucho lo que pido. En realidad, me contetaría con muy poco: con algo que me devolviera la pasión que yo ponía en el fútbol. O pido demasiado. O pido prácticamente lo imposible. Este despertar regresará mañana. Y otra mañana, dentro de veinte años, me pondré nuevamente a describirlo.

## Amor

Apagadas las luces, los ojos del muchacho permanecieron abiertos en la sombra. El amigo que le había dado albergue se durmió prontamente. El muchacho, en un colchón tendido sobre el piso, estuvo un rato atento al ritmo plácido de la respiración del amigo.

Sus pensamientos comenzaron a girar en torno a ella. La fascinación no jugaba ningún papel
entre los dos. Tal vez por eso habían podido aproximarse, contarse el uno al otro sus enamoramientos silenciosos, sus conflictos, sus frustraciones, y
habíar de la familia, de la infancia, de la religión
y de la muerte. ¿No era maravilloso que un hombre y una mujer habíaran de esas cosas? ¿No era
increíblemente nuevo que él habíara con una mujer de todas esas cosas?

El, casi veinte años de silencio. Casi veinte años de pequeños actos llamados a permanecer en el silencio. Los actos vergonzosos, las imaginerías vergonzosas, ese sabor de sí siniestro y altanero. Era un secreto. Todo lo que él era verdaderamente. Un secreto guardado con orgullo y en el abandono. Dolorosamente solo, casi veinte años. ¿No era bueno decirlo?

¿Qué tal decirlo? ¿Qué tal cambiar la vida abandonando esa vieja decisión que lo había convertido en lo que era?

Esa pregunta era ya de por sí un descubrimiento. Y los ojos del muchacho comenzaron a arrasarse en llanto, mientras el amigo que le había dado albergue dormía allí cerca. Por las ventanas del apartamento filtrábase la luz de los avisos de neón, la ciudad dormía.

Al otro día, se lo contaría todo. Era una bella decisión, como lo demostraban las lágrimas de autocompasión, de radiante felicidad que le quemaban las mejillas. Era como para no creerlo: él, iba por fin a contarlo todo.

La citaría. La vería, como siempre, en las primeras horas de la tarde. Y no iba a resistir el llanto cuando, a esa hora en que nunca pasa nada extraordinario, tomando tinto, rodeados de gente, se lo dijese todo con estas dos palabras: te amo.

#### El regreso

La madre vio venir a su hijo por la vereda que se lo había llevado muchos años atrás. La ciudad le devolvía a su hijo. Para abrazarlo mejor, la madre lo envolvió en su pañolón. Envuelto en él lo tuvo, de pie en el patio, como cuando llegaba mojado de la escuela.

Ya ante el fogón, mientras el hijo calentábase las manos, la madre echó hacia atrás el tronco y lo miró con verdadero orgullo:

- —Hijo mío, has peleado en muchas batallas!

  Mas el hijo respondió:
- —Sí, madre. Pero ahora no peleo más. Los hombres deben amarse los unos a los otros y es pecado muy grande hacer correr la sangre de nuestros semejantes.

La madre guardó silencio. Luego dijo:

—Hijo mío, has conocido muchas ciudades y comarcas!

Mas el hijo respondió:

I .--Sí, madre. Pero ahora no viajo más. Es preciso echar raíces en su tierra, aposentarse y no separarse nunca de los suyos.

Luego de otro silencio, más largo que el primero, la mirada de la madre brilló tímida.

—Hijo mío, has conocido muchas mujeres hermosas!

Mas el hijo respondió:

—Sí, madre. Pero ahora se acabó. El alma no puede sosegarse con placeres fugaces. Sólo el amor de madre dura siempre.

El beso de las buenas noches quedó ardiendo en la frente de la madre, que permaneció junto al fogón hasta apagarse los últimos tizones. Y mientras el hijo descansaba adentro, acunado por sueños apacibles, la madre se devanaba melancólicamente la cabeza indagando la causa de lo que le había pasado a su muchacho.

Dos golpes

El padre y el hijo se encontraron en mitad del patio. Los rayos del sol caían todavía verticales. A un lado, las verdes barandas de los corredores; al otro, las macetas de bifloras y de novios. Y el cielo azul abovedando el patio.

Parados frente a frente, a menos de un brazo de distancia, los ojos se abismaron en los rostros. Largamente, casi hasta arder de sueño. Entonces parecieron olvidar lo que los había separado, lo que los colocaba ahora frente a frente.

Un golpe. Sin sacudirse el sueño, el puño del padre, por un aire que se había hecho acuoso, vino a estrellarse contra el pecho del hijo. El mundo guardó silencio para escuchar el sonido de ese golpe.

Otro golpe. Sin odio, sin pasiones, de manera automática, el puño del hijo vino a estrellarse contra el pecho del padre. El mundo siguió en silencio para escuchar ese segundo golpe.

También el sol había detenido su carrera para verlos. Bajo su quieta luz, las barandas verdearon y las flores enrojecieron como nunca.

Y la luz y el color sólo sirvieron para dar realce a la escena del lance fantasmal.

## Despedida

No nos veremos más.

Todo separará a partir de ahora nuestros pasos. Las azules montañas de mi tierra, este cielo que llora como una mujer abandonada, el deber cotidiano que hará más grises estas oficinas. Y nuestras vidas, estas vidas que se disuelven silenciosamente, que se estructuran en su disolución.

No nos veremos más.

Seremos fuertes. Buenos hijos de la modernidad, aprenderemos a vivir sin heroísmo. Sofrenaremos nuestros malos sueños. De momento, no será grande el entusiasmo. Pero el mundo será mejor mañana. El ímpetu creador de los que vengan resarcirá nuestro sosiego miserable.

No nos veremos más.

Para no vernos, sacaremos el mejor partido posible a nuestros bienes. Los haremos hablar un lenguaje que nos llegue más directo al corazón, y progresivamente, tenazmente, para que no se enquiste la imagen del ausente, conquistaremos sus zonas de silencio.

No nos veremos más.

Amor! Mi gran amor! Tú que te enseñoreaste de mi infancia, que me hiciste llorar a los siete años, oculto en las cobijas, y rechazar el alimento de la madre, has vuelto hoy y no puedo retenerte. ¿Sabes? Desde esa tarde pasaron muchas cosas. Estas páginas empezaron apenas a contarlas.

# INDICE

		Pág.
Preámbulo		9
<b>I.</b>	Trayectoria	11
II.	La Caída	31
III.	Julio	41
IV.	Un Sueño	59
V.	Dora	65
VI.	Los Chascos	87
VII.	El Marmolista	97
VIII.	La Visita	127
IX.	En el Corozal	135
Χ.	Imágenes	169



Septiembre 1975

